ALFAGUARA

Anabella Schloesser de Paiz

Asuntos de familia

Para mi familia

Estábamos a punto de salir a la fiesta de Año Nuevo con mi esposo, cuando se me ocurrió sacar el collar de perlas que mi mamá me había regalado hacía más de treinta años. Era realmente hermoso, con varios hilos entrelazados formando una especie de soga que quedaba pegadita al cuello. Casi nunca lo usaba porque creía que era un poco ostentoso, pero de pronto me pareció que esta era una buena ocasión para lucirlo. Si no, ¿cuándo? Abrí el cofre forrado con cuero, y de inmediato me percaté de que había desaparecido más de la mitad del contenido. Alguien con un ojo muy bien entrenado había seleccionado las piezas más valiosas. Todas las baratijas seguían allí.

Lo que más me dolía haber perdido eran dos argollas de oro que me heredó mi mamá. Una era su argolla de matrimonio con mi padre, de quien pronto se divorció, pero ya cuando mi hermano y yo estábamos en este mundo. Era comprensible que la argolla no significara ya nada para ella, que le trajera más bien malos recuerdos. Cuando me la dio, la miré a los ojos como preguntando, ¿me estás pasando el mal karma a mí? La otra argolla, muy parecida a la primera, había pertenecido a Vati, el segundo esposo de mi mamá, el papá que me crió y educó, el único que yo reconocía como tal. Unos meses después de su muerte, yo la recibí con un espíritu muy distinto a como recibiera la primera, agradecida de tener entre mis manos un objeto que me conectara con él. A diferencia de la otra argolla que tenía grabado en su interior el nombre de mi padre natural y la fecha 5 de enero de 1952, en esta se leía: 23 de febrero de 1944, el día que Vati cumplió 12 años y que, según yo sabía, iba en un barco que transportaba prisioneros de guerra alemanes desde un campo de concentración en Texas al continente europeo para ser canjeados por prisioneros americanos. Viajaba junto a su padre y su madrastra. Habían sido deportados desde El Salvador por el solo hecho de ser de origen alemán.

A pesar de lo que cada anillo significaba para mí, con frecuencia los usaba juntos a manera de amuleto, tratando de integrar lo malo y lo bueno de mi infancia para exorcizar mis demonios.

Esa noche, cuando me di cuenta del robo, tuve la corazonada de que el autor solo podía ser un muchacho que vino a trabajar a nuestra casa hacía menos de un año. Aprovechando que estábamos

de viaje, y con todo el tiempo en sus manos, había escogido las joyas que le parecieron más valiosas. La ironía es que nuestra casa estaba rodeada de guardianes y guardaespaldas que nos seguían como sombras a donde quiera que fuéramos, pero como oí decir a un locutor de radio un día: ¡cuidado, que el enemigo está en casa!

Yo también tenía culpa de lo sucedido. El hombre me inspiró desconfianza desde el primer día; parado frente a mí en mangas de camisa en un día frío, retorciéndose las manos, me recitaba una letanía de penas por las que su familia pasaba porque él no tenía empleo. Como era esposo de una antigua empleada muy buena, no le pedí referencias. Además, sentía injusto no darle una oportunidad a este sujeto únicamente porque mi intuición me tiraba de la manga con insistencia como diciendo que pensara bien en quién depositaba mi confianza. En nuestra casa no había absolutamente nada bajo llave, y mucho menos una caja fuerte.

Se esfumaron para siempre piezas que pertenecieron a personas queridas, como el anillo de mi abuela Cecilia, madre de Adán, mi padre natural, otra joya que mi mamá tuvo a bien heredarme pensando en que esa abuela había sido mi primer amor. El anillo tenía un zafiro azul en el centro y, de un lado, una fila de diamantes triangulares que lo hacían parecer una flor nocturna entreabierta. Me lo había puesto quizá dos o tres veces en la vida.

Durante mis primeros años, mi mamá trabajaba para mantenernos mientras que Adán prefería pasar las horas corriendo autos y jugando de mecánico. Entretanto, mi abuela acarreaba conmigo a todos lados, a su tienda, a hacer visitas, al supermercado, pendiente de mí todo el tiempo.

También eché en falta un par de aretes que pertenecieron a mi suegra, que mi cuñada me dejó escoger de entre las joyas que dejara cuando murió.

Todo lo robado de un valor incalculable para mí, yacía probablemente en la gaveta de algún prestamista, y yo había perdido objetos que me conectaban de forma tangible a mi padre natural y mi padre adoptivo, mi abuela Cecilia y doña Caridad, mi querida suegra.

He pasado muchos años dando vueltas sobre cómo narrar la historia de mi Vati, es decir, de mi padre adoptivo. A pesar de que nunca supe mucho de ella, los pequeños trazos, los susurros que

llegaban a mis oídos mientras crecía y lo que pude intuir me hicieron comprender que había sido una vida de novela. A lo que me refiero es que su vida estuvo llena de momentos dramáticos, de tragedias y de alegrías cotidianas que él transformaba a través de su aprecio por el aquí y el ahora en una constante celebración. Hasta el final.

Como no existen padres sin hijos, Vati, mi papá, cobra vida como tal a través de mis ojos. Yo no existo sin él, y él no existe sin mí.

Mi abuela Cecilia me alza en el aire y me deposita suavemente sobre la pulida superficie de vidrio. A través de mis calzones de algodón y sobre mis piernas desnudas, siento entrar el frío del mostrador brillante, y en mi mejilla, el calor del cariño de mi abuela cuando levanta mi barbilla para besarme. La dulzura del perfume que se aplica por la mañana detrás de sus orejas y sobre sus muñecas flota alrededor suyo, y me recuerda el frasco de cristal con la tapa tallada en forma de un ave en vuelo que me ha prometido será mío cuando se acabe la última gota.

Permítame mostrarle cómo luce el sombrero, le dice mi abuela a su cliente, una mujer alta de cara arrogante y ojos llenos de desconfianza, colocando sobre mi cabeza un sombrero de paja color almendra decorado con violetas blancas y listón de raso rosado.

Me parece que quedará perfecto para la boda de día, dice mi abuela. Su nieta se verá tan linda como Margarita. Su mano viene a reposar sobre mi hombro.

Hileras de sombreros de mujer flotan sobre los estantes de la vitrina. El espejo que cuelga a lo largo de la pared de la pequeña tienda refleja mi imagen y la espalda de mi abuela. Sonrío, orgullosa de saber que le soy útil como modelo. Mi abuela lleva su pelo rojizo enrollado en un moño suave. El broche de su collar de perlas está rodeado de pequeñísimas chispas de diamante y la cremallera termina en una minúscula gota dorada que descansa sobre el vestido de lana azul.

Antes de pagar, la cliente se dirige a mi abuela y a mi tía abuela, Clara, quien cose en la máquina al fondo de la tienda: El próximo viernes le celebraremos a María Elena un té de novia, dice; recibirán su invitación este fin de semana.

Gracias, Gladys. Si terminamos temprano, nos reuniremos contigo un rato. Mi abuela responde por las dos; su hermana Clara levanta la mirada del bouquet de camelias que está cosiendo.

Al irse la señora, Clara le dice a mi abuela: ¿Por qué no le dijiste que no vamos a ir? Siempre callas lo que estás pensando. Enviaremos un bonito regalo y nos excusaremos. La educación no pelea con nadie.

La verdad tampoco debiera ofender. Sabes que tienes que estar de vuelta a las seis o a Rafael le da el ataque, y yo soy la que cocina en casa. De todas formas, no me hacen gracia esas reuniones.

La tarde transcurre lentamente. Armo un rompecabezas, y luego, sigo con mi dedo las líneas de un libro mientras que mi abuela abre las gavetas del gabinete detrás de la vitrina en busca de sostenes de encaje, ligas, y medias de seda, la prenda de mayor venta. De vez en cuando, Clara la acompaña al mostrador cuando hay que tomar medidas para órdenes especiales.

Los últimos rayos de luz se tornan ámbar tras el limonar que crece frente a la tienda. El tráfico afuera se hace más denso, y observo cómo poco a poco crece el grupo de personas esperando frente a la parada de bus. Cuando finalmente llega, todas se aglomeran luchando por alcanzar la única puerta de la camioneta. A lo lejos se escucha cómo bocinan los conductores desesperados por abrirse paso.

El taller oscurece más y ya no puedo ver las letras del libro frente a mí. Nunca he ido al colegio, pero, en los momentos libres que le quedan entre cliente y cliente, mi abuela me ha enseñado el alfabeto. Estoy aprendiendo a leer; descifro cómo los caracteres y sonidos forman las palabras. Es un proceso lento, pero me interesa y persevero tratando de descubrir su sentido. Abandono el libro y pregunto a mi abuela si la ayudo a hacer el corte de la caja registradora. Ella acerca una silla, y me paro en ella para alcanzar la manivela. Mi abuela presiona unas teclas y me da la señal de girar la manija. Así, juntas, cumplimos la tarea de abrir la caja por última vez para sacar el dinero de las ventas. Después de ordenarlos por denominación, mi abuela cuenta los billetes; yo separo las monedas por tamaño. Finalmente, toma dos billetes de a cinco, entrega uno a su hermana y mete el otro en su bolsa, y coloca el resto del dinero en una caja chica que guarda en un compartimento secreto de la máquina de coser.

Bajamos la cortina de hierro de la tienda y me monto con mi abuela en su Oldsmobile turquesa. Como el tablero me impide ver hacia afuera, me entra el sueño durante el viaje. Me inclino hacia un lado de tal forma que mi cabeza cae sobre su regazo, y ella me acaricia suavemente el pelo, desenredando los mechones que trenzó en la mañana.

Mi abuela tararea una balada que toca a menudo en el tocadiscos. El tarareo se vuelve una canción triste y me siento transportada por la melodía. Cuando crezca seré como ella. Nos

sentaremos por la tarde junto a la fuente en el jardín. Llevaré un collar de perlas y medias de seda, y cruzaré las piernas como ella, tirando de la falda para cubrir las rodillas.

De un día a otro dejamos la casa de mi abuela Cecilia, la madre de mi padre, donde viví mis primeros cuatro años. Tía Leslie y mamá conversan largas horas en voz baja. Las oigo llorar, y una luz de alarma se enciende en mi interior. De pronto, mi madre empieza a empacar nuestras pertenencias en dos valijas. Amontona lo que queda en medio de la cama y lo amarra en un gran bulto con la colcha. Nos toma de la mano a mi hermano y a mí, y con la ayuda de tía Leslie que maneja un carrito que usa para ir al trabajo, nos vamos a vivir donde mis otros abuelos, los padres de mi mamá. Nunca recibí el frasco de cristal para perfume que mi abuela Cecilia me prometió porque, con una sola excepción, no volví a verla por muchísimos años.

La historia de Martin comienza con la unión de sus padres, una joven judía alemana, y un muchacho protestante también alemán, ambos nacidos en Hamburgo. Se conocieron en La Habana allá por el año 1930, en una época de enorme bonanza y expansión para Cuba. La industria azucarera y ganadera estaban en su apogeo. Los precios del azúcar alcanzaban el cielo, y su venta incrementaba las cuentas de los norteamericanos, pues eran ellos los dueños de las plantaciones. En los censos del país se contaban menos cabezas de personas que de ganado. Las reses pastaban en corrales que pertenecían a extranjeros también. Los principales centros de comercio pertenecían a españoles. Por su parte, los cubanos luchaban por obtener los puestos políticos más altos para revertir la situación económica y acceder a una mayor tajada.

Como ciudad, La Habana de ahora se parece mucho a la de entonces, quizá un poco más desgastada y desteñida, más triste y más vieja pues, como bien se sabe, la modernidad se ha quedado a muchas millas de la isla, acechándola. Pero es fácil reconstruir el mapa por donde Wilhelm y Edith transitaron en esos primeros meses, el diseño de las casas y negocios que frecuentaban, los bares y los *night-clubs* donde se encontraban con los amigos para bailar, beber ron y disfrutar de *shows* de variedades tan atractivos y excitantes como los de New York. Sin duda dieron largos paseos tomados de la mano, se bañaron en las playas aledañas de aguas cristalinas, Viñales, Varadero y Playa Larga. Habían arribado en un buen momento a un terreno neutral y próspero, poblado con gente de distintas nacionalidades donde ellos encajaban de forma natural. En esa época, los cubanos eran un pueblo de carácter alegre y lleno de optimismo, muy distinto a los adustos moradores de Hamburgo, observantes de la ley, serios y preocupados por un futuro incierto en el hoyo negro de la recesión europea.

En las fotos en blanco y negro de esa época Wilhelm aparece con sus ojos claros, azules en realidad, pelo rubio peinado hacia atrás, nariz grande aguileña, mentón partido y una suave sonrisa en sus labios delgados. Había salido de Hamburgo a fines del año 1929 a la edad de 26 años. Su partida coincidió con la recesión en Estados Unidos; los bancos negaron los préstamos a las empresas alemanas dando lugar a un despido masivo que se desplegó en cascada a nivel nacional. En aquellos días, la gente salía a las calles con una maleta

de billetes para ir a comprar el pan. En unos billetes se podía leer: *Eine Million Mark*, y cuando ya ni siquiera imprimían nuevos billetes, la oficina de moneda les estampaba el sello: *Eine Milliarde*. Era una inflación rampante y la gente empezaba a preocuparse por sobrevivir día a día. En Hamburgo, Wilhelm trabajaba como profesor en un colegio privado, pero disminuyeron las inscripciones y ya no hubo dinero para pagar a los maestros. Tuvo que buscar otro medio de manutención para él y su mamá, Frau Elena, que se había quedado viuda y compartía alojamiento con él. Por su parte, su mamá tampoco se quedaba de brazos cruzados; lavaba ropa en casas particulares y establecimientos a cambio de billetes que valían centavos, o de un canasto con vegetales y papas que algunas de esas familias cultivaban en su propio jardín. En ese momento de gran necesidad, su amigo Karl Ludwig Schmidt, compañero y estudiante como él de la carrera de química en la Universidad de Hamburgo, le ofreció un puesto en la oficina de su familia en La Habana. Wilhelm había dado clases de matemáticas a Frau Margarete, la esposa de su amigo, cuando aún era soltera y cursaba el *Abitur*. Tal vez debido a esta doble relación con la prominente familia de importadores y exportadores de tabaco y café logró conseguir ese puesto tan oportuno. En La Habana, los Schmidt tenían plantaciones de tabaco que se procesaba para exportarlo luego a Alemania. Así llegó Wilhelm a Cuba y comenzó el manejo de la modesta oficina de Schmidt Gesellschaft, donde laboraban él y tres muchachos más.

El dicho favorito de Wilhelm era y sería siempre *der Indianer kennt kein Schmertz* ("El indio no conoce el dolor"). Su padrastro, el Sr. Kretschmann, un panadero que se levantaba a las tres de la mañana para preparar las masas para hacer pan, lo repetía ante cualquier reto o situación difícil que se le presentaba. Wilhelm lo había interiorizado, y cuando presentía que iba a enfrentar un sufrimiento, se aferraba a este sentimiento para arrancar el miedo de su corazón y encarar impávido lo que se le venía encima.

Había ya un par de situaciones en su vida de las que prefería no acordarse; la más reciente, el dejar truncada la carrera de químico por la necesidad de salir a buscar trabajo. Es por ello, y por otra serie de razones complejas, que se despidió sin sentimentalismos de su madre y se embarcó en el vapor que lo conduciría al futuro.

La vida en Cuba se perfilaba como una promesa soleada para

este inmigrante nórdico de clase media con muchos deseos de experimentar lo nuevo y de salir adelante. A partir de la llegada de Albert Ballin como director de la Hamburg-Amerika Linie, Hamburgo se fue convirtiendo en el puerto con la línea marítima más grande del mundo. A principios del siglo XX era una ciudad cosmopolita con una tradición naviera desde donde, aun antes de la recesión, los emigrantes alemanes zarpaban sin pensarlo dos veces hacia los puertos de Cuba, Panamá y Estados Unidos, a establecerse en el Nuevo Mundo. En el caso de Wilhelm, aunque el salario prometido no ascendía a mucho, la isla le proporcionaría un estilo de vida cómodo incluso después de enviarle una remesa decente a su madre. Al llegar, uno de los primeros lujos en su nueva holgura fue contratar a un cocinero español para que preparara sus alimentos, ya que Frau Elena lo había hecho toda su vida, y él, como solía decir, tenía dos manos izquierdas con cinco pulgares cada una, por lo que era incapaz de hacer nada con ellas.

En el fondo, y aunque quizá ni él mismo se atreviera a aceptarlo, se sentía feliz y liberado de dejar atrás finalmente el amargo pasado de su infancia, el abandono y la vergüenza que inclinaba su cabeza y congelaba su pecho. Desde pequeño vivió en un cuarto modesto únicamente con su madre y, durante los primeros años de su vida, no había sabido quién era su papá: un importante industrial con fábricas de trajes que vivía en una hermosa casa en el barrio de Charlottenburg en cuyo domicilio su madre trabajaba como ama de llaves. Por un lado, ese vacío, y por otro, la visita ocasional a esa casa donde su mamá vestía el uniforme de los sirvientes, y él era reconocido por los otros empleados, y los dueños, como el hijo de Frau Elena y punto. Wilhelm prefirió llevarse a la tumba los nombres y apellidos de esta familia. Cuando él tenía cuatro años, su madre contrajo matrimonio con Samuel Kretschmann, quien lo adoptó y le dio su apellido. A los 13 años, su madre le confesó que mientras era pequeño, su padre natural le había hecho llegar dinero para su educación. Sin duda su mamá pretendía consolarlo. ¡Resultaba entonces que encima le debía su educación al gran señor! Pero ese gesto más bien le pareció una limosna porque no iba acompañado de ningún reconocimiento público ni de ninguna caricia privada, y en vez de amortiguar el abandono y la falta de cuidados, lo había llenado siempre de furia y rencor.

Es por eso que abrazaba con doble entusiasmo la oportunidad de abrir esa gran distancia física entre continentes; sería como pasar la página de un libro o, mejor dicho, como empezar uno totalmente nuevo, por otro autor, en otro idioma y con una historia que no había sido preconcebida, sino que se iría escribiendo de forma fresca y orgánica, día con día.

El último capítulo de esa historia del pasado se había escrito un buen día cuando, ya de adolescente, fue a la casa donde seguía laborando su mamá a encontrarse con ella, con tan mala suerte que fue el padre quien abrió la puerta. Wilhelm lucía sucio y desgarbado, recién salido de un largo día en la escuela, y el personaje en el umbral le llamó la atención diciéndole: *Ein Gentleman trägt immer eine weisse Veste* ("Un caballero viste siempre un chaleco blanco"). *Ich scheisse auf Ihre weisse Veste!* Sin pensar que dejaba a su mamá en una situación delicada, Wilhelm había contestado con una grosería, y dando la media vuelta, se largó de esa casa para siempre.

La mamá de Martin se llamaba Edith Anni Helene Blumenthal y Berges. La copia del certificado de matrimonio autenticado por el Deutsches Konsulat in Havanna indica que a las 10:15 a.m. del 2 de julio de 1931 comparecen para celebrar matrimonio Wilhelm Kretschmann Holst de 28 años de edad, natural de Hamburgo, vecino de Oprabia 22, y doña Edith Anni Helene de 22 años de edad, natural de Osdorf, Alemania, vecina de San Joaquín el Alto en La Habana.

Tanto Edith como Wilhelm eran grandes aficionados a los deportes y practicaban la esgrima, pero para ella el ejercicio físico era parte integral de su vida, una verdadera pasión que la consumía y abstraía de muchas actividades sociales a las que la mayoría de muchachas de su edad dedicaban su tiempo. Tantas horas dedicaba a la práctica con el florete que, en unos años, Edith llegó a ser la primera esgrimista cubana que participó en los Juegos Centroamericanos celebrados en 1938 en Panamá, llevándose el sexto lugar en florete individual. Después de ella, no hubo ni una sola deportista cubana que se presentara en las pistas centroamericanas sino hasta después del triunfo de la Revolución cuando un equipo de cinco "mosqueteras" compitieran en los Juegos de Kingston, Jamaica, en el año 1962.

Es posible que Wilhelm y Edith se conocieran gracias a este interés común, en la pista donde practicaban. Quizá celebraran asaltos juntos, aunque las reglas para las mujeres difieran de las de los hombres, pero no había muchas personas en la isla con su experiencia y destreza. Una noche cuando Wilhelm había logrado ganarle a Edith y se sentía contento y seguro, envalentonado la invitó a salir a cenar por primera vez. Mientras se quitaba los guantes, Edith aceptó, pero para el día siguiente. En ese momento tenía otra cita, y se haría tarde para comer. Aunque venían de dos culturas y clases sociales distintas, él era protestante y ella judía, y Wilhelm le llevaba seis años a Edith, también tenían mucho en común: rapidez física y agilidad mental, humor que salía a flor de piel en medio del ataque y la riposta, y la complicidad de venir de la misma ciudad, de haber efectuado la misma travesía por razones similares. Edith estaba acostumbrada a relacionarse con personas de otras religiones siendo los judíos una minoría en Alemania. Ahora también para Wilhelm, la relación con una chica judía de clase alta podía suceder solamente en el Nuevo Mundo.

Para entonces Edith Anni Helene —solo aparece con este nombre en la papelería legal— comenzó a hacerse llamar Carmen por sus amigos y por Alfonso y Ramón, sus entrenadores de equitación y florete, respectivamente, con quienes pasaba una buena parte del día, ya sea en la pista con careta y florete en mano, o montando al Gitano, entrenando sin tregua hasta llegar a formar parte del equipo que se atrevería a soñar con participar en las Olimpiadas de Berlín programadas para 1936. Sin embargo, de forma fortuita porque fue un chasco para los concursantes, Carmen y el resto del equipo nunca llegaron a asistir a las soñadas olimpiadas donde todos los competidores de Alemania pertenecían a la *Wehrmacht*. Con un soporte económico y logístico impresionante, de manera insólita los jinetes alemanes ganaron todos los grandes premios, tanto de equipo como individuales, caso inigualado en las competencias de equitación en la historia. ¡Carmen, Carmen, eso solo lo soñaste! (“*Das hast Du doch nur geträumt!* ”)

Cada día que pasaba, Carmen hablaba menos alemán para sumergirse en la verbosidad voluptuosa del español. El alemán era la lengua de sus padres, de su niñez y de su educación. El alemán la

había forjado, pero también la encasillaba. Había mucho más en ella de lo que se dejaba ver. La llegada a esa pequeña isla verde y azul bañada de sol y sacudida por los vientos dejando atrás la vida culta de ciudad permitieron a Carmen transformarse en una persona distinta. Atrás quedó su lengua materna, su nombre de pila. Tenía sueños donde nadaba en el mar incansablemente, vivía aventuras fantásticas en la selva y hablaba español sin acento alguno. De forma inconsciente, sin que ella lo sospechara siquiera, asirse a esa nueva vida la mantuvo en un sendero que le permitió sobrevivir a todas las pruebas que el destino le deparó con flexibilidad y valentía.

De tez blanca, pelo castaño y ojos verdes, Carmen se adaptó perfectamente bien a la vida de La Habana, al clima cálido y salobre, a la ropa sencilla de lino y de algodón. El murmullo de las olas se escuchaba a lo lejos cuando estaba recostada en su cama tratando de dormir la siesta después del mediodía en la casita del barrio de San Joaquín. No extrañaba para nada la hermosa casa de dos pisos en el suburbio de Altona-Blankenese, ni el jardín con sus flores perfumadas y los altos pinabetes que mecían en sus ramas verdes los copos de nieve en invierno y los pájaros en la primavera. Tampoco echaba de menos la ópera y los conciertos de cámara que tanto disfrutaba, a los que asistía con sus padres y con Minna, su hermana, envuelta en sedas y encajes de vestidos hechos a la medida, cubierta por chales o abrigos con cuello de piel. Todas esas prendas de lustrosos materiales las dejó atrás gustosa.

Sus padres estuvieron a favor de ese viaje porque en Alemania empezaba a escasear el trabajo para los jóvenes, y la situación para los ciudadanos judíos se estaba complicando. Además, Europa envejecía, las guerras la habían golpeado y aunque las heridas parecían haber sanado, las cicatrices eran profundas y habían debilitado tanto la economía del país como el espíritu de su gente. Carmen sí extrañaba a sus padres, y sobre todo a Minna, su única hermana dos años menor, con la que había compartido su infancia y los primeros descubrimientos de la juventud. Linda Minna, de piel más clara que la suya y de físico más delicado, pero elegante y hermosa como un cisne blanco. Sus padres habían querido que se quedase a completar el *Abitur* con la esperanza de que cuando acabara, la situación en Alemania hubiese empezado a cambiar y

hasta Edith misma deseara volver.

Después de una noche interrumpida, porque tengo idea de haber oído a mi papá entrar sigiloso al cuarto, sentarse en la cama de mamá y rogarle con llantos que volviera con él, despierto sobresaltada en la casa de mi otra abuela.

Dormida a mi lado se encontraba la tía Dora, con la boca abierta mostrando unos dientes torcidos salpicados de rellenos plateados. Una baba conectaba su lengua con la almohada. Padecía de parálisis cerebral por una lesión que sufrió cuando la extrajeron con fórceps a la hora del parto, un cuento que yo oiría repetir muchas veces en los meses que permanecimos en esa casa.

Era yo muy pequeña para razonar que aquello no era un defecto congénito, sino uno de esos accidentes del destino a los que todos estamos sujetos, pero que deja ilesos a la mayoría. Por lo tanto, ver a mi tía me aterrorizaba como si fuera su enfermedad la proyección de una maldición a nuestra estirpe, y me avergonzaba de que alguien tan feo y torcido fuera parte de la familia.

La cama olía a nido de cabras, y mi hermano Tomás jugaba en una cuna en el rincón del cuarto con la pacha. Mordía el mamón y se divertía tirando con todas sus fuerzas de la botella, hasta que en una de esas, se soltó la rosca y el niño quedó bañado de pies a cabeza de un atol espeso.

Cuando Tomás comenzó a gritar, llegó la abuela Ángeles corriendo, todavía en bata y con el pelo enrollado en anchoas con una redecilla encima como dormía todas las noches. Los gritos despertaron a la tía, quien a su vez me tiró un manotazo que casi me rompe la nariz y yo, asustada, me las arreglé como pude para bajar de la cama y salir corriendo en busca de mi madre.

Tu mami se fue a la oficina, me gritó la abuela desde el cuarto en donde imaginé se encontraba atareada cambiando a mi hermano, las sábanas de la cuna, y posiblemente hasta la funda del cojín con forma de corazón que le habían puesto de almohada.

Angustiada vagué por la casa vacía, reconociendo cada cuarto. Era una casa que había construido mi abuelo con sus propias manos. Él se vanagloriaba de que las paredes estaban a plomo, de que cada rombo del diseño del piso casaba a la perfección. Pero la verdad es que, en lo que a diseño se refiere, no hubiera caído mal que alguien le echara una mano. La puerta de entrada comunicaba con la sala. La sala tenía una sola puerta que abría al comedor. Ya

en el comedor, a la derecha había dos puertas, una para al baño y la otra para la cocina, y a la izquierda otras dos, una que daba al cuarto del abuelo y la otra al de la abuela. La abuela se había escabullido de la cama del abuelo cuando sus dos hijas mayores se casaron, pasando a ocupar la habitación que dejaron vacía. La tía Estela y mi mamá se casaron una tras la otra, en un mes de enero salado porque a las dos les habría de ir muy mal.

El cuarto de la tía Dora quedaba en medio de los dormitorios de los abuelos. Contra la pared del fondo estaba la cama con un armario enfrente, y por un lado, una cómoda con espejo y gavetas. Bajo la ventana se encontraba el escritorio donde la tía repasaba con trabajo la caligrafía que la abuela insistía que ensayara. Los muebles eran todos muy simples. En comparación con aquello, mi mente transformaba la casa de mi abuela Cecilia en un hogar cubierto de espejos, con candelabros de araña colgantes y un jardín verdadero con grama, fuente y arriates cuidados.

Salí con desconsuelo al patio por la otra puerta de la cocina. En el centro se encontraba una pila gigante, similar a aquellas que se ven en las plazas de los pueblos para uso de las lavanderas. Mi abuelo ingenió un sistema de poleas con lazos de tender que cruzaban el patio de punta a punta de los que colgaban sábanas, toallas y ropa interior secándose al sol. El piso del patio estaba cubierto de un barro seco, café rojizo. Encadenado a un enorme pino, estaba un perro negro que se echó a ladrar al no más verme.

Entré rápido y no me quedó más remedio que regresar al cuarto de donde aún no salía nadie. La tía Dora todavía no caminaba. No tenía tampoco silla de ruedas, pero el abuelo elaboró una especie de andador en el que se apoyaba para levantarse y dar unos pasos. La mayor parte del tiempo permanecía sentada, o la abuela la sostenía para moverse distancias cortas de un lado a otro.

La abuela tenía la mala costumbre de hacer como si la tía no fuera inválida y pudiera hacerlo todo, me imagino que por hacer conversación y lograr que los largos días transcurrieran sin necesidad de estar lamentando sus desgracias. Sin embargo, esta costumbre me pareció en un principio muy cruel porque la abuela le daba órdenes que era imposible que la tía cumpliera.

Vete a la cocina y tráeme una taza de café, Dorita, decía la abuela. Voy en un momento, mamá, respondía la tía. Solo deja que

termine de bordar esta violeta. A todo esto, la tía tartajeaba, y le tomaba gran trabajo formar sus oraciones. A veces yo creía que su cerebro era apenas del tamaño del de un loro, y me sorprendía cuando salía con una ocurrencia inesperada.

En todo caso, la abuela me vio allí de pronto, aún en pijama, y me ordenó que tomara un baño con la tía, una rutina que funcionaba así: primero la abuela juntaba agua en la tina, ni mucha ni poca, no fuera a ser que la tía pescara una pulmonía o que en un descuido la encontrara flotando panza arriba como sapo muerto. Luego la ayudaba a llegar al baño. Por error de diseño, o quizá porque la casa había sido construida antes de que naciera la tía, el abuelo dejó una grada en la entrada del baño y de la cocina, razón por la cual, el andador naturalmente ya no funcionaba. La abuela le quitaba el camisón y la asistía para meterse en la bañera donde la tía se quedaba sentadita, haciendo como si se bañaba. Al rato llegaba la abuela con el paxte y el jabón y le daba una restregada que la dejaba colorada como si la hubiera desollado. La abuela desaparecía entonces a pasar la escoba por el comedor, a darle de comer al perro y a echarle una mirada a mi hermano, quien seguía parqueado en la cuna tirando los juguetes al piso de pura desesperación. Después regresaba a darle el champú —un momento de verdadero suplicio— y la tía chillaba y protestaba mientras que la abuela se hacía la sorda. La abuela, con su arraigada manía de limpieza y su delirio de persecución por las pulgas y los piojos, le rascaba el cuero cabelludo sin misericordia, mientras que chorros de espuma que ardía como chile se le mentían a la tía dentro de sus ojos y la dejaban ciega por varios minutos. La abuela se volvía a marchar —a hacer un par de camas o a picar los vegetales para el caldo del mediodía— y luego, ya que la tía había pasado media mañana en remojo y tenía las manos y los pies encogidos como ciruelas pasa, la sacaba y la llevaba al cuarto a vestir. Desde el día de mi llegada fue este también mi destino por las mañanas, a excepción de los domingos cuando mi madre se ofrecía a bañar a la tía, y yo aprovechaba para darme una ducha temprano y vestirme de prisa para acompañar a los abuelos a ir a misa.

Una vez en el cuarto, venía la hora más alegre, porque la abuela aprovechaba para oír la radionovela en lo que nos empolvaba y vestía. Yo llegué cuando la historia ya iba a medias, por lo que

hacía incesantes preguntas a la abuela. Ella me callaba para no perderse nada, pero a la hora de los anuncios me ponía al tanto de cómo iba la cosa. Lo que no sabes Margarita, me decía, es que Albertico Limonta es el hijo del doctor Montoya. De modo que el pobre Albertico está ahora locamente enamorado de su media hermana y, como sabes, los hermanos no pueden casarse o les salen los hijos mongólicos. Al darme estas explicaciones, la abuela asumía un aire de profetisa, y la tía Dora y yo la mirábamos extasiadas por todo lo que sabía. A veces la tía Dora trataba de explicarme el asunto, pero se acababa el anuncio y ella todavía estaba trabada en alguna palabra: Les s-s-sa-len los hi-hi-hi-jos como mo-mo-monos. La verdad es que las intrigantes vidas de las radionovelas coloreaban nuestras vidas y me hacían imaginar un mundo complejo y tortuoso pero que satisfacía a plenitud mi sentido primitivo de justicia. Los buenos siempre triunfaban y los malos recibían reverendos castigos.

Sucedió cierto día, cuando aún no teníamos ni dos semanas de estar en esta casa, que creí oír la voz de mi abuela Cecilia mientras me adormitaba en una siesta. Abrí los ojos, y a través del cristal rugoso de la ventana, distinguí claramente la silueta de mis dos abuelas cruzando palabras en voz baja. Me levanté sigilosa como un gato para no despertar a la tía que dormía a mi lado y crucé el cuarto, el comedor y la sala, hasta llegar a la puerta principal. Mi corazón comenzó a latir aceleradamente. Mi abuela Cecilia me hacía una falta tremenda, pero mi madre se negaba a responderme al preguntarle cuándo la volvería a ver. Corrí hacia ella y me le eché al cuello. Sentí nuevamente el olor dulce de su perfume y la suavidad de su piel. Llevaba puesto un sombrero pequeño de ala corta con unas pequeñas plumas cafés de adorno. Me pareció que tenía un gorrión allí prendido. Sus ojos almendrados estaban llenos de lágrimas. Toqué su pelo castaño y recorrí con mis manos sus hombros y un pedacito de su espalda, un terreno familiar y cálido que me reconfortaba.

Quisiera llevarme a la niña, Ángeles, a tomar un helado y a ver una película. Te la traeré pronto, antes de que Victoria vuelva, te lo prometo.

Lo siento mucho, pero la niña no tiene permiso de salir, contestó mi abuela en tono tajante y, abalanzándose sobre mí, me apartó de

mi otra abuela con fuerza. Traté de quitarme sus manos de encima haciendo todo tipo de contorsiones, pero en vano. Le mordí la mano, y mi abuela Ángeles me soltó un par de nalgadas. Histérica, comencé a llorar y a dar gritos, tirándome al piso pataleando de la rabia. Un líquido caliente comenzó a correrme entre las piernas.

Mi abuela Ángeles le hizo señas a mi otra abuela para que se marchara, y entre una cortina borrosa de lágrimas, la vi darle marcha atrás a su carro color turquesa dejándome tirada en medio de un charco de orín en una casa donde yo no quería quedarme. Si hubiera podido escoger, me hubiera marchado para siempre con mi abuela Cecilia.

La abuela Ángeles me cogió de la oreja y me arrastró con enojo al cuarto del abuelo donde me dejó encerrada con llave: Hasta que te pase el berrinche, me dijo. Ella había sido desde el principio cariñosa con nosotros, pero algo en mí la rechazaba. Cuando me abrazaba y me besaba, mi instinto me hacía separarme de ella, limpiarme a manotazos sus besos de la cara y preferir, en realidad, que ni me tocara. Si usted cree que voy a cambiar a mi abuelita Cecilia por usted, ¡está muy equivocada, señora! Y con aquel incidente ese temor había quedado confirmado. Sentí una cólera ciega y callada que bordeaba en odio por mi abuela Ángeles, la cual, a juzgar por los hechos, se había interpuesto entre el cariño de mi abuela favorita y el mío.

Un día a la semana, la abuela tenía que hacer el mercado. Contrataba entonces a una joven, la hija de la dueña de la tienda La Buena Esperanza, para cuidar a la tía y a mi hermano. La muchacha era morena como la leche quemada y tenía un vocabulario florido que escondía con maña en presencia de la abuela. Le decían Queta. Cuando Queta llegaba, la abuela cambiaba las chancletas que usaba en la casa por medias color carne y zapatos negros de tacón. Se soltaba las anchoas a las nueve y media, en vez de a las doce menos cuarto, y se pintaba las cejas con el sobrante de un lápiz café que guardaba en la gaveta de la mesa que le servía de tocador. Me tomaba de la mano, cogía un gran canasto con agarrador con la otra, y salíamos por el portón del frente que daba a la vía férrea. Cruzábamos los rieles y nos dirigíamos a la parada de la camioneta. La tía se quedaba en remojo, y el nene tomando la pacha al cuidado de Queta.

Como era mi única salida entre semana, me pasaba los días añorando que llegaran los jueves, sin importarme que al finalizar el día habría hecho con gusto las de San Pedro negando enfáticamente a cualquiera que me preguntara si yo estaba emparentada con la abuela.

¡Conseguir que parara una camioneta era una hazaña! Al parecer, a los choferes los sacaba de quicio llevar a señoras con canastos que ocupaban demasiado espacio y obstruían el pasillo y a las que no podían cobrar más que los cinco centavos de rigor.

La abuela perdía rápido la paciencia y se arriesgaba poniéndose a mitad de la calle agitando un pañuelo blanco. A pesar de ser pequeña y entrada en carnes, esquivaba con destreza de torero los vehículos que los desconsiderados pilotos le echaban encima a velocidad de bólido. Después de varios intentos, un conductor piadoso hacía el alto, o paraba un bus donde alguien quería bajarse. Corríamos entonces a montarnos. A la abuela se le hacía difícil que el chófer le permitiera dejar la canasta a su lado, porque estorbaba en el pasillo, o que el ayudante se ofreciera a subirla al techo del bus. Cuando teníamos suerte, conseguíamos asiento. Con el pulso acelerado y las mejillas encendidas nos instalábamos una al lado de la otra hasta llegar al mercado de La Presidenta. Una cuadra antes se sentía ya el nauseabundo olor, pero mi abuela aseguraba que allí la verdura y la carne eran más frescas y más baratas que en cualquier otro lado.

Pisando cáscaras de banano, pateando naranjas podridas, un ratón muerto aquí y un tomate destripado allá, la abuela y yo comenzábamos a adentrarnos en el laberinto de los puestos del mercado. Cada vendedora mostraba su producto en grandes canastos —camote, pacaya, perulero, mango— pregonando a voz en cuello las cualidades de su mercancía.

Para distraerme, y mientras me acostumbraba al olor, me entretenía imaginando las veces cuando mi abuela Cecilia me llevaba con ella al supermercado. ¡Qué diferencia! Los pasillos limpios, el dueño de traje y sonrisa puesta que nos daba una cordial bienvenida, carretillas con asiento desde donde yo miraba a mi abuela llenarla con melocotones enlatados, sopas Campbell's, cereales en caja, leche Carnation y *marshmallows* que me contaba venían de Estados Unidos.

Buenos días doña Angelita, ¿trajo otra vez a la nena con usted?, decía amigablemente una de las placeras.

Sí, doña Lencha, ya pasamos al ratito por los tomates. La abuela tenía todo un sistema para comprar. De ida indagaba precios, y sabía calcular con precisión cuánto descuento obtendría en el regateo. Para no tener que cargar tanto comenzábamos la compra al fondo, con las carnes, y veníamos hacia adelante, regateando cada vez con más urgencia cuando mi abuela ya no aguantaba ni el canasto ni los tacones.

¿Te ayudo, abuela?, le preguntaba yo a cada tanto sin mucho entusiasmo.

No, Margarita. Tú vas a llevar la bolsa de chicharrones que le compraremos al abuelo a la salida.

En una de esas, un borracho lleno de mugre y vestido con una camiseta y un pantalón que le colgaba en chirajos se acercó a mi abuela fingiendo tropezar con ella. Cuando sentimos, doña Carmela, la señora del puesto de los rábanos, estaba gritando: ¡Doña Ángeles, mire su bolsa! Ese cabrón le acaba de sacar la billetera. ¡Corra o la deja en la calle!

Mirando con desconsuelo su bolso abierto, la abuela reaccionó instintivamente, me encomendó a la señora que vendía queso fresco que estaba frente a nosotras, se quitó los zapatos y salió patinando detrás del hombre, quien se conocía los recovecos del mercado como si hubieran sido los de su madriguera. Mas no contaba con que la abuela los conocía igual de bien. Había asistido a la inauguración, cuando en 1954 el presidente Castillo Armas cortó el listón celeste y blanco amarrado a los lados del portón. Dice la abuela que en una de tantas vueltas, entre los aplausos y los gritos de las placeras, logró alcanzarlo. El hombre viró y le dio un puñetazo, que se notaba, pues venía con un ojo colorado que casi no podía abrir. Pero al voltearse, el ladrón dejó caer la cartera. Billetes y sencillo se desparramaron por el suelo, y la abuela se tiró encima de todo aquello, y ni con grúa la hubieran movido hasta recoger lo suyo. Vino de regreso contando la aventura, con las medias rotas que daba pena, y por supuesto, los pies negros de la corredera. Doña Carmela le prestó un pedazo de periódico para que se limpiara las plantas de los pies antes de ponerse los tacones, y hubo que comprar queso y rábanos para agradecer tantas

atenciones.

Yo no sé por qué la abuela insistía en lo de los tacones y las medias para ir al mercado. Cada ida le costaba un par de medias, y siempre escapaba de matarse con esos tacones. Doblones de tobillo, dedos pulgares morados y tacones rotos nunca lograron disuadirla. Para mí, la situación resultaba humillante. Se me hacía que la abuela era el hazmerreír de todos, y yo tragaba hiel cada vez que los choferes nos trataban como animales o nos insultaban por culpa de tener que llevar el canasto. Pero ni modo, la abuela ni tenía carro ni sabía manejar, y debía poner comida sobre la mesa.

Los jueves surgía también otro problema que me recordaba lo mucho que me avergonzaba yo de la abuela. El abuelo trabajaba de mecánico en la Empresa Eléctrica, lugar donde al parecer se suscitaban todo tipo de envidias e intrigas, de las cuales nos enterábamos los domingos que llegaban a jugar bochas sus compañeros de trabajo. Don Eugenio con su gorra vasca y estómago prominente, don Manuel con su pipa siempre apagada y don Eustaquio que tenía cara de culebra aburrida, se unían al abuelo mientras tomaban el café en discusiones apasionadas con aires de insurgencia. Ya era hora de acabar con las injusticias de la gerencia que promovía a extranjeros y a gentes de nombres importantes brincando sin miramientos a los obreros capaces pero sin influencia política o afluencia económica. Con el ceño fruncido y la voz ronca, el abuelo dábale vuelta y vuelta a la manivela de sus frustraciones. Si el jefe hubiera estado presente, lo hubieran echado en un molino para hacer de él carne picada sin remordimiento alguno.

Era de buen porte el abuelo Quique, y de un corazón generoso que se reflejaba en sus salidas de los sábados por la tarde. Gastaba sus centavos en comprar habas para la tía Dora y para mí, que nos enloquecían —aunque nos costaron a ambas un par de muelas quebradas—, bolitas de miel para todos; helados de leche y de nance de los Helados Gloria, que eran el delirio de la abuela; un salami, un queso en trozo y una botella de Cinzano o de vino de mesa para compartir con los amigos que llegaran el domingo. Mi hermano y yo merodeábamos alrededor de la mesa en donde se sentaban los viejos a charlar, y el abuelo cortaba pequeñas tajadas de queso o de embutido y nos los daba de comer en la boca como si fuésemos ratones.

El abuelo no era hombre de andar por las cantinas o de emborracharse. Vivía para el trabajo en la empresa y las reparaciones de motores que hacía en el garaje de la casa en su tiempo libre —por puro gusto, aunque de vez en cuando le sacaba un dinero extra— y para el viaje a visitar al Cristo Negro de Esquipulas que planeaba con entusiasmo una vez al año. Había estado en México una vez, aprendiendo a operar una planta eléctrica sofisticada de segunda que el gobierno de Guatemala había comprado a precio de primera al de México. Contaba de sus visitas a La Villa, donde encendió una vela a la Virgen Morena de Guadalupe para que hiciera el milagro de curar a la tía Dora, a los mariachis en la plaza Garibaldi, a las ventas de flores de Xochimilco y al zoológico de Chapultepec, un parque amplio y sombreado por hermosos árboles con cientos de animales, no como el zoológico de La Aurora que, en comparación, con sus tres micos tristes, los lagartos en un charco y el león viejo casi sin pelo, resultaba lúgubre y deprimente. Se le hacía agua la boca recordando las suculentas gorditas de chile con queso, los chilaquiles verdes y el mole poblano que había probado en la noche de su despedida cuando don Mateo Espinoza lo llevara a la Fonda de Las Cruces atrás de la catedral asentada sobre el Zócalo. En mi imaginación, la ciudad flotaba sobre el agua, y yo soñaba con aprender a comer picante y a tomar tequila con sangrita, con visitar lugares mágicos que me llevaran a invocarlos una y otra vez, tal como hacía el abuelo con México.

En público, el abuelo parecía lejano y respetuoso, ligeramente taciturno por los ojos perdidos detrás de unas gafas de aros negros, y no daba muestra alguna de su carácter colérico. Generalmente al regresar del trabajo, se dirigía al baño sin saludar a nadie, ocupando diez preciosos minutos de su hora de descanso para lavarse las manos negras de grasa y cepillarse las uñas con cuidado. Solo entonces se dirigía a su puesto en la cabecera de la mesa donde esperaba a que la abuela le sirviera al pensamiento: primero el caldo de hueso y verduras y las tortillas tostadas. Luego, el arroz blanco y el salpicón, hilachas, pepián o lo que hubiese de plato fuerte, y por último, el dulce de fruta y el café con champurradas.

Le quedaban diez minutos al final para la siesta. Pero si el almuerzo no estaba listo a su llegada, como los jueves, tenía que marcharse sin ella, lo que provocaba arrebatos insospechados de

gritos, insultos y patadas a la base de la mesa, que el resto de los comensales aguantábamos estoicamente. Pero si bien la tía Dora y yo poco podíamos hacer —a veces, en medio del estruendo sentía yo su mano fría y engarabatada asir una de las mías con fuerza bajo la mesa—, yo vivía con la ilusión de que la abuela se rebelara y en una de esas le estrellara al abuelo un plato lleno de comida en la cara.

Si de algo estaba segura, era de que nunca sería como mi abuela Ángeles. No había nacido hombre en la tierra al que yo le permitiría tratarme con la grosería que trataba *Quique* a la abuela; mientras ella, sin pizca de dignidad y roja como la grana, corría de un lado al otro, tratando de complacerlo y apaciguarlo. Definitivamente no me gustaba esta abuela para nada, y volvía a compararla con mi otra abuela, Cecilia, la que para entonces había adquirido en mi mente una dignidad estilizada y una estampa real.

Sucedió una noche fría de febrero en que hubo un temblor muy fuerte. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, me encontraba ya afuera, con la noche helada pegándose a mi espalda. Con un ruido estrepitoso se desprendían tejas del techo y caían como lluvia sobre el patio. El abuelo tenía a cuestas a la tía Dora, mi madre había corrido a levantar a mi hermano Tomás de la cuna, y yo me hallé súbitamente en los brazos cortos y robustos de la abuela. El perro Quitituy aullaba como lobo, tirando furiosamente para librarse del collar y la cadena. Sentimos un par de sacudidas bruscas, pero después de un rato, todo quedó quieto. Sin embargo, mi corazón latía furiosamente, y un miedo profundo me hacía prenderme al pescuezo de la abuela casi hasta ahogarla.

No te preocupes Margarita, me susurró la abuela. Esta noche dormirás conmigo.

En ese período de reconciliación con nuestra nueva situación estábamos, cuando mi mamá conoció a un hombre que vino a cambiar nuestras vidas. Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi a quien fungiría un día como nuestro padre amado y legítimo. El día perdura en mi memoria como una especie de aparición sucedida en un campo abierto, posiblemente en algún lugar de la costa sur, aunque pudiera haber sido en un sitio mucho más cercano a la ciudad. Martin estaba montado sobre un tractor Caterpillar amarillo. Tenía piel oliva y ojos verdes y llevaba unos

pantalones caqui y una camisa abotonada celeste de manga corta. Seguramente invitó a mi mamá a presenciar dicha demostración frente a un grupo de señores, los posibles compradores, y ella había acudido llevándonos a Tomás y a mí, que tendríamos para entonces alrededor de tres y cuatro años, respectivamente.

Martin tenía puesto un sombrero de paja, y al terminar de dar vueltas y de mover el equipo agrícola para adelante y para atrás, la gente aplaudió como si él fuera un domador de fieras, y el animal hubiera hecho gala de un perfecto entrenamiento. Saltó del asiento al suelo con soltura y elegancia, y vino directamente hacia mi madre a saludarla de forma cálida y decidida. Luego se puso en cuclillas y se dirigió a nosotros por nuestros nombres, asidos como estábamos de la mano y falda de mi mamá.

Había polvo y pasto quemado por el sol a nuestro alrededor. No me cabe duda de que era la época seca y que esa tarde pasamos calor, parados donde estábamos, sin sombra alguna para cobijarnos. Pero eran tan pocas las veces que mi mamá nos sacaba de paseo a mi hermano y a mí juntos, y menos aún las que se miraba tan contenta, que aquel momento quedó grabado en mis recuerdos como un pozo de luz.

Martin nació el 23 de febrero de 1932 en La Habana, Cuba. Un pequeño rubio con la tez oliva igual a la de su mamá, y el mentón partido de su papá. En cuanto salió el doctor a informarle que el bebé y su esposa estaban bien, Wilhelm corrió a enviar un telegrama a Frau Elena notificándole que ya era abuela. Los esposos soñaban con un niño y su deseo se había cumplido. Para Carmen, dar a luz a una criatura del sexo opuesto era un milagro maravilloso, y Wilhelm nunca había considerado la posibilidad de que fuera una niña. Creo que no habría sabido qué hacer con ella, confesó.

Ramón fue el primer amigo en llegar al hospital trayendo un enorme ramo de flores de todos colores de la floristería más cara de la ciudad, un poco exagerado para el gusto de Carmen, ¡pero tan hermoso! Luego llegó Alfonso con la camisa sudada, el pelo revuelto y las manos vacías porque venía del campo de polo donde entrenaba a los equipos femeninos. Wilhelm los encontró dentro del cuarto a su regreso de correos. Contento de tener con quién celebrar la llegada de su primer niño, Wilhelm invitó a los muchachos —Alfonso sería su futuro compadre— a salir a fumar al corredor los habanos que recién comprara precisamente para compartirlos con ellos mientras Carmen descansaba. Los empleados de la oficina llegaron más tarde con más flores y una caja de chocolates.

En la casita estaba ya todo preparado para la llegada del bebé: una cuna con su mosquitero de gasa justo al lado de la cama de Carmen, la ropita interior de algodón ya lavada, docenas de pañales y sus ganchos, pijamas para los primeros meses, gorritas para cuando saliera a tomar el sol y las pachas para darle agua cuando el calor se hiciera insoportable. Carmen se había propuesto darle de mamar a Martin mientras este mostrara interés; no solo era lo más práctico sino que, según decía el pediatra, lo más saludable para el recién nacido. Justo antes del parto, Carmen se apresuró a buscar una buena empleada para que le ayudara y había contratado a Clementina, una mujer negra, sencilla y callada, con buena disposición. Ella y el cocinero de Wilhelm hacían una extraña pareja, pero a veces Carmen los oía reír a carcajadas en la cocina. ¿De qué estarían hablando?

La felicidad y el orgullo de Carmen se reflejaban en Martin. En el viejo álbum de fotografías que aún se conserva en la familia, hay

una foto semanal desde su nacimiento hasta cuando cumplió dos años en la que Martincito aparece casi siempre en brazos de su madre que mira radiante y arrobada a la cámara. Cuando no está en brazos de Carmen, quien luce como lo que era, una mujer hermosa, atlética y cuidada, el pequeño rubio está en brazos de su nana, dulce, morena y enjuta, que lo arrulla igual de embelesada que la madre. Al reverso de cada foto, anotados a lápiz, aparecen el lugar y la fecha de la fotografía. Es allí también donde se lee el nombre de su nana, Clementina, y la forma como llama Carmen a su niño, "mi Machito". Probablemente es la mirada de Wilhelm la que está detrás de la cámara. Claramente este niño tiene a una familia que lo adora, y hasta ese momento, es un ser feliz a quien no le falta nada.

Aunque nacido de padres alemanes, Martin aprendió sus primeras palabras en castellano. Carmen y Clementina se encargaron de ello. ¡Camina pequeño, tú puedes! Dame la mano que te vas a caer... Wilhelm insistió en que no perdiera el idioma paterno, y por ello los juegos como el *hoppe hoppe Reiter*, las canciones de cuna que susurraba a su oído mientras lo dormía y los villancicos navideños que cantaban alrededor del árbol esos primeros años eran todos en alemán, idioma que el niño fue absorbiendo naturalmente hasta llegar a formar la médula de sus huesos, la estructura de su carácter y la lógica de sus pensamientos.

En 1933, Carmen y Wilhelm viajaron a Estados Unidos. A su llegada al aeropuerto de Miami, Carmen lucía un traje de dos piezas negro con falda tres cuartos, un pequeño sombrero y, sobre la muñeca izquierda, un reloj de pulsera. Se hospedaron en el lujoso hotel The Breakers en Miami Beach.

Todas las fotos del viaje muestran una sola persona a la vez: Carmen o Wilhelm. Nunca se les ve juntos, abrazados o tomados de la mano. Puede ser que alguien se haya tomado la molestia de desaparecer o destruir las imágenes que los une para siempre en los tiempos felices.

En cambio, la cámara impávida captura imágenes de los paseos de esos días; los días de playa velados y grises; un estanque con un rótulo que dice: "Crocodiles", con un par de cocodrilos gigantes tomando el sol; una choza con dos niños con el pelo cortado en forma de casco sentados sobre largos troncos de madera. Al reverso de la foto se lee: "Children of the Seminoles, Miami, 1933". Otra

foto de Wilhelm parado frente a un automóvil negro: “Buick Wagen 82761”. También hay retratos de cada uno de ellos frente al magnífico hotel cuya fuente y calzada están decorados con esculturas de mármol blanco inspiradas en el renacimiento italiano.

El álbum está lleno de fotos mostrando a Carmen o a Wilhelm, siempre vestidos elegantemente con traje y sombrero. En algunas, Carmen regala una sonrisa coqueta a la cámara, pero el conjunto de fotografías da la impresión de que ese viaje hubiese transcurrido en silencio.

El primer viaje de Martin a Alemania fue en 1935. ¿Quién lo llevaba? ¿Quién iba con él? Martin aparece pequeño, de tres años, con ropa de invierno y gorra de lana en medio de un campo cubierto de nieve. Un dato curioso; en el dorso de la foto está escrito: “Martin Kretschmann, März 1935, fast 3 Jahre alt, 23. April geboren”. Alguien que conoce la fecha en que Wilhelm y Carmen se casaron ha sumado nueve meses y ha concluido que el niño nació en abril, cuando en realidad nació dos meses antes. O quizá sean los padres mismos quienes han proporcionado esos datos a ciertas personas. Carmen estaba embarazada cuando se casó.

Con la misma blanca nieve de trasfondo, queda otra pequeña foto del niño por esos días vestido de indio piel roja; un regalo de cumpleaños o el disfraz del carnaval que acaba de pasar. El traje pareciera ser de gamuza con flecos a los lados de las mangas y del pantalón. Un hermoso penacho adorna la cabecita de Martin, seguramente hecho con plumas de fieltro. En la manita derecha, en vez de un *tomahawk*, Martin sostiene un osito. En el reverso de la foto está escrito: “Photo-Voss, Hamburg”.

Los papás de Carmen, ¿habrán conocido al niño en ese viaje? Y el niño, aunque pequeño, ¿tendrá una impresión vaga pero indeleble de quiénes fueron los papás y la hermana de su mamá? Daniel, Helene, Minna. La geografía y la historia política no ayudarán a sostener los recuerdos: lo ancho del océano Atlántico hará viajes como ese difíciles de repetir; la confirmación del *Führer* como líder único y magno desatará una serie de invasiones a los países aledaños de Europa; el racismo que separa, maldice y compromete enemistará vecino con vecino y formará lagos de silencio. La guerra que se acercaba con pasos callados y siniestros en un principio, ahora se anuncia con el redoblar de tambores. Y

más pertinente aún, la relación de sus padres se enfriará hasta quebrarse ya en ese mismo año, y su pequeña vida cambiará a consecuencia de esa separación.

Shshshsh. ¡Baja, baja la voz, no grites! O mejor aún, no digas una palabra más, calla de una vez, que el niño puede oírte. ¡El niño se va a asustar!

Los gritos de Wilhelm se escuchaban a cuadras de la casa. Las vecinas salían a las ventanas alarmadas tratando de entender por qué tanto alboroto. Y es que Wilhelm había encontrado a Carmen en la cama con otro hombre; vio algo que nunca quiso ver. Su despecho y su furia desembocaban ahora en un lago de lava donde todos los sentimientos de alianza y complicidad con su esposa se quemaban hasta extinguirse.

En ese momento, Wilhelm no veía más que lo negro que su ira proyectaba, lo sucio, lo manchado. Todo estaba arruinado para siempre. Ya no existía nada bueno, no había nada que salvar. Antes de marcharse tendría que destrozar no solo el presente, sino los meses cargados de recuerdos: pisotearlos, destruirlos, extinguir el libro que escribieran juntos, borrar las huellas que dejaran al ir uno al lado del otro por las calles y las playas. Hasta el suelo mismo donde estaba parado le parecía movedizo, inseguro, como un pantano que amenazaba con tragarlo. Ya no había futuro en ese lugar. Y la vergüenza que había dejado atrás con su viaje a América volvía a acecharlo. Del cielo al infierno habían sido esos tres años con Edith, Carmen o como se llamara la mujer. Pues que se quedara en el infierno.

¿Pero el niño? El niño sí que le importaba, porque el niño era de él. Exclusivamente de él. El niño no tenía madre. Se había largado, a saber a dónde y a saber por qué, ya no lo recordaba; y cuando lo recordara, haría todo lo posible por volverlo a olvidar. Pero el niño lloraba y pedía a su mamá. Shshshsh. El niño, fuera de sí, desesperado, preguntaba por ella. Pero pronto tendría que dejar de llorar y ya no sufriría más. Él iba a cuidarlo mejor que nadie. Si ella realmente lo amaba, hubiera pensado mejor lo que iba a hacer.

Wilhelm la detestaba, la odiaba hasta la locura, y si ella se atrevía a dar un solo paso para acercarse a ellos, sería capaz de asfixiarla con sus propias manos.

Una mañana, cuando Carmen estaba entrenando en el

hipódromo, Wilhelm se marchó con Martin. Hizo apresuradamente las maletas y se las llevó todas, incluso la de Carmen, totalmente vacía, para que ella no tuviera cómo seguirlos. Clementina los acompañó hasta el auto llevando a Martin de la mano, y una vez lo perdió de vista, se sentó en la banqueta, y metió la cabeza en el delantal. En el aeropuerto, Wilhelm hizo como si dejaba olvidada la maleta de Carmen detrás de una columna.

Carmen lloró toda la semana. Trató de levantarse para proseguir con la vida normal, por su propio bien, y aunque Martin no estuviera allí. Ciertamente comprendía que Wilhelm estuviera al borde del infarto por lo sucedido, dolido y furibundo con ella, pero hubo algo violento y explosivo en la reacción de su marido que quedaba al margen de la razón y la hacía temblar. Era un lado que nunca conoció de él, y súbitamente se daba cuenta de que realmente no tenía ni idea de quién era. Ese lado crudo, frío, ferozmente cruel había estado dormido, y ella tenía pavor de volverlo a ver. Con sus acciones, ella despertó a esa bestia. Aun así, ya no quería nada más con él. Pero su niño, ¿qué pasaría con el niño?, Wilhelm se había marchado sin decir a dónde y se lo había llevado con él.

Carmen se imagina a sí misma envuelta en una sábana, lívida, rígida, insensible, lista para que la lleven a enterrar. Una forma drástica de evadir el dolor. Wilhelm se llevó a su machito, y habían pasado días, y ella seguía sin saber de ellos. Carmen moría de angustia sintiendo cómo el niño sufría, y de la noche a la mañana empezó a envejecer.

Ya no importa el hombre, ni la pasión deliciosa, desbordante, inesperada, porque... Porque nada, había que escoger entre el niño y el amor. Nadie debiera tener que escoger entre vida y vida. Y ella quería a su niño, que era de ella, que era su alma y su ser. No podría jamás separarse de Martin, mucho menos dejarlo; iba a luchar por él.

Carmen hizo un nuevo esfuerzo por levantarse. Toda la excitación de la aventura se había evaporado. Su cuerpo estaba entumecido y desprovisto de ilusión. Apenas hacía unos días podía sentir cada fibra en su cuerpo, percibía los colores de las flores y las plantas con más brillo, tenía hambre de colegiala, y no dejaba de cantar. Su cuerpo estaba vivo y encendido. Se veía a sí misma

tendida sobre la yerba con la mano extendida alcanzando las estrellas. ¡Y la dicha de sentirse deseada así! Ahora la muerte había empezado a seguirla, y ella sabía que no podría separarse de su sombra nunca más. Justo cuanto se sentía más viva se daba cuenta del golpe del esqueleto con guadaña persiguiéndola por todas partes. Si perdía a su niño, lo iba a tomar de la mano y se dejaría arrastrar de prisa hasta el fin. ¿Y el hombre que con sus manos había deshecho el nudo del deseo? El hombre ya no importaba. Carmen quería a su niño. Aunque Wilhelm la matara, ella pelearía por retenerlo a su lado hasta que creciera, fuera hombre y no la necesitara más.

Carmen se levantó de la cama con el cuerpo acalambrado. Estiró las sábanas. Clementina lucía tan triste como ella, mientras que el cocinero que venía con Wilhelm y su menaje de casa desapareció con él. Las dos mujeres se habían quedado solas en la casita del barrio de San Joaquín.

En el instante en que decidió romper con su esposa, Wilhelm comenzó a negociar con los Schmidt para que lo trasladasen a sus oficinas en San Salvador desde donde exportaban café hacia Hamburgo, el gran puerto de entrada del café a Europa. Y una vez concedido el puesto, sin consultar con nadie, hacia allá fue con Martin.

El día 7 de marzo de 1936, los abogados representantes de Carmen y Wilhelm solicitaron el divorcio por mutuo consentimiento de sus clientes ante un juez de primera instancia en San Salvador. Como en los últimos meses se habían efectuado ya todos los requisitos de ley y ambas partes estaban cada vez más firmes en su intención de divorciarse, los abogados solicitaron que les fuera concedido. En esa instancia, el abogado de Carmen aclaró que la Sra. de Kretschmann, quien hasta hacía unos días se encontraba en el país, en ese momento iba rumbo a Cuba.

Con referencia a su único hijo, Martin, de cuatro años, decía el escrito original que presentó su abogado: *quedaba bajo la custodia y guarda de su madre, y correrían por cuenta de ella los gastos de crianza y educación, además de los gastos del divorcio.* Sin embargo, el abogado de Wilhelm hizo una pausa para advertir que hacía dos días se había llegado a un nuevo acuerdo en el cual *el niño, Martin, hijo del matrimonio por disolverse, quedaría en poder de su padre, Sr.*

Kretschmann, debido a que él tenía más elementos de vida…

En la siguiente moción, el abogado de Carmen hizo la gestión para que en atención a que ambos esposos habían permanecido alejados del contacto carnal por más de un año de manera que era imposible la concepción de un hijo legítimo de ellos, se solicitaba que la Sra. de Kretschmann pudiese contraer segundas nupcias sin la restricción de los trescientos días que mandaba la ley. El divorcio se inscribió en el libro municipal bajo estas condiciones, y Martin quedó de manera legal y permanente bajo la custodia de su papá.

Ya en San Salvador, Wilhelm alquiló un cuarto en la pensión de la Sra. Bustamante, a quien Martin comenzó a llamar Mami Busta. Era una señora alta, gorda, de pelo blanco que llevaba sombreros de día y de noche, de todas formas y colores. En su casa tenía un par de habitaciones extra que rentaba para ayudarse. La pensión tenía un jardín pequeño cuajado de arbustos con flores, un palo blanco frondoso que se cubría de flores amarillas en las épocas más cálidas del año y otro árbol pequeño de guayaba. Cuando la fruta se tornaba amarilla, caía al suelo y se reventaba mostrando un interior rosado que emitía un perfume delicioso. Al llegar del colegio, Martin dejaba su bolsón sobre la silla del cuarto, corría al jardín donde se quitaba los zapatos y los calcetines y pasaba horas jugando con la manguera que estaba permanentemente conectada al chorro. Si se aburría, sacaba la honda que le había regalado don Quincho, el jardinero, y trataba de cazar una paloma o un gorrioncito, pero afortunadamente a lo más que llegó fue a que la piedra le pegara en el dedo y le sacara sangre, y la honda acabó en la gaveta donde guardaba también tapitas de Coca-Cola y sellos postales. Otras tardes construía fuertes con las piedras que bordeaban los arriates de flores o iba a la cocina a pedirle a la Chana, la empleada, un frasco con tapadera para atrapar grillos, gusanos, hormigas y arañas. Luego Martin les contaba las patas, les examinaba los ojos y les ofrecía algo de comer. Cuando llegaba su papá por las noches, le mostraba orgulloso sus trofeos y le hacía ver que los grillos tenían las patas de atrás más largas porque eran las que usaban como resortes para brincar, que las arañas tenían ocho patas y el cuerpo separado en dos partes, aunque había algunas, las de patas súper largas que él llamaba viejitos, cuyo cuerpo estaba unido porque lucía como la cabeza de un alfiler. Las hormigas eran

enigmáticas porque se seguían unas a las otras en filas perfectas. ¿Cómo es que ninguna tenía ganas de hacer otra cosa, de tomar un atajo, o de ponerse a jugar?

Wilhelm se deleitaba con las observaciones del niño. Le daba pena que estuviera tan solo y sin tener con quien compartir las largas tardes. Su propia niñez había transcurrido de igual forma, pero ya hubiera querido él tener a un padre que le pusiera atención. El colegio donde asistía su hijo, el Externado Salesiano de San José, había recibido a Martin después de que este pasara su primer año en Centroamérica interno en Guatemala. Pero después de un ciclo escolar, la directora lo había llamado para comunicarle que para que aceptaran al niño de nuevo como interno habría que esperar a que madurara un poco más.

Un día que estaba comiendo solo en el comedor, Martin llamó, ¡Chana! ¡Chana!, ¿si, niño Martincito?, vení para acá, Chana, sentate conmigo y platicame. ¡Contame un cuento de los que te contaba tu mamá! Ay, niño Martincito, ¡pero si yo ya no me acuerdo! Y tú no te sabés el del lobo que se come a los cabritos. ¿Ese que Mami Busta le cuenta a la Lidia, su nieta?

Los primeros años solo con su padre fueron difíciles para Martin. Esperaba con ansias la hora de irse a la cama porque muchas veces despertaba a media noche, se levantaba a oscuras y de memoria recorría el pasillo hasta llegar a la puerta del cuarto de su mamá. La abría sin hacer ruido. Su mamá estaba tendida en el lecho con los ojos cerrados y el pelo esparcido sobre la almohada. Había muchas hormigas en la sobrefunda y él sacaba su frasco y las metía dentro, una a una, hasta tener el frasco negro por dentro. Luego lo tapaba y lo dejaba a un lado sobre la mesa de noche. Su mamá aún no despertaba. Martin apartaba la sábana y subía a su lado, se prendía a ella, se cobijaba en sus brazos y enredaba sus dedos en su pelo negro rizado. Martin buscaba su olor debajo de su axila, dulce y ácido a la vez. En ese momento y en ese espacio, su vida se disolvía en la de ella y ya no le falta nada.

El sueño se veía interrumpido cuando Martin oía el despertador que ponía su papá todas las noches para levantarse a tiempo para ir a trabajar. No quiero levantarme. Déjame dormir, Chana, que tengo sueño. Se apura nene o llega tarde donde los hermanos mariscos. No son mariscos, Chana. Sí, cómo no. Pregúntale a Mami Busta y

vas a ver que yo tengo razón, son los Hermanos Maristas.

Ya en el baño, calladito, Martin preguntaba: *Wo bist Du, Mutti? Mutti, wo bist Du geblieben?* Y se quedaba quieto y alerta, esperando oír la respuesta en el viento húmedo que soplaba suavemente a través de la ventana.

Cuando llegaron las vacaciones, sabiendo muy bien lo difícil que sería para Martin pasar tanto tiempo solo, Wilhelm le regaló un perrito. Mami Busta se mostró molesta con ellos por primera vez. Ella tenía un gato persa, el Califa; y seguramente dada la naturaleza de los animales y el tamaño al que crecería ese pastor alemán, habría problemas entre ellos. Sin embargo, Wilhelm le aseguró que al menos en las semanas venideras, mientras el Wolfie fuera solamente un cachorro juguetón, no habría ningún problema y, aún más adelante, el perro ayudaría a proteger la casa en contra de los ladrones que nunca faltaban en el barrio. Con poco agrado, Mami Busta había aceptado al nuevo inquilino.

La boda entre Martin y mi mamá se celebró en el jardín delantero de la casa de mis abuelos Enrique y Ángeles, en la misma casa donde vivíamos desde el día en que mi mamá empacara todo lo que poseía en dos maletas y una cobija, y saliera sin volver a ver hacia atrás de la casa de mis otros abuelos llevándonos con ella a mi hermano Tomás y a mí.

Yo recuerdo que estuve todo el tiempo en el cuarto mientras ella se maquillaba y se vestía, dándole vueltas como una mosca a un pastel. Mi mamá era muy guapa, tenía ojos grandes muy expresivos, tez clara y pelo castaño oscuro, con buena figura y unos dientes parejos y blancos que se hubiesen prestado muy bien para un anuncio de dentífrico. Tenía además una elegancia nata que le permitía lucir glamorosa, aunque no tuviera mucho dinero para gastar. Estaba sentada en un banquito en ropa interior y con un movimiento que tenía muy practicado, se subió el cabello en un *french twist* mientras yo comenzaba a pasarle los ganchitos. Para la ceremonia había escogido un vestido color crema de seda cruda y un pequeño sombrero con velo que le cubría parcialmente la cara.

El jardín estaba ya poblado de invitados cuando salimos de la habitación. Yo escuchaba con mucha curiosidad a las personas comentando sobre el evento: lo que seguramente costaba el vestido que llevaba puesto Victoria, ¿dónde lo habría comprado?, el magnífico muchacho que mi mamá había conseguido como marido, ¡y sobre todo tan pronto!, y el lugar a donde se iban a ir de luna de miel. La luna me gustaba mucho, sobre todo cuando estaba llena, y la miel también. Así que yo me imaginaba un lugar muy bonito redondo y claro, dulce y pegajoso. Como aún era muy niña, mi mamá no me explicó nada directamente, solamente dijo que se iría unos días de viaje y que no debía preocuparme porque volvería en unas semanas. En su ausencia, los abuelos cuidarían de nosotros.

Parada en el pasillo central, hasta atrás, escuché al abogado leer un acta que me pareció eterna, pero que tenía partes en las que cuchicheaban los invitados y otras en las que se reían abiertamente. Yo miraba la espalda de mi mamá y su perfil cada vez que volteaba para ver a Martin con una hermosa sonrisa. Cuando acabó el acto, sirvieron copas con champán y boquitas y, llegada la tarde, mi mamá y su nuevo esposo salieron hacia El Salvador en un carro que había sido decorado con lápiz de labios en las ventanas y latas que

colgaban del bómper trasero. Acostumbrada a no tener a mi mamá casi nunca conmigo, me quedé resignada jugando con mi hermanito a tomar todo lo que había quedado en las copas y comer lo que quedaba en los platos, especialmente los de pastel, hasta que nos alcanzó a ver la abuela y nos mandó a la cama sin tocar ni una miga más.

Dos semanas más tarde llegaron mis padres de vuelta a casa. Mi mamá traía una hermosa canasta cargada de fruta y pan dulce que le entregó a su mamá. Mi Vati traía otra canasta cubierta con una frazada de bebé y nos llamó con un gesto de la mano para entregárnosla. Adentro había un pequeño perro salchicha café de pelo liso que venía de la finca de una tía de Vati en El Salvador. Ya tenía nombre, se llamaba Lumpi. Era un regalo para nosotros. Mi hermano y yo no podíamos creer nuestra suerte de haber encontrado un papá tan bueno que nos hubiese traído un regalo la primera vez que salía de viaje. ¿Cómo se dice cuando uno recibe un regalo?, tuvo que recordarnos mamá mientras el perrito trataba de brincar de la cesta y nos lamía las manos.

Lumpi pasó unos días en pleno consentimiento, correteando en el jardín, comiendo todo tipo de bocadillos que mi hermanito y yo robábamos a la abuela de la cocina, arropado por las noches en una cajita de zapatos donde lo poníamos a dormir. Pero una semana más tarde, el jardinero dejó el portón de la casa abierto y el perrito se salió; aunque buscamos desesperadamente por todos lados, Lumpi no apareció jamás.

Cuando nos instalamos en la primera casa donde Vati nos llevó a vivir a mi mamá, mi hermano y a mí —una casita de tres dormitorios en una colonia de la zona 12 de la ciudad de Guatemala — él llevaba consigo una serie de grabados, entre ellos, el retrato del hijo del pintor flamenco Rubens y una liebre pintada en acuarela y lápiz por Durero. Trajo también otros grabados como el de *Los cuatro jine- tes del Apocalipsis*, también de Durero, que me fascinó y perturbó desde el primer momento en que lo vi. Sin embargo, los retratos del niño y de la liebre eran las únicas imágenes hechas con lápiz de color y por ello las más llamativas, aunque los trazos fueran sumamente delicados.

Yo nunca había vivido en una casa que tuviera obras de arte. En las casas de los abuelos, las paredes tenían cromos de figuras

religiosas o retratos y fotografías de sus antepasados. Martin trajo a mi vida la primera señal de una estética libre y fresca que no estaba atada ni a la religión ni a la familia. Aquellos pequeños grabados vinieron de alguna forma a acompañarme y hacerme sentir bien.

En la casa vivíamos solamente los cuatro, Vati, mi mamá, mi hermano y yo, otra cosa nueva para mí, que estaba acostumbrada a vivir en casas donde los abuelos mandaban y donde mi mamá tenía poco que decir. Vati había construido el amueblado de comedor para seis personas usando planchas de *plywood* barnizadas y tubos de metal pintados de negro. En medio del pequeño recinto, la mesa de líneas sencillas tenía un aire moderno que ampliaba el espacio.

Pocos meses después de mudarnos, mi mamá dio a luz a mi hermanito Max. Mi hermano Tomás y yo compartíamos una habitación, y el bebé vino a ocupar la otra más pequeña, hasta ese momento vacía. Se puede decir que, junto a mi hermanito, Vati había adquirido tres niños de golpe, pues él procedió de inmediato a adoptarnos, a darnos su apellido, y nosotros a llamarlo Vati, el equivalente a papi en alemán.

Cuando pienso en mi Vati, ya muerto desde hace más de treinta años, lo asocio con los cuadros de la liebre y el niño y con aquellos muebles que él con tanto esmero construyera para su nueva familia.

Como ya dije, Martin quiso adoptarnos y darnos su apellido al casarse con mi mamá. Por su parte, mi mamá había hecho un trato con Adán, en el que ella renunciaba a la pensión que le correspondía por el divorcio a cambio de que él no volviera a buscarnos jamás. No sé si a mi padre le costó aceptar esta propuesta o si, por el contrario, le causara un gran alivio deshacerse de esa responsabilidad. Lo cierto es que de un día para otro mi hermano y yo cambiamos de apellido legalmente, y de Santolino pasamos a ser Kretschmann.

Fuimos inscritos en la escuela con nuestra nueva identidad. Pero, no me explicaba cómo, desde el primer día, nuestros nuevos compañeros estaban ya enterados de que éramos adoptados y que nuestro apellido alemán no era en realidad el que nos correspondía por nacimiento sino el del nuevo marido de mi mamá. No recuerdo que hubiera ningún otro niño en la clase cuyos padres se hubiesen separado, convirtiéndonos mi hermano y yo en un “caso aparte”, tema de cuchicheo entre los otros alumnos y de vergüenza para mí

a la que todo afectaba, ya sea porque era naturalmente tímida o porque sentía que este tipo de comentarios menoscababan el buen nombre y la dignidad de nuestra familia.

Mi mamá vivía angustiada con la idea de que Adán llegara un día a secuestrarnos, caso poco probable ya que él nunca había demostrado gran apego a nosotros y, mucho menos, ganas de emprender las múltiples tareas cotidianas que implica hacerse cargo de criar a un par de niños. A pesar de esas razones lógicas que evitarían tal fatalidad vivíamos, según mi mamá, bajo esa constante amenaza.

Cierta vez que estábamos de compras en el supermercado, al final del pasillo divisé a Adán. Él se puso en cuclillas y me hizo señas para que me acercara. Como si hubiese visto al diablo, una parte de mí se sintió hipnotizada, inclinada a ir hacia él para abrazarlo, mientras que la otra, aterrorizada, me hizo correr en la dirección opuesta en busca de mi mamá, quien esperaba pacientemente haciendo cola frente a la carnicería hasta que le llegara el turno para que don Milo, el carnicero, le preparara los cortes que llevaba cada semana. Con el corazón que se me salía por la boca llegué a enterrar mi cara en su falda sin decir ni una palabra. Después de todo, a la edad de 5 años, yo no tenía más que un vago presentimiento de que algo borrascoso había ocurrido entre mis padres, algo que no encajaba con la norma y que, por lo tanto, se había vuelto motivo de señalamientos y burla por parte de nuestros compañeros y, seguramente, los conocidos de mi mamá.

En esos días, mientras vivimos en aquel chalet pequeño solos con Vati y Mutti, en los fines de semana que hacía buen clima y no había planes de paseos, sacábamos la mesita del comedor al jardín para comer al aire libre bajo el sol. Me invadía entonces una sensación de placer, de libertad por la luz y la frescura que me rodeaban y, sin embargo, al mismo tiempo, sentía la necesidad de correr hacia adentro, de cerrar la puerta y hasta las ventanas para encontrarme en una habitación hermética donde todo estuviera estático, donde no hubiera ni una gota de aire ni de brisa que agitara las cortinas y donde no se levantase ni tan siquiera una motita de polvo del salón.

Mi Vati parecía no tener memoria. En su vida cotidiana eran contados los momentos en que hacía una pausa para reflexionar,

mirar hacia atrás y recordar vivencias pasadas. Nunca nos habló de su infancia; raras veces mencionó algún pasaje de su juventud, de los días que pasara en Alemania al final de la guerra y de su vida en San Salvador a donde regresó con Wilhelm, su papá, Oma Erika y su hermanita Melanie a principios de los años 50. Siempre me sorprendió la carga de energía positiva que llevaba consigo, como si tuviese un mandato inherente que le ordenaba ser feliz. Aunque yo era una niña contenta rodeada de adultos de buen talante y con cierto sentido del humor, era obvio que Vati habitaba en un reino mucho más brillante e intenso que el resto de nosotros. Era difícil identificar de dónde sacaba tanto entusiasmo pues nuestra vida era sumamente sencilla, llena de trabajo, comida saludable y de pequeñas excursiones al interior del país el fin de semana, casi siempre a balnearios públicos, lagos o playas, pues Vati era un verdadero adorador del sol y del agua. Los domingos, cuando no estábamos metidos en una piscina, él nos llevaba a una de las funciones dobles de matiné en el cine donde almorzábamos poporopos y chocolates en el intermedio de las películas mientras mi mamá cuidaba a Max. Sus películas favoritas eran las de Tarzán con Johnny Weismüller y las películas americanas de vaqueros que llegaban a Guatemala. Cuando sucedía algo gracioso en la pantalla o en los diálogos, Vati soltaba una carcajada que seguramente llegaba hasta la última fila del palco.

Nunca tuvimos una casa en el campo o en el mar, o una finca dónde pasar los fines de semana como algunos de nuestros compañeros de colegio. Ni siquiera teníamos un televisor en casa, pero de todas formas no parecía faltarnos nada. Vivíamos en un presente manejado de forma precisa y ordenada con mucho trabajo y algo de diversión que no daba lugar ni a la vagancia ni al descontento.

Una de las primeras medidas que tomó mi papá al adoptarnos fue inscribirnos en el Colegio Alemán de Guatemala. Tomás tenía 4 años y yo ya tenía 5; era hora de comenzar nuestra educación. Entramos juntos al kindergarten, únicamente que a diferente sección.

Dentro del colegio, el área destinada para los niños pequeños estaba cercada con tela metálica, como si fuese un gallinero. Recuerdo que cuando llegamos el primer día de clases, había niños

agarrados a la cerca llorando a gritos y otros, más tímidos, derramando lágrimas en silencio porque sus padres los habían dejado solos por primera vez. Escuché a un papá negociando con un chiquito para que se quedara sin hacer mayor escándalo, y a cambio, él metía su mano al bolsillo de su pantalón y le entregaba una moneda de 25 centavos, que era precisamente nuestro estipendio semanal.

Fue Vati quien nos llevó al colegio el primer día de clases. Tanto mi hermano como yo sabíamos bien que no debíamos llorar. Mi mamá nos había preparado diciendo que teníamos que estar agradecidos que nuestro nuevo papá no solo quisiera que estudiáramos, sino que iba a pagar nuestra educación. De modo que nuestra admiración y respeto por él había crecido tanto que de ninguna forma íbamos a avergonzarlo ahora pegando de berridos. Nos quedamos calladitos como niños buenos que éramos.

La señora encargada de mi clase era una especie de gigante con un pelo parado y colocho que me recordaba la peluca de los payasos. Su piel era casi color púrpura y se dirigía a nosotros exclusivamente en alemán, aunque al principio no entendiésemos nada. Si decía algo en español era cuando se enfurecía y quería llamarle la atención a alguien: “súper chino, miserable, perezoso” le dijo un día al pobre Gallardo que no había llevado la tarea, posiblemente porque nunca entendió lo que ella nos había asignado. Al menos en nuestra casa había una persona que hablaba alemán, mientras que muchos de nuestros compañeros venían de padres de habla hispana que no podían ayudarlos con las tareas. Cada vez que la mirada de Frau Platz se clavaba en la mía, yo trataba de darle mi sonrisa más dulce, pero ella me devolvía una fría y calculadora. De todos modos, yo me propuse ganármela haciendo lo que fuera necesario para sobresalir.

En casa, Vati nos había instado no solo a trabajar duro y portarnos bien, sino a ser los mejores de la clase. Por principio, un Kretschmann se distinguía; tenía que ser el mejor en todo lo que hacía. Mi hermanito y yo aceptamos su aseveración como si fuera un dogma, sin chistar. La verdad, yo no necesitaba mucho para convencerme de los beneficios que nos traía ir al colegio. Ya el primer día nos habían dado a cada quien, además de una bolsa llena de golosinas, un bolsón con un lindo cuaderno empastado, una

caja de crayones de doce colores y un lápiz con su borrador y sacapuntas. Nunca habíamos tenido tantas cosas nuevas a la vez. Además, era requisito usar un uniforme para diario y otro para gimnasia, y eso nos hizo sentir guapos y felices porque lucíamos igual a todos los demás.

Frau Platz no tardó mucho en notar mis esfuerzos, quizá desmedidos, por sobresalir, y en una de esas, sin mayor miramiento me regresó a mi lugar: y tú que te crees, ¿salchicha extra? Me sentí totalmente avergonzada y me prometí ser más discreta. Pero ¿qué debía hacer para ser la mejor de la clase si ponerle buena cara y atención a todo lo que ella decía no era el camino? De no descubrir el truco para llegar a su corazón, en la clausura de fin de año, durante la ceremonia del cierre y entrega de premios, yo no podría caminar por el pasillo central hasta llegar al estrado, sino que me tocaría entrar por la puerta trasera, con los empleados que arreglaban el podio y las sillas para los distinguidos. Yo no podría defraudar a mi Vati, y lo único que importaba era que después del himno nacional, cuando prendieran las luces, ¡yo estuviera sentada en medio de los chicos en el cuadro de honor!

Al año de su llegada a San Salvador con Martin, Wilhelm conoció a Erika gracias a la relación comercial que tenía con Werner, su hermano mayor. Por esos años, eran apenas unas quince familias alemanas las que vivían en la pequeña ciudad, la mayoría de ellas ocupadas en la producción y exportación de café o en negocios relacionados. Todos eran amigos o al menos conocidos. La guerra había estallado en Europa hacía apenas unos meses con la invasión de Alemania a Polonia. Wilhelm y sus amigos se reunían ahora con frecuencia en un restaurante de mariscos donde siempre se conseguían ostras frescas y cerveza alemana para comentar los últimos sucesos. Preocupados por los familiares que permanecían en el viejo continente, se contaban entre los dichosos de no estar allí. Wilhelm penaba por su mamá, pues se había quedado sola en Hamburgo, y le escribía cartas relatando las últimas ocurrencias de Martin y los pequeños avances de su vida como comerciante en Centroamérica.

No se sabe qué impresión le causó Erika a Wilhelm la primera vez que se conocieron, pero lo cierto es que en esa reunión que su hermano Werner había organizado para presentarlo a los vecinos, él compareció distante y distraído, siguiendo con la vista en todo momento al niño pequeño que lo acompañaba. Erika quedó cautivada por la belleza del chiquito y por eso recordaba con exactitud la casa de los señores Lange donde lo vio por primera vez. En los meses que siguieron, ella trató en diferentes reuniones de capturar la atención de Wilhelm, de invitarlo a jugar tenis o a montar bicicleta, pues ella era una buena deportista, pero él no parecía estar listo ni interesado en entablar una amistad con una señorita.

Un domingo por la tarde en febrero de 1941, Werner invitó a Wilhelm a tomar un café a su casa. Wilhelm encontró a Erika sentada en la sala con una aguja de crochet en la mano tejiendo un inmenso mantel para la mesa del comedor. La joven se puso de pie solícita para saludarlo y, aunque lo conocía bien, le extendió la mano formalmente. Tenía los ojos achinados y los pómulos altos característicos de los eslavos, heredados de una abuela que provenía de Goldap en Prusia Oriental. Llevaba el pelo ondulado recogido en un moño sobre la nuca. Debajo de su sencillo vestido de algodón se insinuaba un cuerpo musculoso. Werner pidió ayuda a su hermana

para atender al huésped, y ella corrió gustosa a la cocina a preparar el café con leche y azúcar, y a servir tajadas del pastel que ella misma había horneado. El primer bocado que se llevó Wilhelm a la boca le dejó un poco de azúcar glas en las comisuras de los labios y un sabor riquísimo en la boca. Él levantó la mirada para ver a Erika realmente por primera vez. Quizá era la mujer que estaba buscando; quizá el destino había elegido a esta muchacha para él. Erika lo observaba detenidamente cuando él volvió a verla de nuevo y sus miradas se cruzaron. *Hast Du diese Sandtorte selber gemacht*? Erika asintió con la cabeza y sonrió complacida. Con su repostería había logrado finalmente que el amigo de su hermano se percatara de su existencia.

Wilhelm hizo todo lo posible para ser invitado de nuevo a la casa de Werner, lo llevó por las noches de copas y le confió la historia básica de su vida. Llegó a conocer así a toda la familia Krauss, al otro hermano de Erika, Kai, bastante simpático, pero sumamente irresponsable. La familia entera perdía el sueño debido a sus andanzas y despilfarros. La mamá de Werner, Frau Hilde, tenía la apariencia de ser de pocos amigos, con lentes gruesos, labios finos, y un delantal que no se quitaba nunca como para dar a entender que siempre estaba ocupada. Sin embargo, Wilhelm con su ingenio y buen talante logró ganársela poco a poco. El papá de Erika había muerto hacía ya varios años de cáncer.

Quiero que conozcas a alguien, dijo Wilhelm a Martin. Los fines de semana largos y las vacaciones solían pasarlos ya fuera solos en un hotelito en la playa del Sunzal donde nadaban en el mar como focas y comían ostras crudas hasta reventar, o en la hermosa finca de café de Tante Ulla, una señora guapísima y encantadora con quien Wilhelm tenía amigos en común en Hamburgo. En la finca no solo se comía delicioso y se descansaba en las suaves hamacas tendidas entre los postes que detenían los techos de los corredores, sino que el esposo de Ulla, Edgar, se entretenía enseñándole a Martin a montar. Ahora los caballos eran su gran pasión. Los tíos también tenían una jauría de perros salchicha, Max, Moritz y Frida, la Lupita y la Concha con quienes Martin jugaba mientras los adultos conversaban, siempre en alemán, acompañando la rica comida de la finca con abundante cerveza.

Esa tarde, cuando el automóvil se paró frente a la casa de Erika

y ella salió a la puerta con una gran sonrisa en los labios, Martin la reconoció. ¡Era esa señora que había sido siempre tan gentil con él! Si su papá había cambiado los planes fabulosos del día de descanso para presentársela sería porque era alguien especial. Había algo intangible pero fuerte entre ellos, y Martin no necesitó que su papá le explicara nada. Wilhelm tampoco lo hizo. Conociendo la inteligencia de su hijo, aunque aún no alcanzaba los diez años, él sabría que esa muchacha era importante para él.

A fines de octubre del año 1941, Wilhelm le pidió a Frau Hilde la mano de su hija. La boda se fijó para el sábado 21 de noviembre. Martin ya estaría de vuelta, pues ese año estaba yendo de nuevo como interno al colegio en Guatemala. Como ya quedaba poco tiempo, aprovecharon la reunión para decidir de una vez el tamaño de la fiesta y quienes serían invitados. Erika y su mamá se encargarían de preparar una deliciosa comida alemana: *Eisbein, Sauerkraut, Erbspurée*, la comida favorita de Wilhelm, y de arreglar las flores para las mesas. El pastel de boda se ordenaría a Frau Thiele, así Erika tendría el tiempo necesario para hacer su vestido. Para el día de la boda, le pedirían a la prima Ina que ayudara con la cocina. Etelvina, la sirvienta, estaría a cargo de limpiar la casa y poner las dos mesas con la vajilla de orilla dorada y los cubiertos de plata que habían traído los abuelos de Alemania, mientras Erika se arreglaba y salía corriendo al ayuntamiento donde un juez formalizaría su unión con Wilhelm. Al mediodía llegaría una veintena de invitados. ¡Iba a ser la reunión más grande que se había visto en esa casa!

Los novios recibieron muchos regalos. El más preciado fue, sin duda, el par de candelabros de plata que les regalaran la tía Ulla y su esposo Edgar. Pero hubo muchos más: un juego de copas de cristal de Bohemia de la familia Schulz; cubiertos de servir, también de plata, de Frau Thiele; una vajilla para ocho personas de los empleados de Wilhelm, un lindo florero de los vecinos de doña Hilde y un juego de ollas de los hermanos de Erika. Otros regalos como dos almohadas de plumas, dos manteles de organza suiza con una tira bordada al centro y un abanico de carey también le hicieron a Erika mucha ilusión.

Un par de semanas después, Wilhelm y Erika estaban ya bien instalados en una casita en el barrio Flor Blanca, en San Salvador.

Wilhelm continuaba trabajando para la Schmidt Trading Co. Como era el mandamás de la oficina, pero no era el Sr. Schmidt, la gente le llamaba el Sr. Trading, cosa que le daba mucha risa.

Desde la invasión de Polonia por tropas alemanas, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, comenzó a prepararse para ingresar a la guerra, a pesar de que la mayoría de los norteamericanos no favorecían la idea. Sin embargo, a mediados de 1940, una vez las tropas alemanas tomaron Dinamarca, Noruega y Francia, el sentimiento público cambió, y era cuestión de esperar el momento propicio para que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial.

A principios de ese año, Roosevelt había autorizado la creación de una división especial para atender los problemas de la guerra que anticipaba, con el objeto de localizar a alemanes y japoneses en Estados Unidos y América Latina que pudieran servir como rehenes para ser intercambiados por prisioneros americanos de valor. Con ese objetivo, un grupo de agentes del fbi fueron infiltrados en las embajadas como agregados legales en los países considerados como "buenos vecinos".

Con el bombardeo de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 y la entrada inequívoca de los norteamericanos a la guerra, el gobierno de Estados Unidos ordenó a las naciones latinoamericanas que declararan la guerra a Alemania, Japón e Italia, que confiscaran las cuentas bancarias, los negocios y los bienes a los residentes de esas nacionalidades y que procedieran de inmediato a encarcelar a los padres de familia. Las listas negras preparadas por los agentes del fbi en cada país servirían para identificarlos. Los países poderosos como México, Argentina y Chile se rehusaron a detener y expropiar a sus residentes. A los centroamericanos, más débiles y dependientes, no les quedó más que acatar las órdenes. La excusa de Estados Unidos para el encarcelamiento de alemanes fue que no querían dar lugar a que el nazismo se propagara en el hemisferio. Detrás de la complicidad de los países de Centro y Sudamérica que aceptaron el mandato estaba el interés económico, el deseo de apoderarse de los bienes y negocios de estos extranjeros.

A los pocos meses de que Estados Unidos declarara la guerra a Alemania y los otros países, Wilhelm fue arrestado por la policía salvadoreña para ser llevado a prisión. Entre otros agravios, a Erika

le confiscaron la acción del Círculo Deportivo Salvadoreño, donde ella era socia fundadora y ni siquiera le devolvieron su dinero. Existe una foto donde aparecen Erika y Martin frente a la cárcel haciendo cola para llevarle comida a Wilhelm ya que, a pesar de que estaba en una cárcel de la república salvadoreña, en sus condiciones inciertas desde el punto de vista legal —¿de quién eran ellos prisioneros?, ¿de qué se les acusaba?— no recibía ningún tipo de alimento salvo agua. En Estados Unidos se le catalogaría como "enemigo extranjero peligroso".

Entre los presos estaba un Sr. Giovanni Garda, que tenía una tienda de artículos importados y que de paso era el representante de Del Monte. Su esposa le enviaba cervezas en envases a los que había pegado etiquetas de jugo de tomate Del Monte, y don Giovanni se volvió muy popular distribuyendo estas latas a los amigos presos. La policía estaba sumamente extrañada de ver que los alemanes eran capaces de emborracharse hasta con jugo de tomate.

Después de mantenerlos un par de semanas en un espacio sucio y descuidado en la prisión local, Wilhelm y el resto de los prisioneros alemanes e italianos fueron transportados sin previo aviso al puerto de La Unión, donde los esperaban los marinos de la armada norteamericana. Wilhelm nunca olvidó el nombre del capitán, James J. Foley, quien le vociferó en inglés a sus hombres: "¡Acorralen a esos hijos de puta, y si alguien se mueve, denle su merecido!"

Dos semanas después, Erika recibió una carta informándole que Wilhelm había sido deportado a Estados Unidos. Durante año y medio Martin se quedó solo con su madrastra.

Al llegar a las instalaciones del puerto, a los hombres les ordenaron desnudarse. Pasaron horas en el muelle frente al crucero norteamericano anclado. Pudieron vestirse de nuevo después de que examinaran detenidamente sus prendas; destruyeron objetos como lápices o plumas ya que podían contener explosivos. Después de un día que se le hizo a Wilhelm el más largo de su vida, los infantes de la marina los hicieron subir al barco por la pasarela a punta de bayoneta.

El barco los llevó a San Francisco, donde llegaron en la madrugada después de cinco días de travesía. Una vez en tierra, los pasajeros fueron "espulgados" con chorros de agua que salían de

gruesas mangueras, los rociaron con DDT y los cargaron en el tren modificado para transportar prisioneros: rejas de hierro sobre ventanas oscurecidas totalmente, un solo inodoro al centro del vagón y puertas resguardadas por guardias con ametralladoras. Dentro del tren había ya más prisioneros.

Una vez en marcha, Wilhelm se percató con ironía de que, después de haber sido transportados por barco hasta el norte del país, el tren ahora los llevaba de nuevo hacia el sur hasta llegar a Texas.

Varios días después, el tren se detuvo a las afueras de un pueblo llamado Kenedy, antes Six Shooter Junction, en honor a los revólveres que tienen seis balas en su cilindro, ya que el lugar había sido guarida de cuatreros.

Cuando finalmente los prisioneros recibieron permiso para bajar y echar un vistazo a su alrededor, Wilhelm vio una nube de polvo que se acercaba. A lo lejos se escuchaban unos gritos salvajes. Después de unos minutos pudo discernir a una docena de Texas Rangers en sus caballos haciendo girar sus lazos como que estaban en un rodeo. Los guardias montados los arrearon cual borregos hasta juntarlos, y comenzó la marcha hacia el campamento donde serían recluidos mientras los guardias corrían de arriba para abajo a lo largo de la triste columna de prisioneros con sus lazos girando en el aire.

Wilhelm era uno de los setecientos rehenes que llegaron en ese grupo a Kenedy como cautivos de los norteamericanos por ser percibidos como *dan- gerous enemy aliens*. Para el asombro de Wilhelm, los presos no provenían únicamente de América Latina, sino que eran en su mayoría alemanes y japoneses que vivían desde hacía años en Estados Unidos. El campo de internamiento para hombres de Kenedy había sido habilitado el año anterior sobre tierras que ya eran del gobierno americano, y era uno de los cinco campos de concentración que operaron durante la Segunda Guerra Mundial en el estado de Texas.

En pocos meses, el campo estaba repleto con más de mil reclusos. La Convención de Ginebra requería que los prisioneros fueran segregados por nacionalidades y, por lo tanto, el oficial a cargo del campo, Ivan Williams, instaló a los alemanes en las chozas de madera llamadas *Victory huts* y a los japoneses en dormitorios

gigantes con letrinas comunales. Los italianos eran una minoría y fueron a parar también a las chozas.

A su llegada al *Lager,* Wilhelm fue asignado a una de las cabañas que compartiría con tres hombres, un muchacho que venía de Guatemala de apellido Engel, y dos hombres mayores, un joyero de California y un ingeniero de carreteras de Ohio. La construcción de la vivienda era precaria, apenas ofrecía abrigo en contra de las inclemencias del clima. Con frecuencia los compañeros encontraban todo tipo de bichos prendidos de las paredes, escorpiones y culebras que se colaban por puertas y ventanas mal ajustadas y agrietadas. Las condiciones del campo en general eran severas. La comida, poco apetecible: pan con margarina los tres tiempos, un café aguado, poca carne y mucha papa. Por sus charlas con el representante japonés, Wilhelm sabía que en el caso de ellos era té de pésima calidad y mucho arroz.

A pesar de todo, para Wilhelm, la vida en el *Alien Detention Center* resultó ser mejor de lo que esperaba después del denigrante viaje y de su primera impresión al arribar al miserable pueblo. A las pocas semanas de su llegada fue nombrado portavoz de los prisioneros alemanes residentes en América Latina. Ivan lo llamaba Willy y lo trataba con respeto. Le asignó responsabilidades como atender a los inspectores suizos y visitantes al campo, y solventar los problemas que invariablemente surgían entre los prisioneros japoneses y los alemanes. Como tal, él fue el llamado a recibir al delegado del Departamento de Estado que portaba un mensaje. El militar se apellidaba Kaiser y hablaba un pésimo inglés con un acento alemán denso. Kaiser le ordenó a Wilhelm: “Dígale a sus hombres que han entrado a Estados Unidos de forma ilegal, y que como castigo por este acto, les ha sido retirado el derecho de volver a entrar a este país de nuevo”.

A principios de septiembre del año 1943, Wilhelm y un grupo grande de alemanes provenientes de América Latina recibieron la noticia de que serían trasladados a otro campo de internamiento en Crystal City, donde sus esposas e hijos podían reunirse con ellos, siempre y cuando ellos y sus familiares aceptaran una repatriación voluntaria a Alemania o Japón, según fuera el caso.

Para su amigo joyero, Stolz, residente en Estados Unidos, aceptar la decisión de ser repatriado le partía el corazón, ya que se

ofrecería no solo a sí mismo, sino a su esposa y a sus tres hijos nacidos en California como rehenes para rescatar a soldados y prisioneros tan americanos como ellos de manos del enemigo. Stolz tenía serias dudas de aceptar el traslado. Sin embargo, para Wilhelm, con poca esperanza de ser enviado de vuelta a El Salvador, y menos aún de que ese gobierno lo acogiera de nuevo y le devolviera sus derechos y pertenencias, el aceptar ser deportado con su familia le parecía la única opción para escapar del calor agobiante y la soledad que le iban secando la vida. Casi dos años sin libertad le pesaban ya como sacos de plomo sobre su espalda.

Gracias a la estricta censura del correo de los prisioneros y a la carencia de todo tipo de información, Wilhelm y los demás compañeros solo tenían una vaga idea de la terrible realidad de la guerra en Europa. Dentro de ese engaño, Wilhelm desaparecía del presente imaginando que pronto podría abrazar a los suyos y volver juntos a Alemania donde encontraría a su mamá con vida. Quería respirar de nuevo el aire salobre del puerto de Hamburgo, ya fuera en medio del invierno cuando la niebla cubría las embarcaciones haciéndolas parecer barcos fantasma, o en el verano, cuando se distinguía claramente cada uno de sus nombres en los gigantescos cascos afilados, partiendo el agua, descansando apaciblemente en los muelles. A Martin le encantaría observar a los marineros trabajando como hormigas cargando todo tipo de embarcaciones antes de soltar amarras para navegar por el mundo entero. Podrían caminar por el elegante paseo alrededor del lago. Se levantarían un domingo de madrugada con Erika medio dormida y Martin brincando de la emoción para presenciar el trajín y la bulla del Fischmarkt a orillas del Elba, y regresarían a la casa cargados de verdura fresca, panes de granos oscuros aún calientes, peces y tulipanes de colores venidos de Holanda que Erika se apresuraría a poner en un florero en el centro de la mesa. ¡Hacía tanto que no comía un pescado, que no olía una flor! Volverse él y su familia cómplices del plan de Estados Unidos para ser intercambiados por ciudadanos americanos parecía la única forma de abrir la maldita puerta y escapar de la cerca de alambre de púas que coartaba su libertad y lo separaba de su familia.

Wilhelm escribió a Erika diciendo que aceptara las condiciones del pacto y que, en cuanto Martin terminara las clases en el

Externado San José, empacaran las maletas y llegaran trayendo solamente las cosas indispensables, ropa caliente para la estación, buenos zapatos porque costaba mucho conseguirlos, libros para Martin, tabaco para su pipa que se le había agotado hacía ya muchos meses, algunas medicinas básicas y el costurero de Erika porque toda su ropa necesitaría de sus cuidados para estar decente de nuevo. De ninguna manera debían llevar joyería o artículos de lujo, ya que les serían confiscados o se echarían a perder en las pobres condiciones de alojamiento con que contaban. Martin tenía para entonces 11 años.

En el instante en que la carta desapareció en el buzón, los asuntos que lo ocupaban día a día pasaron a segundo plano, y una memoria casi olvidada comenzó a llenar su mente. Aceptar el intercambio significaba también suprimir y, de ser posible, borrar el origen de su hijo, el origen hebreo de la mamá de Martin que determinaba lo que él era. Nunca le había contado a Erika los detalles de su matrimonio anterior, el motivo de su separación, la procedencia de Edith. En los últimos años había callado sin mayor esfuerzo ese detalle, ya que no era relevante para la vida apacible que llevaban en San Salvador. En realidad era un hecho circunstancial, pues Martin nunca había profesado esa creencia ni practicado las costumbres del judaísmo.

A su llegada a Kenedy había conocido a varios hombres judíos latinoamericanos deportados por ser alemanes también. Mas con el mismo grupo llegaron un puñado de hombres antisemitas y nazis confesos que comenzaron a acosarlos de tal manera que Ivan, el jefe del campamento, se vio obligado a reportarlo a sus superiores, quienes decidieron que era mejor trasladar a los alemanes judíos a otros campamentos en Louisiana para su protección.

Por primera vez en mucho tiempo Edith había venido a su mente, y tuvo que reconocer el sentimiento de alivio de saberla todavía en Cuba, fuera del peligro inminente en el que él y su familia se encontraban. Desde hacía un par de años se sabía que el primer paso del gobierno alemán para arrancarle sus derechos a los judíos había sido obligarlos a registrarse como tales. En otras palabras, forzarlos a identificarse para facilitarle a la población el discriminarlos. Inmediatamente siguieron los despidos, las denuncias y los malos tratos. Cuando conoció la noticia, Wilhelm

imaginó claramente, como si hubiese estado viendo un corto en el cine, la situación que estarían viviendo los papás de su exmujer en Hamburgo y su hermana, la linda Minna, pero allí mismo había reprimido la visión antes de que le produjera angustia. *Es ist nicht mein Problem... Es ist nicht mein Problem...* No podía mezclar el pasado con el presente. Cada cosa debía permanecer en su lugar en el tiempo para poder resolver los problemas del día sin contaminarlos con la amargura del ayer. Su salud mental dependía de ello. Su matrimonio con Erika dependía de ello. Y el vínculo que formaría Erika con Martin también.

Pero a veces, en Kenedy, la duda lo traicionaba. Viendo los sentimientos feroces de algunos reos, sus coterráneos, que atribuían a la raza judía todas las calamidades económicas de Alemania y más, especialmente a la clase pudiente —los intelectuales, los banqueros y los mercaderes— a la que Edith pertenecía, a pesar de sus esfuerzos por distanciarse y olvidar a la madre, los abuelos y la tía de Martin, Wilhelm se preguntaba qué sería de ellos.

Durante los últimos meses en Kenedy, una omisión deliberada y hasta ese momento insignificante, hecha para facilitar la relación entre Erika y él, se fue convirtiendo en "el gran secreto", por encima de otros secretos que poco a poco se habían ido diluyendo, despojándose de su propio misterio. Las implicaciones trágicas que tendría si en sus circunstancias y a punto de ser deportados de vuelta a Alemania se llegara a saber que su hijo no era del todo ario —si a su hijo le colgaban al cuello el carnet de judío— eran inimaginables.

De momento, y mientras su familia no llegara, hablar del secreto no tenía ningún sentido. En el campo de concentración todos eran extraños tratando de proteger su cuerpo y su alma al no exponer nada. Allí el silencio encubría cualquier secreto porque todo se guardaba, y cuanto menos se sacara a luz de la propia vida, los deseos íntimos y las tristezas, menos vulnerables y más seguros se sentían todos. Así que ese gran secreto quedaba de momento neutralizado, sumergido en un pantano callado y oscuro. Y si en algún instante el secreto pugnaba por salir en circunstancias impredecibles, al día siguiente o diez años después, no importando cuándo y dónde sucediera, él lo protegería con su propia vida.

No sé en qué momento la familia feliz y unida comenzó a dividirse y transformarse: mi hermano y yo nos volvimos niños pícaros y malos y, subsecuentemente, nuestro nuevo papá pasó de ser la persona encantadora a quien veíamos como nuestro salvador y protector, al padre a quien temíamos porque nos podía castigar. Mi mamá, por supuesto, estuvo siempre de su lado.

Algunas de las cosas que nos dio por hacer eran actos que no tuvieron mayores consecuencias, al menos al principio, como cuando empezamos las guerras de pedradas con los vecinos por las tardes al llegar del colegio, en las horas que mis papás todavía no regresaban del trabajo.

Tomás, mi hermano, había comenzado a caminar dormido y mis papás veían ese trastorno con genuina preocupación. Trataron de indagar qué se hacía en el caso de sonambulismo preguntando a familiares y conocidos de confianza, los cuales les aconsejaron asegurar las puertas para que no se saliera de la casa y se fuera a perder, darle leche caliente con miel por las noches ya que, supuestamente, provocaba un sueño profundo, y poner un guacal con agua al pie de la cama, para que cuando se levantara Tomás y metiera allí los pies, despertara del trance en que se encontraba. O sea, mis papás no culpaban a mi hermano de lo que sucedía. Sin embargo, el que me hubiera dado por morderme las uñas hasta los codos, y el que Tomás amaneciera orinado de pies a cabeza todas las mañanas eran situaciones que juzgaban como deficiencia de nuestro carácter y que enfrentaban con regaños y castigos, empeñados en que la vergüenza y el miedo nos hicieran cortar por lo sano estos malos hábitos.

Yo me comía las uñas de oficio y sin poder justificarlo; de pronto esa manía se había apoderado de mí. El que “si sigues comiéndote las uñas, te vamos a echar chile en los dedos”, me entraba por una oreja y me salía por la otra. Hasta que un buen día, mirando con asco y diciendo que mis dedos estaban ya convertidos en unas verdaderas baquetas de marimba, mi mamá preparó una pasta con chiltepe y sal que me untó en los dedos. Como me ardió mucho, yo agitaba las manos desesperadamente tratando que me dejara de quemar el jugo del chile que se escurría por las partes donde la piel estaba levantada dejando la carne abierta. Pero al día siguiente, cuando ya me había lavado las manos varias veces, seguí afanada y

desafiante mordiéndome las uñas. Cuando lo hacía no pensaba en nada, más bien era algo mecánico, como cuando una cabra se pasa el día masticando el monte.

Un buen día mi Vati me dijo que si para el sábado próximo yo seguía sin uñas, él me iba a cortar el pelo. Como de costumbre, traté de poner la amenaza en la esquina más recóndita de mi cerebro, pero algo me decía que mejor pusiera atención. Fui al baño y busqué dentro del botiquín la caja de las curitas y me enrollé una en cada dedo. Ya para el día jueves me entró la gran duda de si las uñas habrían crecido algo, y lo primero que hice al llegar del colegio fue meterme al baño y comenzar a desenrollar las curitas una a una. Ya tenía unas pequeñas lunas transparentes que no salían del borde de los dedos, pero que al menos cubrían una parte del pellejo que quedaba expuesto. Duré un día más, celebrando en mi mente que iba a evadir el castigo. Pero el sábado temprano, cuando estaba por bañarme, me las comí todas de nuevo hasta la raíz, casi como si quisiera ser parte del episodio dramático que yo sabía se me venía encima.

En efecto, después del desayuno mi papá comenzó a buscarme por toda la casa. Yo me había refugiado en el cuarto de servicio, tras la cama de la Tona, haciendo como que leía un libro. Mi corazón latía agitadamente y no lograba concentrarme. Como la casita era pequeña, a mi papá no le costó mucho encontrarme. ¡Enséñame las manos! Al verlas me tomó del brazo y me sacó al patio cerca de la pila. Yo trataba de ver por dónde andaba mi mamá, pero al parecer se había vuelto invisible. En el lavadero, mi papá encontró una palangana blanca de peltre y con ella en mano entramos a la casa. Sin soltarme, se puso a buscar las tijeras grandes que estaban en el escritorio y que se usaban para cortar papel. Yo trataba de poner resistencia arrastrando los pies como lo hacía la tía Dora, pero de poco me sirvió. Con la palangana y la tijera en la mano, mi papá me paró frente al espejo del baño, me puso el traste sobre la cabeza y procedió a cortarme todo el pelo que salía de él. Sentí el filo de la tijera rozarme la nuca y una lágrima quiso brincarme de los ojos. Pero me mordí los labios, aspiré hondo y me aguanté el resto del corte sin llorar. Mi papá me quitó el guacal de la cabeza y bajé la mirada; mis mechas de pelo estaban tiradas en el piso, y yo me sentí como un avestruz con el cuello largo, con un

pelo por aquí y otro por allá. Cuando salí del baño apareció mi mamá. Quise hacerla cómplice de mi desgracia dirigiéndole una mirada triste, mas ella me respondió con otra acusadora y dura que me hizo sentir desahuciada.

Me pasé todo el fin de semana metida en la casa, y no quise salir ni siquiera a tomar el helado de los domingos con los abuelos. El lunes por la mañana, antes de salir a la parada del bus, corrí al tocador de mi mamá para buscar unos ganchos. Eché una mirada al espejo, me hice el pelo que caía sobre la frente a un lado y me lo detuve con dos ganchos cruzados. Al menos el ridículo corte quedaba disimulado. Pasé por el cuarto donde mi hermano se amarraba los zapatos, tomé mi bolsón y salí por la puerta dispuesta a pretender que allí nunca había pasado nada.

Como Vati y Mutti trabajaban en su oficina de sol a sol —empezaban un pequeño negocio de representaciones de casas extranjeras de materias primas y maquinaria para la industria textil—, mi hermano y yo llegábamos del colegio a una casa donde solo estaba la empleada que ayudaba con la limpieza, la cocina y cuidaba a mi hermanito, Max, que tenía apenas un año.

Hacíamos las tareas a toda prisa y nos poníamos a cranear cómo podíamos pasar el tiempo juntos. Una opción era pelear por cualquier tontería. Había veces que empezábamos con gritos y acabábamos tirándonos los libros por la cabeza y golpeándonos de verdad. Yo temía y odiaba esos pleitos pues no sabía en qué iban a parar, pero odiaba más perder y salir golpeada de estas escaramuzas, así que una vez estaba en ello, le daba con todo lo que tenía; no me quedaba más que convertirme en un tigre o mi hermano, que cada día se ponía más fuerte, me dejaba llorando, magullada y llena de moretes.

¿De dónde tanta rivalidad?, me pregunto ahora, en vez de apreciar el hecho de que tan siquiera nos teníamos el uno al otro.

Lo de las guerras con los niños de la vecindad también había venido escalando. Un día les propusimos a Freddy y Raúl que hiciéramos las paces, y en vez de la pipa de la paz, les ofrecimos una pacha que les dijimos contenía un fresco muy sabroso. La verdad es que Tomás se había hecho pipí dentro de la pacha, la habíamos lavado por fuera muy bien para que no fuera obvio el contenido, y le ofrecíamos el brebaje primero a Raúl, que era el más

pequeño e inocente. Freddy le arrebató la pacha antes de que el otro la probara y dio un chupón. Inmediatamente escupió el líquido asqueroso, lanzó la pacha al arriate más cercano y, furibundo, agarró una piedra grande y la lanzó a una de nuestras ventanas que se hizo añicos en el instante.

La muchacha salió corriendo a ver qué sucedía y exigió que nos entráramos de inmediato a la casa, pero nosotros nos sentíamos tan indignados por la agresión que respondimos con una avalancha de piedras ya sin ningún miramiento a donde o a quien le caían. La historia de estas batallas acabó ese día, cuando una de las piedras de Freddy vino a caerle a Tomás en la cabeza y le abrió un hoyo que comenzó a sangrar como si fuera una vena la que le había cortado.

Alarmados entramos corriendo a la casa y, entre la Tona y yo, sacamos el botiquín de primeros auxilios que Vati guardaba en el baño. Limpiamos la herida, le aplicamos mertiolate mientras que mi hermano no paraba de chillar, y terminamos poniéndole una bola de kleenex en el agujero con una curita encima.

Cuando llegaron mis papás rendidos por la noche, hubo que reinventar la historia comenzando porque el Freddy había tirado la primera piedra y había roto la ventana de la cocina, y que nosotros habíamos tratado de defender la casa porque si no ahora mismo ya no tendría vidrios, etc., etc. Mi hermanito no decía nada, pálido y todavía bastante adolorido por el golpe. Mis papás, que de tontos no tenían un pelo, nos hicieron quitarnos las pijamas y volvernos a vestir para ir con ellos en ese momento, oscuro como estaba, a hablar con los papás de los Contreras. Mi hermano y yo parecíamos borregos que llevan al matadero, pero ni modo, había que dar la cara... Para hacer la historia corta, salió a la luz lo de la pacha con pipí —mi papá solo nos volteó a ver con una mirada fulminante— y lo de todas las batallas que habíamos venido librando en los últimos meses, los insultos con malas palabras, y bueno, Tomás y yo sabíamos que iba a ser el acabose cuando regresáramos a la casa.

Mis papás nos mandaron a la cama sin cenar, seguramente para deliberar a solas qué castigo le correspondía a nuestra mala conducta. Y en efecto, al día siguiente quedó dictaminado que durante un mes no habría salidas para nosotros. Ni cine, ni playa, ni visitas a los abuelos. Encerrados en el cuarto estudiando nos

tendríamos que quedar. Como a mí me encantaban los libros, me sentí aliviada y hasta siniestramente complacida de tener un par de días a la semana horas enteras de silencio para perderme en ellos.

Aún no habíamos dejado la casita de la zona 12 cuando mi hermano y yo volvimos a cometer otro pecado imperdonable. Como nuestro estipendio semanal era únicamente de 25 centavos y apenas nos alcanzaba para comprar un helado a la salida del colegio, a Tomás y a mí se nos ocurrió fraguar un plan para salir de pobres de forma expedita. Ya habíamos roto las alcancillas de tecolote que nos regalaran los abuelos, y habíamos gastado todas nuestras monedas en la tienda de la esquina en golosinas tales como chocolates Layer, gomitas de colores de Lorenesi y chicles Wrigley's que eran absolutamente deliciosos y que llevábamos a la escuela para presumir con los compañeros. Sin embargo, como las provisiones duraron poco, recurrimos al ingenio.

Un día, cuando Tona estaba ocupada tendiendo sábanas en el lazo del patio, entramos a su cuarto y, registrando su bolsa, encontramos un par de billetes de Q.5, que era justamente lo que buscábamos. Fuimos corriendo a la tienda de don Mincho y nos dimos gusto pidiendo todo tipo de chucherías, aguas gaseosas (que las teníamos prohibidas), globos y pitos. No contentos con todo aquel botín, en el momento en que don Mincho entró a la casa para buscar vuelto, Tomás se metió detrás del mostrador y se robó un par de espumillas grandes que nos apresuramos a meter dentro de la bolsa de papel.

Tona tenía libre al día siguiente. De pronto salió del cuarto atolondrada, directo a decirle a mis papás que alguien le había sacado su dinero de la bolsa. El jardinero, que se llamaba Clever, no había llegado esa semana porque tenía unos dientes infectados y, por lo tanto, quedaba fuera de toda sospecha. Lleno de desconfianza, Vati entró a nuestro cuarto y se percató de inmediato del desorden, porque allí parecía que había habido una piñata con dulces y envoltorios de golosinas regados por todos lados. No le fue necesario preguntarnos para llegar a la conclusión que nosotros éramos los ladrones. Agarró a mi hermanito del brazo bruscamente, mientras con la otra mano se aflojaba la hebilla del cinturón. Entró a su cuarto y cerró la puerta de golpe. Me quedé petrificada en el nuestro, y no tardé en escuchar los chasquidos del cincho en la

carne de mi hermano y los alaridos de este de puro dolor. No sé si lo que sentí en esos instantes era lástima por él o un miedo ciego de que al terminar con Tomás, Martin viniera por mí para proporcionarme una tunda similar a la que le estaba dando a mi hermano. Y mi mamá, que se había quedado con Tona hablando en la cocina, seguramente reponiéndole los billetes que le habíamos quitado, no se dejó ver en todo ese rato. Mi hermanito salió cojeando del cuarto con unos moretes en las piernas que le duraron más de una semana. Martin nunca se acercó a mí para ponerme la mano encima.

Quizá desde entonces me surgió la idea de que mi mamá vivía para Vati y que nosotros, los niños, habíamos pasado a ser para ella, como vulgarmente se dice, ciudadanos de segunda categoría. Nuestras obligaciones se limitaban a obedecer y a estudiar. Por suerte éstas no incluían rezar porque a mí me daba sueño todo lo que era repetir letanías una y otra vez. Cuando mi mamá se separó de Adán, como católica divorciada quedó fuera de la Iglesia. El sacerdote le había ordenado "cargar su cruz", y ella la dejó tirada. Especialmente ahora que se había casado con Martin, mi Mutti, como la llamábamos ahora, no tenía derecho a recibir la comunión. Como Martin era protestante y, por razones que desconocíamos, tampoco profesaba, crecimos con la religión que nos dio el Colegio Alemán, una hora a la semana de catecismo, que más adelante nos serviría para hacer la primera comunión, cosa que le dio una gran paz a mi abuela Ángeles, pues la pobre se pasaba las noches rezando para que mi mamá y nosotros no nos fuéramos al infierno.

Esta serie de incidentes que ocurrieron en menos del transcurso de un año vinieron a cambiar nuestras vidas. La dicha plena del hogar inicial, que yo imaginaba como vivir en el paraíso terrenal donde los leones y los chivos retozaban en los prados, las aves de rapiña y las palomas dormían abrazadas, todo amor y mansedumbre, había desaparecido. El sentimiento que le profesábamos a Vati había cambiado de una adoración y una confianza incondicional, a un respeto profundo anclado en la sumisión, como el agradecimiento que tiene un perrito al amo que le da de comer. A veces hasta nos sentíamos cohibidos al presentarnos ante él, como si estuviéramos mal vestidos y tuviéramos que comparecer ante un gran príncipe. Y con sus

acciones y sus palabras, mi mamá reforzaba esa distancia. Cada vez que estábamos a solas aprovechaba para justificar por qué había dejado a Adán, ¡tan diferente de Martin! Y, más bien, lo opuesto a él. Según mi mamá, mi padre natural era haragán e irresponsable, un verdadero niño a su edad, pues seguía viviendo de la mesada que le daba su mamá.

Una vez nos sacaron del kindergarten y la preparatoria, donde nos mantenían a los pequeños protegidos como pollitos, las idas al colegio se convirtieron en una especie de pesadilla. La palabra *bullying* no se había ni inventado, y la palabra "acoso" no era usada en este sentido tampoco, pero lo cierto es que mi hermanito y yo comenzamos a sufrir ese tormento en carne propia. A uno de los niños que estaba apenas un par de años delante de nosotros pero que tenía un cuerpo ya bien formado, alto, con postura recta como la de un cadete, le dio por molestar a Tomás casi todas las mañanas. Llegábamos caminando desde nuestra casa al colegio, y él nos acechaba como hacen los coyotes con las gallinas y, al nomás vernos, corría tras mi hermano, quien a su vez emprendía una carrera a todo lo que le daban las piernas hasta que el otro lo alcanzaba. Si era un día de suerte, solo le daba un coscorrón en la cabeza, pero si no, según le dictaba su salvaje instinto, Marcos le abofeteaba, le ponía zancadilla o le sacaba el aire. Tomás quedaba casi siempre tirado en el piso llorando desconsolado. A todo esto, parada en la acera del camino central, con el pelo trenzado todavía húmedo, cargando el bolsón, yo tenía que presenciar la escena, afligida y humillada, sintiéndome totalmente impotente.

Y tampoco faltaba quien se burlara de mí. Una niña insistía en que mi pelo color castaño rojizo era pintado y me convertía en objeto de risa ante los compañeros. Lo increíble era que, teniendo el pelo castaño oscuro (se le miraba en las raíces), ella era la que se pintaba el pelo con un tinte inverosímil, más dorado que el sol, pero aparentemente hasta ella misma se había convencido de que era su color natural. Y yo, que llevaba a cuestas lo del cambio de nuestro apellido, hubiera querido de todo corazón pasar desapercibida.

Cierta vez, cuando me encontraba en pleno recreo comiendo la merienda con un par de amigas, se nos acercó Rosario, la hermana del que le pegaba a Tomás que estaba en mi grado. Era una gorda con metro y medio de circunferencia y una trenza que le llegaba a

la cintura, y me dio una bofetada que pensé me había aflojado los dientes. El sándwich que estaba comiendo voló por el aire y el jugo de fruta se derramó sobre la banca donde estábamos sentadas. Me quedé petrificada. Nunca antes me había asestado nadie un golpe así de brutal y, entre el dolor y la vergüenza, no supe cómo reaccionar. Sin embargo, mi amiga Lisel se paró al instante, y aunque era sumamente frágil y delgada, cogió a la gorda del pelo y la tiró al suelo. Comenzó una revolcadera a mis pies, y todas las niñas se fueron acercando y formaron un círculo alrededor de las luchadoras, la mayoría clamando por Lisel porque la gorda no era muy popular. Lisel no cejó de forcejear con su rival hasta que uno de los monitores vino a separarlas. Con el pelo revuelto, la blusa blanca empolvada, la falda manchada de jugo y sin botón en la cintura quedó mi pobre amiga, pero este incidente nos sirvió para formar una alianza indestructible y eterna entre nosotras.

En las noches, cuando no podía dormir, aterrada al pensar lo que le pasaría a Tomás al día siguiente, yo llegaba a la conclusión de que todo esto nos sucedía porque los niños se habían enterado de que mi mamá era divorciada, nosotros adoptados y cuál era nuestro verdadero apellido. O sea, que éramos unos falsos, mentirosos, que estábamos tratando de darles atol con el dedo ocultando la verdad. Para mí, no había duda que de allí surgían esos acosos sistemáticos contra nosotros. Pero si bien me sentía furiosa de mi impotencia al ver que golpeaban a mi hermano día con día, y me dolía también que hubiera niñas que me tuvieran en la mira para reírse de mí, lo que más me frustraba era que mis papás no hicieran nada al respecto, ya que mi hermano llegaba con frecuencia con las piernas raspadas, moretones en la cara y arañazos en los brazos, y yo ya los había puesto al tanto de lo que estaba sucediendo. ¡Nada les hubiera costado ir al colegio a hablar con el director! Pero mis papás nunca quisieron intervenir. La verdad, me sentía traicionada y abandonada. ¿No sería que mi verdadero papá sí se hubiera preocupado por la situación y tratado de defendernos?

En cambio Martin y mi mamá en coro nos decían: Tienen que aprender a defenderse por ustedes mismos. Si alguien te pega primero, tú adquieres el derecho y la obligación de pegar para defenderte. Cuando la abuela nos llevaba a misa, en los sermones habíamos escuchado al padre decir lo de “dar la otra mejilla”, pero,

realmente en este caso, para Tomás hubiera significado quedarse parado y dejar que el otro lo agarrara como piñata, cosa que realmente no era aceptable ni para él ni para mí. ¿Con qué fin? Él no era Cristo y no había venido al mundo a salvar a nadie. Con solo que se salvara él de Marcos y a mí de presenciar aquel bochorno, yo estaba dispuesta a construirle un monumento o, por lo menos, darle una medalla.

Pero como dice el dicho, tanto va el cántaro al agua que al fin se rompe y, efectivamente, de tanto que nuestros papás insistían en lo de la autodefensa, y en vista de que no había quién viniera a asistirnos en medio de este terrible drama, un día mi hermano, ya preso en las garras de Marcos y en su desesperación, logró asestarle un puñetazo bien puesto en la nariz que, de inmediato, empezó a sangrar. Marcos se quedó desconcertado, cabrón, marica de mierda, dijo al sentir el sabor de su sangre en la boca, y dando la media vuelta, se fue a paso rápido por donde había llegado. Y allí acabó el asedio de ese muchacho cobarde para siempre.

Estando en los primeros años de primaria vimos cómo mi mamá se puso cada vez más panzona, y una noche Vati y Mutti nos llamaron a la sala para contarnos que íbamos a tener otro hermanito o hermanita. Max era muy chiquito y ya estaba en la cama, soñando con los angelitos, como solía decir nuestra abuela Ángeles. Pero ¿quién lo metió allí?, quiso saber Tomás tocándole el estómago a mi mamá, ¿tú te lo comiste? Al parecer mis papás no tenían respuestas y, después de un silencio embarazoso, nos dijeron que en pocas semanas sabríamos si era un niño o una niña cuando Mutti se fuera al hospital. Ya no hubo más preguntas.

En los días que siguieron, Mutti y la Tona se pusieron a empacar todo el menaje de casa en cajas de cartón, y en un fin de semana llegó el abuelo Quique con el *pickup* para ayudar a que nos pasáramos a vivir a una casa que quedaba muy cerca del zoológico La Aurora. Tomás y yo estábamos felices y pensamos que era una elección fabulosa de parte de Vati porque en la noche ¡hasta oiríamos el rugir de los leones! Nuestro nuevo vecindario tenía además la ventaja de que quedaba cerca de la casa de los papás de mi mamá, a donde nos encantaba ir porque el abuelo Quique acababa de comprar una televisión, aparato nunca antes visto en ninguna otra casa.

Fue en esa casa de Pamplona donde Vati comenzó a leernos por las noches, cuando ya Tomás y yo estábamos metidos en la cama después de ponernos la pijama y lavarnos los dientes. Lo esperábamos con impaciencia, aunque algo nerviosos porque a veces el preámbulo de los cuentos consistía en una serie de bromas pesadas, como cuando mi papá se acostaba sobre mí para soplarme la nariz y me dejaba toda ensalivada, además de sin aire, o cuando escondía un puñado de ronrones entre las sábanas para que cuando metiéramos los pies los bichos nos caminaran encima haciéndonos pegar de alaridos, cosa que a él le parecía chistosísimo. Otras veces su gracia era hacerme cosquillas hasta que casi me hacía pipí; me daba tantos nervios y me provocaba tal ansiedad que yo comenzaba a patear con toda mi fuerza con el propósito de golpearlo para que me soltara. A pesar de la angustia del momento, pues sentía asfixiarme de tanta cosquilla, a mí me gustaba ese contacto físico tan íntimo con él, lo calientito y pesado de su cuerpo sobre el mío, porque me hacía feliz que hubiera alguien que viniera a nuestro cuarto a entretenernos y a cobijarnos, aunque el gesto fuera mitad tortura y mitad ternura. Mi mamá nunca había sido mucho de acariciar o de abrazar. Era la hija de en medio entre su hermana mayor, que era la favorita del abuelo Quique, y su hermano menor, que era el hijo predilecto de la abuela. Sin querer, la tía Dora también acaparaba mucha atención. Así que ella había crecido sola como un animalito de monte, pero eso la había hecho muy independiente.

La selección de lecturas de mi Vati era muchas veces bastante sombría. Con frecuencia nos leía, por ejemplo, el poema de Goethe del *Erlkönig*. Se trataba de un papá que en una fría noche lleva a caballo a su hijito enfermo de vuelta a casa. En el trayecto, el espíritu malévolo del *Erlkönig* intenta primero seducir al niño haciéndole promesas de juegos y danzas en bellos parajes en compañía de sus hijas, si el niño acepta irse con él. Mas el papá lo protege diciéndole que allí no había ningún espíritu, que era la niebla lo que veía, y que las voces que escuchaba en su delirio eran solamente ráfagas de viento removiendo la hojarasca. El *Erlkönig* se enfurece, lucha y le arrebata el niño al padre por la fuerza haciéndole mucho daño. Cuando el papá llega finalmente a casa, el niño que llevaba en sus brazos estaba ya muerto.

Yo entraba en una especie de trance al oír la cadencia del ritmo en los versos que replicaban el sonido de un jinete galopando, y las hermosas palabras que usaba el espíritu del inframundo para conquistar al pequeño, a pesar del trágico final, al que nunca pude acostumbrarme y que irremediablemente me hacía llorar. Quizá el consuelo venía luego, una vez estábamos ya solos a oscuras y bien arropados, al saber que mi Vati no tenía caballo, que por allí no había ningún bosque y que nosotros, al menos de momento, ¡no estábamos enfermos!

Otra de las lecturas favoritas de Vati era la colección de cuentos macabros del *Struwwelpeter* escrita hacía siglos seguramente; supongo que al Opa Wilhelm ya se los leía su mamá cuando era niño y, por supuesto, a Vati se los leía el Opa porque los sabía de memoria. El libro narraba en verso y con dibujos a todo color, diez historias de niños desobedientes y las terribles consecuencias de su mal comportamiento. Por ejemplo, al niño que se chupaba el dedo, como lo hacía yo en esa época —ya para entonces no me comía las uñas porque lo del corte de pelo sí había sido bastante traumático—, un sastre le cortaba los dedos con una tijera; la niña que jugaba con fósforos, se quemaba todita quedando únicamente un volcán de ceniza y sus zapatitos rojos; el niño que se rehusaba a tomar la sopa, moría al quinto día de negarse a hacerlo, y solo aparecía en el dibujo final la cruz sobre su tumba en el cementerio. Es difícil explicar en qué espíritu recibíamos nosotros estas moralejas que de divertidas tenían muy poco; historias de horror que, aunque eran ficciones, nos dejaban muy claro el mensaje: más vale obedecer a los padres o las consecuencias pueden ser funestas. Nosotros lo teníamos ya bien entendido.

La mayor parte de su tiempo libre, por las noches y durante el fin de semana, Vati lo dedicaba a la lectura. Era su mejor forma de descanso. Nunca fue a la universidad, pero era un hombre instruido y culto. Al mismo tiempo, mi mamá disfrutaba leyendo poesía y, cuando Vati estaba de viaje, solía leernos poemas de la literatura española. Ese sí era el mejor de los regalos para mí. Yo la escuchaba callada, deleitándome con la musicalidad y la fuerza de las rimas de Bécquer y de García Lorca, dos de sus poetas favoritos, así como las de Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Sor Juana Inés de la Cruz y Rubén Darío. Yo hacía un nido de palabras, de imágenes y dulces

sonidos donde me cobijaba acallando la vergüenza, la timidez y todo lo malo que había en mí para dar lugar al deleite de la tranquilidad presente y a la ilusión de vida futura. Feroces animales como el lobo de Gubbia se acercaban a mí y yo dejaba de temerles. Escuchaba sorprendida cómo una mujer defiende a otras mujeres y pone a los hombres en su lugar. El amor verdadero existe, perdura una vida entera, y se prolonga hasta la eternidad. Desde lejos observaba a la gitana de pelo verde esperando entre las sombras sentada en la baranda, y espiaba cómo la casada infiel, en una noche de luna llena, bajaba al río con el gitano. ¿Y qué eran las madreselvas? Mi mamá no pretendía educarnos cuando nos leía; simplemente abría al azar el poemario y recitaba en voz alta los versos frente a sus ojos. Por eso las sorpresas que el libro derramaba eran incontables.

¿Me puedes leer la *Sonatina* de Rubén Darío? Los poemas que más me gustaban eran de él. El de la princesa triste de la boca de rosa que quiere ser golondrina o mariposa a pesar de estar rodeada de admiradores y lujos, le aclaraba yo. Mi espíritu romántico se exaltaba con la última estrofa:

–Calla, calla princesa –dice el hada madrina–
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor.

Por supuesto, yo estaba convencida de que en algún lugar en el mundo trotaba ya mi caballero y que, un buen día, cuando yo ya fuera mayor, haría su aparición.

Mi poema predilecto era aquel que comienza con mi nombre. Rubén Darío lo dedicó a Margarita Debayle. El autor narra a Margarita el cuento de la princesa traviesa que sube al cielo a cortar una estrella para adornar su prendedor. Su papá, el rey, la regaña: “qué locura, qué capricho, ¡el Señor se va a enojar!”, y la hace volver al cielo a devolverla, pero entonces aparece sonriendo el Buen Jesús que le dice: “son mis flores de las niñas que al soñar piensan en mí”. Así que la princesa vuelve radiante y feliz a la Tierra a hacer un prendedor donde la estrella queda rodeada por “verso, perla, pluma y flor”. Justamente, ¡todas las cosas que a mí

me gustaban!

Este era el cuento perfecto para mí, donde los personajes son una bella princesa, su padre, un rey poderoso con principios, y un niño Dios que extiende la gracia del perdón. Yo lloraba como Magdalena después de escucharlo mientras Tomás me observaba intrigado por mi llanto.

La casa a la que nos mudamos en el barrio de Pamplona era un poco más grande, tenía siempre tres cuartos, pero en el de Max ya había lugar para otra camita. En esos días nació mi tercer hermanito, Gerhard, que llevó el nombre del mejor amigo de mi papá, quien llegaba a jugar Skat con él y mi mamá todos los sábados trayendo una caja con más de dos docenas de pastelitos para nosotros los niños. Gerhard era rubio, igual a Max, y en un par de meses pudimos comprobar que tendría ojos claros también. Tomás y yo éramos de pelo castaño y ojos cafés, y para nosotros nuestros hermanitos canches eran tanto más preciosos cuanto adorables, aunque cuando teníamos que cuidar a Max porque era el día de salida de la Tona, poca atención le poníamos, y el pobrecito tenía que ver cómo se entretenía solo.

Fue cuando Max cumplió los 5 años que Vati quiso llevar a mi mamá de vacaciones a conocer Alemania. Para poder lograrlo, decidieron mandarnos a los tres mayores en avión a México para que pasáramos un par de semanas en la casa de Opa Wilhelm y Oma Erika. La abuela Ángeles se ofreció para cuidar a Gerhard. Ella siempre se apuntaba cuando hacía falta un voluntario para cuidar a los nietos. Yo tendría como 10 años y Tomás, 9.

Mi mamá nos mandó a hacer una especie de uniforme para el viaje: para mí, una falda, para Tomás, pantalón largo, y Max, pantalón corto, todos de casimir de lana gris. Los tres llevábamos camisitas blancas y suéteres de lana verde bosque abrochado al frente. Me imagino que la idea era que desde lejos se notara que éramos un grupo y que no se nos podía separar.

Nosotros conocíamos ya a los abuelos alemanes de las navidades que habían pasado con nosotros en Guatemala. Primero vivieron en Honduras y después se instalaron en México donde mi abuelo había obtenido un doctorado en economía, y donde después le ofrecieron un puesto como rector en una de las universidades estatales. A nuestra llegada todavía vivía con ellos la tía Melanie, la hermana de

mi papá, que hacía unos años había pasado una temporada con nosotros para cursar el último año de su bachillerato en el Colegio Alemán. Era rubia pelirroja, muy linda y divertida, siempre cariñosa con nosotros. Además de querida, gozaba de nuestro más profundo respeto y completa admiración porque podía comerse un rimero de doce panqueques con miel de una sentada ¡sin engordar ni tan siquiera una libra!

Yo estaba sumamente emocionada con este primer viaje al extranjero, y me sentí dichosa una vez más de tener a mi adorado Vati a nuestro lado, quien nos permitía, siendo aún niños, ver otra parte del mundo. A excepción de la pérdida del oso de felpa de Tomás, Poncho, que Max había dejado al pie de la escalera del avión para que subiera solo, motivo de reclamos por parte de Tomás y de pucheros por parte de Max, el viaje se perfiló desde un principio como una linda aventura, comenzando por la comida cuyos ingredientes eran los mismos que los nuestros pero que sabían tan distinto. Al día siguiente de nuestra llegada, Opa y Oma nos llevaron a conocer Elizondo, la panadería más grande que habíamos visto, con el mayor surtido y el pan más sabroso, cuyo olor se me viene a la memoria al nomás recordar nuestras visitas a ese lugar donde las personas tomaban canastas y pinzas al llegar y se despachaban ellos mismos todo tipo de panes, pasteles y golosinas. Opa y Oma también se tomaron la molestia de llevarnos de paseo, incluso a Max, aunque a ratos hubiera que cargarlo, a todos los lugares turísticos clásicos que nos había mencionado el abuelo Quique, y que precisamente por ello nos hacía una gran ilusión conocer: el zoológico de Chapultepec, Xochimilco y el complejo azteca de Teotihuacán. ¡Uy! pero qué grande, limpio y moderno era México, y qué divertido era oír hablar a su gente con ese acento tan cantado y con palabras tan distintas, que nosotros los chapines necesitábamos a los abuelos de intérpretes para comprenderlas.

Durante nuestra estancia vimos poco a la tía Melanie. Al parecer, era una época bastante ajetreada para ella pues se mantenía ocupada con sus estudios en la universidad y con una serie de muchachos que llegaban a visitarla mañana, tarde y noche. Como era tan hermosa, esa colección de pretendientes no me extrañaba para nada, más bien mi admiración por ella crecía cada

día al presenciar aquel desfile. Me recuerdo que aún era de noche cuando escuché cantar a un grupo de músicos frente al balcón que daba a la calle. Me asomé a la ventana del cuarto, y detrás de las cortinas alcancé a ver a unos hombres con grandes sombreros, trompetas y guitarras entonando una canción muy romántica. Mi gran descubrimiento fue ver que a la cabeza de ellos estaba Jorge, ¡uno de los enamorados de mi tía! Después de escuchar la serenata quedé convencida de que mi tía Melanie elegiría a Jorge para casarse porque con semejante gesto sería, sin duda, capaz de mover a su favor la balanza donde ella pesaba los encantos masculinos de sus novios.

El viaje seguía siendo como pura película de domingo, hasta que Tomás —potranqueando por la sala de la casa *wie ein Elefant im Porzellanladen,* como diría el Opa mientras lo arrastraba de la oreja a su estudio para darle una reverenda paliza— se tropezó y fue a dar con la cabeza a una mesita que tenía un florero encima. La porcelana —después supimos que era Meissner y que era un legado único de Frau Elena, la mamá del Opa— voló por los aires y se hizo añicos. Era uno de esos días en los que únicamente nos acompañaba la empleada, quien estaba ocupada en la cocina preparando las tortillas y los frijoles rojos volteados para la merienda. Tomás dispuso que no pasaba nada y que tenía una idea. Recogió todos los fragmentos ayudado con un pedazo de cartón, y se encerró en el cuarto. Yo le tocaba la puerta para que me dejara entrar y ver cuál era la ocurrencia fantástica para solucionar la gran metida de pata, pero fue en vano. Como mi hermanito Max estaba haciendo siesta después de tomar un antibiótico, pues le había dado amigdalitis, yo me metí a mi cuarto y empecé a leer un librito sobre los egipcios que la abuela Erika me había comprado el día anterior en nuestra visita a la librería. Cuando finalmente se fue apagando la luz del día y me cansé del libro, salí a la sala, y cuál fue mi sorpresa al divisar sobre la mesa el florero que lucía casi como nuevo. La verdad es que, de lejos, no se miraba tan mal. Tomás había encontrado una goma en el estudio del abuelo y se puso a reparar la pieza como mejor pudo.

Pero como la muchacha había escuchado el escándalo de su aparatosa caída y el chasquido de la cerámica al reventarse en el suelo, recorrió la sala revisando cuanto chunche había sobre las

mesas hasta dar con el florero que ahora parecía un rompecabezas recién armado, o mejor dicho, una obra de Picasso. En cuanto entraron los abuelos, ella corrió con el chisme.

La tunda que le dio el Opa a mi hermano es otro de esos recuerdos que me quedó grabado con pena. Primero, me recordó el par de veces que Vati le pegó a mi hermano en circunstancias muy similares a la que acababa de ser testigo. Segundo, fue como quitarle la máscara al abuelo Wilhelm, tan brillante y tan chistoso, ahora aparecía ante mí como un ser fúrico y cruel, incapaz de darse cuenta que un pinche florero no valía ni siquiera una lágrima de un niño.

Después de esa noche horrible para mí, comencé a desear que pasaran rápido los días para regresar a nuestro país, a nuestra casa, con nuestra gente porque yo estaba tan sentida que ya no podía ver al abuelo a los ojos. Ya nada me hizo gracia, y todos los largos días soleados llenos de paseos y nuevas experiencias, deliciosos sabores y sonidos sonoros quedaron apilados como si fuesen un volcán de ropa sucia en mi memoria. Un par de minutos de violencia me habían hecho tirar al traste todo el agradecimiento y el amor que yo había llegado a sentir por mis abuelos en esos días.

Por las noches cuando estaba sola en mi cuarto y me sentía confundida o triste trataba de rezar. Pero era difícil imaginar el camino por el cual mis plegarias pudieran llegar al destino deseado y fueran además bien recibidas porque ya no íbamos a misa, y ese era el primer precepto de nuestra religión católica, “amar a Dios sobre todas las cosas”. Ya de por sí, yo no calificaba para recibir ningún favor. Además, a decir verdad, yo no amaba a Dios sobre todas las cosas sino a mis papás, a mis hermanitos, que eran ya tres, y a la nueva hermanita que acababa de nacer. “Dios mío, que no se vaya a morir mi hermanita”. Carmencita había nacido antes de tiempo, cuando la llanta del Volkswagen de mi mamá se fue en un gran boquete de la carretera provocando que se le rompiera la fuente cuando apenas tenía seis meses y medio de embarazo. Tuvo que irse al hospital de emergencia, y allí nació la pequeña que era del tamaño de un conejito, con la piel tan transparente que se le miraba cada vena del cuerpo. El doctor la podía acomodar en la palma de su mano. Por ayudarla a nacer, este mismo doctor le había jalado el brazo con fuerza y se lo había arruinado. Al principio la

bebé lo movía muy poco.

La noche en que nos llevó Vati al hospital para conocerla tenía una sonda que parecía una pajilla metida en la nariz. Su cunita era una caja plástica bajo una gran luz, que según nos explicó la enfermera, servía para calentarla. A los pocos días, mi mamá llegó sola y triste a la casa porque la bebé tendría que pasar unas semanas más en la incubadora del hospital. Más adelante, en su primer fin de semana en casa, mientras comía, la bebé empezó a ahogarse, dejó de pronto de respirar, y se puso primero pálida y después morada. Mi mamá empezó a llamar a gritos a Vati, quien sin pensarlo dos veces arrimó sus labios a los de Carmen y empezó a soplar suavemente, hasta que la bebé respiró de nuevo. ¡La suerte de que fuera sábado y Vati estuviera en casa! Mis papás la envolvieron en una toalla y se fueron al hospital más rápido que en una ambulancia. Por la tarde estaban de vuelta. La chiquitía estaba bien. Ese mismo cuadro se volvió a repetir a los pocos días, gracias a Dios con el mismo buen resultado.

Así pues, por las noches, yo quería rezar porque tenía miedo de que algo le pasara a mis hermanos o a mi hermanita. Aunque estaba bastante celosa porque oí a Vati referirse a ella como “mi princesita” cuando yo había sido la única “princesa cachetillos de manzana” de la casa hasta entonces, prevaleció en mí la ternura de verla tan pequeña y tan indefensa.

Como bien sabíamos, mi mamá no era bienvenida en la iglesia, y mi nuevo papá era protestante y poco devoto, de modo que nosotros los hijos nos quedamos en el aire. Fuimos bautizados para que tuviésemos nombre, y para que la abuela Ángeles pudiese dormir tranquila, e hicimos la primera comunión porque en el colegio los religiosos salesianos impartían el catecismo a los católicos y nos hubiéramos convertido en parias ante ellos y los otros alumnos si no lo hubiésemos hecho. En esa época íbamos a misa muy pocas veces al año, cuando mis abuelos Quique y Ángeles nos llevaban. Entonces yo me pasaba la hora concentrándome para que sucediera un milagro, como que la virgen frente a mí, que estaba parada sobre una nube con una luna a sus pies, se elevara aunque fuera un poquitito, así erradicaría para siempre la negra duda sobre si debía o no abrazar la fe, ya que a esa edad la religión católica con el sacramento de la confesión me parecía más bien un

recurso puramente conveniente para poder pecar e ir al cielo al mismo tiempo.

Dándome cuenta del toque insincero en mis plegarias, mis rezos por las noches eran más bien una especie de monólogo: Dios mío, cuida a mi Vati y a mi Mutti, que no trabajen tanto y que pasen más tiempo con nosotros, siempre y cuando estén de buen humor; cuida a mis hermanos y, sobre todo, a Carmencita, que engorde un poquito, y rápido, por favor, así aprende a tragar sin ahogarse. Cuida también a mis abuelos, pero no tanto porque ellos ya están viejitos y ya vivieron bastante y hay tantos niños en la tierra qué cuidar. Y estoy segura de que todos son buenos, porque un bebé ¿qué daño puede hacerle a nadie?, así que hay que darles la oportunidad de vivir. Y apiádate de la gente de la India y del Congo, aunque no te conozcan. Es injusto que los mandes al infierno; tú debieras de haberte aparecido por allí también. Y que yo sea la mejor de la clase, porque de veras que estoy tratando, y si no mi Vati ya no me va a querer. Diosito, por favor, esto sí es lo último, que no me muera antes de cumplir los 16 años, que quiero morir habiendo vivido un poquito. Amén.

El día que nació Carmen yo tenía 12 años y todavía lucía como niña. Todas las muchachas de nuestro grado eran ya más altas que yo. Me consolaba que los niños, incluyendo Tomás, seguían detenidos en el crecimiento, y que no tenía por qué andarme preocupando de si se me notaban los pechos o si se traslucía la camiseta de gimnasia y se me veía el sostén, cosa que a las otras niñas parecía afligirles bastante.

Tenía ya casi los 14 años cuando por fin dejé de ser niña. Ya para entonces me urgía crecer porque quería impresionar a Heinrich, un niño mayor guapísimo, quien pasaba todos los recreos con Ulrike, la chica alemana de cuerpo de sirena que tenía a todos los jóvenes de la secundaria suspirando por ella. Un día, mi mamá me trajo de regalo una faja color carne de encaje y un par de medias de seda para complementar un vestido blanco que iba a lucir para la primera fiesta de quince años a la que me habían invitado.

Recuerdo que para entonces yo ya tenía un cuarto propio. Como la familia seguía creciendo, nos habíamos mudado a una casa más amplia con un bonito jardín en el barrio de Las Charcas en la zona

11. Después de ponerme los zapatos de tacón, me contemplé en el espejo admirando mi nueva figura todavía en ropa interior. Hasta ese momento, mis papás entraban y salían de nuestros cuartos después de un breve toquido, pero sin esperar respuesta. De pronto, alguien tocó a la puerta, y a través del espejo vi entrar a Vati en la habitación para preguntarme si estaba ya lista. El rubor se subió a mis mejillas de verme en paños menores ante él. Él también se apenó; pude percibirlo claramente. Perdón, me dijo, dio media vuelta y cerró la puerta con cuidado. Desde entonces, jamás volvió a entrar a mi cuarto súbitamente de la forma que lo hacía antes.

Había 160 kilómetros entre el campo de internamiento de Kenedy y el de Crystal City.

Wilhelm y el grupo de alemanes latinoamericanos que aparecían en una lista preferente junto a algunos de los alemanes norteamericanos que, ansiosos por unirse a sus familias, exigieron igual trato, fueron parte de la negociación entre Washington y Berlín a principios de 1943. Uno a uno serían intercambiados por presos americanos que estaban en campos de prisioneros de guerra en Alemania y otros países tomados por los nazis. Los prisioneros seleccionados abordaron el autobús militar en Kenedy rumbo a Crystal City, un nombre resplandeciente y prometedor que nada tenía que ver con la realidad del ínfimo pueblo.

El trayecto atravesaba distancias planas y desoladas que emanaban un calor endemoniado. Aunque no había nada especial que ver, el autobús en movimiento y los cantos de los compañeros le trajeron memorias gratas de su juventud a Wilhelm y lo pusieron de buen humor. Después de un par de horas llegaron a su destino. Una estatua de Popeye decoraba la plaza central de Crystal City y fungía como emblema, ya que el poblado estaba asentado en medio de cultivos de espinaca, considerados “oro verde” por la bonanza que su cosecha había traído a sus habitantes, en su mayoría mexicanos. El pueblo mismo parecía ser parte de un set para filmar una película de vaqueros, con cantinas y almacenes con rótulos en español e inglés.

Ya dentro del campo cercado, los prisioneros se enteraron de que el techo que ahora los cubriría había servido de vivienda a los trabajadores temporales que sembraban y cortaban la espinaca. Las instalaciones del campo habían sido mejoradas, y parte del trabajo que les esperaba a los nuevos reclusos sería seguir construyendo cabañas, almacenes y áreas comunes, ya que existía un plan de expansión acelerada para los próximos años. Según les informaron, Crystal City era y sería el único campo de internamiento en Estados Unidos construido para alojar familias durante la Segunda Guerra Mundial.

Ya casi al final del año, Erika y Martin llegaron a San Francisco entre un grupo de familias centroamericanas. Los esperaba un tren para trasladarlos; un viaje incómodo e interminable. A pesar de que venían de una ciudad calurosa cercana al mar, la alta temperatura

de ese verano en Estados Unidos, especialmente una vez comenzaron a atravesar Texas, los envolvía hasta sofocarlos. Su ropa estaba empapada de sudor, y el aire parecía desprovisto de oxígeno. Mira, Erika, ¡una vaca muerta!, señalaba Martin, quien no cesaba de maravillarse por cada cosa que veía a través de la ventana, ¡allí solo queda el esqueleto y los cachos! Erika, Erika, te prometo que vi un perro grande corriendo al lado de nuestro vagón; ¡parecía un lobo! Cuando el tren se detenía por cualquier razón, no tenía caso abrir las ventanas pues no soplaba nada de viento que refrescara a los pasajeros. Afuera alumbraba solamente un sol calcinante, despiadado, que blanqueaba hasta las piedras. Martin le hizo calcular a Erika cuántas veces cabía El Salvador en el estado de Texas: aproximadamente treinta. ¡Con razón duraba tanto la travesía!

Martin se levantaba con frecuencia, ya fuera al baño o al vagón que servía de comedor, donde una amable señora despachaba sándwiches de queso amarillo, galletas de avena y vasos de leche a los niños. A veces simplemente se paraba en los pasillos para escuchar las conversaciones en alemán de otras madres con sus hijos. Había señoras que tenían hasta cinco niños, y Martin suspiraba pensando que a él también le gustaría tener un hermano. Al igual que Erika y él, tanto las señoras como los chiquitos llevaban tarjetas con su identificación colgadas del cuello. Martin los observaba con interés. ¡Algunos de esos alemanes hablaban en inglés! Quizá entre ellos conseguiría un amigo.

A los pasajeros los acompañaban guardias armados del Immigration and Naturalization Service que no les quitaban el ojo de encima ni un minuto, todo el camino. Martin tampoco dejaba de mirarlos, fascinado con el uniforme y con las armas que llevaban en el cinto. En uno de sus múltiples viajes al vagón del comedor, uno de ellos le sonrió, le alborotó el pelo rizado con la mano y le preguntó algo en inglés. Yo solo hablo español y alemán, le dijo Martin dándole a entender que no le había comprendido.

Cuando finalmente el tren se detuvo, Martin descendió la escalera llevando su maleta en la mano. Si pesaba más de la cuenta, se debía a que venía cargada de libros que le servirían tanto para estudiar como para entretenerse. El aire caliente se le pegó al cuerpo, y Martin tuvo la sensación de que lo enrollaban en una

manta gruesa de lana de pies a cabeza. Volvió a ver a Erika. Parecía estar a punto de desmayarse, ya fuera por el calor, por la falta de sueño de los últimos días o por la emoción de reunirse por fin con su esposo después de dos años. Martin notó que llevaba su *sweater* celeste doblado en el brazo, su bolsa de mano colgada del hombro y la maleta pesada, pero que había olvidado el estuche con el violín de su papá. Pidió permiso para regresar a buscarlo, y le fue concedido. A su regreso, Erika lo esperaba sentada detrás de una ventanilla del autobús militar que los conduciría hasta el campo de concentración.

Con el corazón en la boca, Martin observaba con atención los cuadros que se sucedían por la ventana. El bus paró de pronto produciendo una nube de polvo. El campo de concentración estaba frente a ellos. Lo circundaba una cerca con alambre de púas de 3 metros de altura y postes de luz altísimos con reflectores, además de seis torres de control con guardias, seguramente armados hasta los dientes. En unas horas sabrían que el castigo para los que intentaban fugarse era la muerte.

Una vez descendieron y cruzaron el portón de entrada, Martin escuchó una banda tocando música alemana. Estaba compuesta de niños y niñas que les daban la bienvenida. Al otro lado, formando una fila perfecta, los prisioneros esperaban a sus familias. Martin no tardó en reconocer a su padre, y arrebatándole a Erika el estuche que había recuperado corrió hacia él para abrazarlo. ¡Vati, Vati, te trajimos tu violín! ("*Vati, Vati, wir haben deine Geige mitgebracht!* ") Erika lo siguió a un paso más lento y con lágrimas de alivio en los ojos. Martin no la había visto llorar nunca antes.

Después de recibir la bienvenida amable pero breve del jefe del campo, el Sr. O'Rourke de origen irlandés, unos guardias los dirigieron a un salón donde les entregaron la ropa que debían usar durante su estancia. Los niños fueron conducidos a la enfermería donde los vacunaron contra la difteria y el tétanos. Luego, Wilhelm les mostró el espacio que les habían asignado, una cabaña de cincuenta metros cuadrados que tenía una habitación, un baño y una cocina equipada con una hornilla de keroseno, una hielera cuadrada y un pequeño horno portátil. Habían tenido mucha suerte. Otras familias vivían en los llamados dúplex o triplex, o compartían cabañas Victory, con baños y regaderas comunes.

El campamento estaba dividido en dos sectores, el de los alemanes y el de los japoneses, tal y como había sido prescrito por la Convención de Ginebra. El sector alemán tenía su propio almacén que ofrecía productos básicos de alimento, vestimenta y utensilios, barbería y salón de belleza, su panadería y hasta un restaurante llamado Café Vaterland donde se servía cerveza y comida tradicional. Los mismos prisioneros cocinaban y proporcionaban el servicio, aunque algunos de ellos eran ingenieros, banqueros o comerciantes de profesión.

El campo de internamiento también contaba con una cancha de fútbol, una de baseball, canchas de tenis, un hospital bastante bien equipado y atendido y un huerto plantado con árboles de limón y de naranja.

Además del baño privado, lo que más apreciaba Erika era la oportunidad de poder cocinar para su familia y de comer a solas los tres por las noches. Tanto para los alemanes como para los japoneses, existían también comedores institucionales atendidos por los mismos reclusos. La comida no era sabrosa, pero era abundante, y nadie se quedaba con hambre. Hasta los menús estaban prescritos por la Convención y eran servidos bajo la supervisión de la Cruz Roja.

En Crystal City operaban tres escuelas. La primera era la escuela americana federal que impartía educación al estilo americano y que estaba totalmente acreditada. Luego estaba la escuela alemana y la japonesa que enseñaban en las lenguas maternas. Sabiendo que en pocos meses serían repatriados, Wilhelm inscribió a Martin en la escuela alemana. Era indispensable que el niño recibiera una inmersión en la cultura y que practicara el alemán ya que, tanto en Guatemala como en El Salvador, su educación formal había sido en español. Desafortunadamente, los profesores dejaban mucho que desear, pues no eran las personas mejor calificadas para enseñar. La mayoría de ellos habían sido agricultores, electricistas o comerciantes. Las clases que se impartían en alemán eran botánica, geografía y matemáticas.

Mientras Martin estudiaba, Wilhelm trabajaba en la carpintería resolviendo asuntos prácticos que requerían más ingenio y capacidad de planeación que destreza manual. Durante el tiempo que ellos permanecieron allí, las instalaciones del campo estuvieron

en constante expansión y fueron los prisioneros quienes fabricaron la mayor parte de las construcciones, incluyendo una piscina que se compartía entre todos los reclusos y que constituyó un oasis en medio de aquel desierto. A los internos se les permitía trabajar únicamente ocho horas diarias devengando diez centavos por hora. El pago lo recibían en monedas de papel o de plástico, como las fichas de los casinos que podían cambiar en el almacén por comida e insumos, además de tabaco y cerveza. Todos los prisioneros, incluyendo los niños, tenían un estipendio básico mensual que recibían en el mismo tipo de moneda.

Esa Navidad, Wilhelm y algunos amigos voluntarios construyeron pequeños zancos de madera para que los niños recién llegados pudieran proteger su calzado cuando iban a las letrinas porque el sitio estaba cubierto de lodo debido a fuertes lluvias que se desataron de pronto.

Para Wilhelm, los meses solo en el campo de internamiento de Kenedy habían estado plagados de incidentes de toda índole, serios y jocosos, y de trabajo arduo también. Eso lo salvó de la depresión crónica que había vuelto muertos en vida a otros compañeros, y del deterioro físico marcado que Wilhelm había presenciado en amigos como Manfred y Heinz. Antes de confrontar la soledad y la vergüenza de la humillante situación en la que se encontraban que no les permitía controlar ni tan siquiera la hora de acostarse, muchos se dejaban arrastrar por el desánimo y el despecho fumando cigarrillo tras cigarrillo tirados en un catre, contemplando con horror la posibilidad de tener que empezar de nuevo en el destierro.

Por las noches después del conteo de los prisioneros y antes del toque de queda, cuando Martin caía rendido en su catre, y ellos tenían un tiempo de privacidad después de tantos meses de separación, Erika escuchaba con interés las experiencias de los últimos meses de su marido. Como portavoz de los prisioneros centroamericanos en Kenedy, Wilhelm medió constantemente no solo entre sus congéneres sino con su contraparte, el portavoz japonés, el Sr. Mitsui, proveniente de una familia importante, quien representaba a un enemigo bélico poderoso, y al país que más prisioneros americanos poseía. El ceremonial que precedía estas charlas duraba varios minutos de parte de cada representante e

incluía genuflexiones, solicitud de permiso para entrar, buenos deseos por la longevidad de los regentes de sus respectivos países, la declaración del anhelo de que los paisanos que compartían su suerte como moradores del mismo campamento gozaran de buena salud y, más aún, el deseo de que su honorable contraparte gozara de excelente estado físico y moral, además de buena fortuna. Finalmente, ya fuera el uno o el otro solicitaba permiso para abordar los temas del día. No era sino hasta entonces que, tanto Mitsui como Wilhelm, procedían a sentarse uno frente al otro a discutir los problemas del campo de concentración: quién proporcionaría esa semana la limpieza de las letrinas en áreas comunales, quién nivelaría el campo de tenis, lo que deberían reportar a los representantes de la Cruz Roja cuando hicieran su visita y cómo podían jugarle la vuelta a la censura para estar mejor informados de lo que sucedía en sus respectivos países. Mientras tanto, los secretarios de cada uno de ellos, Ota de Japón y Engel de Guatemala, permanecían parados detrás de ellos, el uno atento y con expresión impávida, y el otro a punto de tirarse de los pelos de la desesperación pues las juntas se repetían todas las mañanas a las nueve en punto, una vez en el sector japonés y al día siguiente en el alemán, y él no comprendía cómo una sesión que pudiera durar diez minutos tomaba la hora entera.

Durante su estancia en Kenedy, Wilhelm había visto morir a un hombre joven de 27 años proveniente de Costa Rica, recién casado, igual que él. Tenía un cáncer terminal que no fue diagnosticado a tiempo. Pocas semanas después de su llegada, su salud se deterioró hasta consumirlo. Había muerto solo, rodeado por desconocidos.

Otros sucesos serios degeneraron en problemas mayúsculos como la situación con los prisioneros judíos que vivían en una ansiedad constante por el acoso y hasta abuso físico que sufrían en manos de algunos de los líderes alemanes.

Otras veces, las discordias entre los reclusos se tornaban divertidas, al menos para él. En el campo de concentración no había una capilla para oficiar la misa católica. Wilhelm mandó a Engel a llamar al Pfarrer Küches, un jesuita liberal que se encontraba entre los cautivos, para comunicarle que los católicos fervorosos solicitaban diera misa todos los días a la seis de la mañana. El padre, ya acostumbrado a dormir a esas horas o hacer otros

menesteres quizá más interesantes para él, se puso furibundo al conocer esta petición y se negó rotundamente, concediendo que lo haría únicamente los domingos, y que el resto de los días cada quien se comunicara con el Creador como Dios le ayudara. Wilhelm procedió entonces a asignar un aula de estudios para ser convertida en capilla, consiguió carpinteros para hacer una especie de altar usando como base un par de mesas, y logró que los guardias proporcionaran las velas y el vino de consagración.

Un grupo de marineros de Bremen y Hamburgo, en su mayoría luteranos, dormía en la barraca aledaña al aula. El primer domingo cuando el padre Küches celebraba la misa y entonaba solemnemente la letanía, en un arranque de rabia los marinos irrumpieron golpeando con los puños la puerta de la capilla improvisada gritando a todo pulmón el equivalente en alemán a "¡cállese la boca!" y "¡vaya a cantarle a su abuela!" ¿Cómo era posible que no se respetara el domingo cuando era el único día en que ellos podían dormir hasta tarde? Sin perder la cabeza y el buen humor, haciendo bromas aquí y allá, Wilhelm intervenía para que todos estuvieran satisfechos y no surgieran riñas dentro del campo. Al sábado siguiente, y en vista de que las misas habían quedado instituidas, los marineros entraron al cuarto del padre buscando por todos lados hasta encontrar bajo su cama una caja de vino de consagrar que se llevaron consigo para consolarse de tener que madrugar de allí en adelante todos los domingos.

A su llegada al campo de internamiento, Erika asumió cuanta tarea se cruzó en su camino con energía y expresión determinada. Mientras Martin atendía a la escuela y Wilhelm se ocupaba en la carpintería, ella se dedicó a extraer hasta la última mota de polvo, empeñada en dejar la cabaña reluciente. Despercudió la taza del baño y el lavamanos, puso trampas para ratones y demás alimañas en la pequeña cocina, enceró la mesa y las sillas, y hasta bajó los bombillos del techo para limpiarlos. Sacó el colchón y el catre afuera, los reclinó contra la pared y les dio palo con la escoba. No quedó ni un trapo, ni una frazada sin lavar, ni nada metálico sin pulir. Con los dos manteles que había traído como recuerdo de su boda hizo cortinas para conseguir una gota de privacidad, y sembró flores en latas que colocó delante de las ventanas en el voladizo. Usando todo su encanto, consiguió que uno de los japoneses

internos, el Sr. Tsutomu, quien hablaba español y trabajaba en uno de los talleres, le regalara un bote de pintura y una brocha para blanquear la casita que en pocas semanas quedó irreconocible.

Años después, Erika seguía recordando con desconsuelo la montaña de camisas y de calcetines en estado calamitoso que tuvo que remendar. Con mayor gusto, y no sin cierto orgullo, le contó a Wilhelm cómo se había ingeniado para ingresar a la cocina de la panadería para hacer su famosa *Sand- torte* para celebrar esa primera Navidad en el exilio. A cambio del privilegio, había tenido que compartir su preciada receta con los panaderos.

Con el transcurso de las semanas, Erika comenzaba a tener dudas sobre la repatriación. Toda su familia estaba en Centroamérica donde creció en paz. ¿Con qué objeto iban a aceptar ser enviados a un país en guerra? ¿Y por qué ellos, que no habían hecho nada? ¿Qué destino les deparaba un país envuelto en llamas?, porque así imaginaba ella que estaría Alemania, aunque Wilhelm tuviera la esperanza del triunfo germano sobre el resto del mundo. Pero la decisión de Wilhelm era irrevocable —además, ya se había firmado el contrato— y él no permitía discutir más sobre el tema. Erika pensaba en Martin y en la vida que el futuro le deparaba. Si la guerra continuaba por otro par de años, sería posible que tuviera que ir a pelear. Era un niño bueno y bien parecido que le había robado el corazón desde el instante en que lo conoció. Ella nunca había estado en una guerra, pero escuchó las historias de su padre. Sabía que llegar allí era entrar en un campo de furia y desolación que tarde o temprano consumía a todos los combatientes. No deseaba eso para ningún muchacho, y mucho menos para Martin.

Los instantes del día que Martin más apreciaba ocurrían al volver de la escuela cuando la luz del sol cedía su lugar a la sombra, y un leve cambio en la temperatura daba tregua al calor. Su papá, Erika y él, al igual que muchas otras familias, salían de sus cuartos y paseaban bordeando la cerca de alambre de púas. A veces se podía percibir claramente el olor dulce de los naranjales y limonares en flor. Eran ratos de esparcimiento y descanso, una oportunidad para saludar a los conocidos y observar a los reclusos japoneses con sus familias. Aunque alemanes y japoneses no se diferenciaban en sus trajes, pues llevaban el uniforme de

prisioneros, Martin se fascinaba con el sonido tan distinto de la lengua japonesa que un día, ya de adulto, trataría de aprender, y la forma de relacionarse entre hombres y mujeres, pues los padres y los hijos mayores iban siempre adelante seguidos a unos pasos de distancia por la esposa, las jóvenes y los niños pequeños. En cambio sus padres caminaban del brazo, charlando uno con el otro, mientras él observaba a los soldados en las torres y a los guardias a caballo con sus sombreros tejanos que patrullaban el perímetro del campo. Martin prestaba atención especialmente a los adolescentes japoneses con su actitud arrogante y decidida. Su papá no accedió a ningún puesto importante que le permitiese intercambiar opiniones con ellos en Crystal City y, por lo tanto, Martin tampoco había tenido oportunidad de conocer algo más de su forma de pensar. Cuando iba a la piscina los observaba tímido, desde lejos, lamentando no poder comunicarse con ellos porque no hablaba su lengua ni tampoco inglés.

En las últimas semanas, antes de ser trasladados, los prisioneros que iban a ser intercambiados fueron separados de sus compatriotas. Se les mantuvo incomunicados. Se temía que pudieran esconder dinero, mapas y códigos que les fueran luego de utilidad a los alemanes para atacar a Estados Unidos. Tanto niños como adultos firmaron documentos donde juraban nunca hablar de su estancia en el campo de concentración o de la negociación de intercambio por prisioneros americanos.

La noche antes del viaje, la familia preparó sus maletas con las pocas prendas personales que poseía y se dispuso a dormir su última noche en prisión. Mas ninguno de los tres logró conciliar el sueño: Wilhelm atormentado con su secreto, Erika presintiendo las carencias que traería la guerra, y Martin emocionado con la idea de viajar a Alemania de vuelta, al país donde habían nacido sus padres, al país donde tenía una noción vaga de haber visitado de pequeño. Tenía memorias fugaces de luz blanca y nieve, de caricias tiernas a la hora de dormir en una cama suave cubierta por un edredón de plumas, y de la voz femenina que le decía “mi Machito”. ¿Acaso fuera posible encontrarla de nuevo al llegar?

A la mañana siguiente, cargando una maleta en cada mano, Martin caminaba lentamente detrás de Wilhelm y Erika, también llevando maletas y pequeños baúles con los objetos de más valor.

Ambos iban en silencio siguiendo la larga fila de viajeros para pasar la última inspección física y de documentos. Junto a la puerta de salida la banda de niños tocaba nuevamente marchas germanas para despedirlos. Los prisioneros alemanes restantes permanecían serios alrededor, esperando ansiosos el día en que fueran libres de regresar a sus países, o deportados también.

Martin alcanzó a ver a Helga y a Petra, dos chicas mayores que asistían a su escuela con quienes había charlado una vez cuando nadaba en la piscina. También logró divisar a varios muchachos de su promoción agitando sus pañuelos en el aire con caras tristes para despedirlo. No tuvo tiempo de hacer una verdadera amistad con ellos, pero habían sido buenos compañeros.

El periódico semanal del campo, *Das Lager,* reportó que el sector alemán parecía una ciudad fantasma una vez los deportados subieron a los buses militares que los conducían a la estación de tren en San Antonio. Sin embargo, el estado de ánimo de Martin era muy distinto. Aunque notaba que sus padres partían con emociones encontradas, él dejaba atrás el campo de concentración ¡para viajar a Europa! y eso era solamente el primer capítulo de una serie de aventuras en las que él asumiría el papel de los conquistadores al descubrir nuevos parajes.

El 2 de abril de 1967 Vati escribió desde Guatemala la siguiente carta en alemán a su papá y a Erika, quienes vivían entonces en México: “Tanto tiempo desde la última vez que nos vimos que no sé por dónde empezar. En cuanto a salud, la familia está de lo mejor. Victoria lleva su embarazo por muy buen camino, aunque naturalmente, su bien marcado perfil ya le da trabajo y pierde aliento antes de lo acostumbrado; a veces quisiera una carretilla para reposar su pancita. Pero el doctor se muestra satisfecho con su estado, peso, sangre, etc. (¡tomando en cuenta que Hans/Hanna nos hará honores con su bulliciosa presencia dentro de las próximas 4 semanas!) A los otros cinco se les oye crecer. Seguro que este año Tomás me alcanzará en estatura, ¡solo le faltan dos centímetros! Margarita destaca sorprendentemente como pequeña señorita con curvas que ya no se pueden esconder. En sus múltiples conversaciones telefónicas con amigas surge la expresión “patojo divino” con frecuencia. Ayer le permití ir a una fiesta de 15 años —*boy what a production*!—. Gracias a Dios, poco a poco parece que va ganando la batalla contra las uñas mordidas. Tomás, por su interés y con mi bendición, ingresó a los *boy scouts*, lo cual sin duda le hará mucho bien para que se haga algo más machito (la vieja Juventud Hitleriana, sin el nazismo, sí me hubiera gustado para mis niños aquí). Max y Gerhard son traviesos incorregibles; en el colegio pertenecen al grupo de los mejores, pero no están en el cuadro de honor como sus hermanos mayores. Eso sí, Gerhard tiene un cien en matemáticas en lo que es asombrosamente bueno. En las materias restantes le causa algo de trabajo su ineptitud manual, fantasía de alto vuelo e *easygoingness.* A Max se le aprietan ahora un poco más las tuercas para que haga funcionar su buen bombillo más del cincuenta por ciento. Carmencita, mi pequeña, crece de maravilla; su bracito débil está cada vez más activo y fuerte, se le ilumina tremendo el foco, habla cada vez más, y se le sigue consintiendo por lo adorable que es. Ya camina animada por todos lados; se estrenó en el cumpleaños de Mutti.

”Vuestro hijo *fights a losing battle against a bulging waistline and a receding hairline,* ¡qué bonito sería al revés! El trabajo es cada vez más jugoso, y bien vale la pena. Ya vendí la primera planta texturizadora con base en los conocimientos que adquirí en Francia, de modo que al menos empezamos a cubrir los costos de la oficina.

Hay otros ases escondidos bajo la manga, y confío en que este año le daré el primer verdadero impulso al negocio de la maquinaria".

El 13 de mayo de ese año nació mi hermanita Hanna. Vati nos llevó a Max, Tomás y a mí a visitar a mamá al hospital y a conocer a la chiquitía durmiendo en su cajita plástica cubierta con una manta de franela rosada en la sala para los recién nacidos. Era preciosa desde pequeña, con orejitas bien pegadas a la cabeza y la nariz respingada con una pequeña hendidura en la punta igual a la de Vati.

Mi mami estaba recostada en la cama luciendo rozagante y satisfecha. Me imagino hoy cómo se sentiría. A pesar de un pasado cargado de sinsabores y decepciones, se propuso hacer de su segundo matrimonio uno perfecto. Con Vati a su lado, hombre correcto, bueno y trabajador, había conseguido construir una familia feliz y bendita con muchos hijos saludables. Gracias a su orgullo y al arrojo de la juventud se escapó de un matrimonio que para muchas mujeres hubiera parecido un callejón sin salida. Dios, quien parecía quererla todavía un poquito a pesar de estar divorciada, había puesto en su camino a Martin cuando asistía a un curso del Dale Carnegie. Para él fue amor a primera vista. Yo pienso que para ella ya no pudo ser porque nos tenía a Tomás y a mí en casa y toda emoción sentimental tenía que ser ecualizada por ese hecho que le daba mucho que pensar y cortaba las alas de cualquier fantasía romántica. Lo que ella sentía por él era una gran admiración y un aprecio infinito. La casa donde vivíamos era un pequeño templo erigido sobre esa gratitud.

Allí estaba yo en el hospital con dos de mis hermanitos sintiéndome orgullosa como un pavo real, disfrutando mi papel de hermana mayor de aquella prole. Y mis papás se miraban a los ojos, y yo distinguía una clara complicidad entre ellos.

En el día a día, Vati seguía siendo tan cariñoso y tan estricto con Tomás y conmigo como lo era con mis otros hermanos. Nadie hubiera podido tacharlo de favorecer a unos u a otros. Sin embargo, yo comenzaba a observarlo con otras miradas: embelesada, porque era un hombre muy bien parecido y encantador, y curiosa, porque intuía que detrás de su incansable dinamismo y efervescente alegría ocultaba algo triste de forma hermética, y no sabía si era solamente de nosotros los niños o también de mi mamá.

Y es que a veces se encerraba durante horas en la sala equipada con un tocadiscos ultra fino y una colección que llegaba a más de cien discos, a escuchar su música favorita. Las marchas militares provenientes de sus años de juventud en Herford eran unas de sus preferidas.

La música cubana de los años 50 y 60 era otro tipo de ritmo que escuchaba, tan distinto al primero que evocaba el orden germánico, los uniformes y la guerra, mientras que los ritmos afrocubanos estaban llenos de fiesta, romance y sensualidad.

La Cuba de antaño sí que abría el recinto de la sala para celebrar el año nuevo, pues durante años, y hasta que Vati enfermó, mis papás organizaban una fiesta donde mi Mutti se lucía con los guisos, y Vati bailando salsa, mambo y chachachá con todas las señoras, incluyendo la abuela Ángeles que le seguía el ritmo y le aguantaba el aire hasta que llegaba la cohetería de la media noche. Llegué por eso a conocer bien el sonido de Celia Cruz, Xiomara Alfaro y Tito Puente, la voz de Rita Montaner con su *Manisero*, y el repertorio de Olga Guillot, una de las voces que enloquecía a Vati y que hacía sonar en casa una y otra vez. Por supuesto no podía faltar Ernesto Lecuona con *Siboney*, Pérez Prado con sus mambos y la Orquesta Aragón con *el Bodeguero*. Mientras yo bailaba con la tía Dora (gracias a la perseverancia de la abuela Ángeles en hacerle fisioterapia, la tía no solo había logrado caminar sin el andador, sino inclusive ir al Colegio Alemán a cursar la primaria) o con Max y Gerhard, yo también esperaba ilusionada y nerviosa mi turno para bailar algunas piezas con mi papá, casi siempre al final de la fiesta. Ya bailando con él me sentía incómoda porque me daba cuenta de mi torpeza y falta de ritmo. Pero ni modo, yo también quería aprender, y quién mejor que él para enseñarme.

De los pocos detalles de su vida que Vati había compartido en familia era su nacimiento en Cuba, de padres alemanes, y que Oma Erika no era su mamá; o sea que una vez más, eso justificaba su añoranza por los ritmos caribeños, aunque nunca nos explicó lo sucedido con su verdadera mamá, y nosotros nunca preguntamos. A mí me daba mucha vergüenza pensar en Adán, mi padre natural, y me imaginaba que lo mismo sentiría Vati al recordar a su madre.

Vati también disfrutaba mucho la música gitana cargada muchas veces de una profunda melancolía y otras pocas, en las *csárdás,*

presa de una euforia que rayaba en desenfreno donde el violín y la viola eran los instrumentos prominentes. Cuando yo entraba al cuarto, únicamente si necesitaba algo que no podía esperar, lo encontraba totalmente perdido, mudo y absorto como si hubiera estado viendo una película o rezando en la iglesia y, sin embargo, tampoco compartió con nosotros de dónde venía su afición por esas tonadas. Su relación con esa música era algo muy suyo, algo prácticamente intocable y sagrado.

Me han contado que, en el siglo pasado, en ciudades de Hungría, Rusia y Bulgaria no existía un restaurante fino que no tuviera un grupo de músicos gitanos para amenizar a los comensales. El así llamado *primage*, o primer violín, solía caminar entre las mesas tocando al oído de señoras vestidas elegantemente para la ocasión. Pero durante el último año de la guerra y los ocho de postguerra cuando Vati vivió en Alemania, no creo que haya disfrutado de esos placeres, aunque nunca lo sabré. Con el fin de proseguir con su vida, los sobrevivientes de las guerras olvidan el terror vivido abrazando la alegría y todo lo que fomenta la vida sin volver a ver hacia atrás. Parece descorazonado, pero no lo es, porque lo contrario implicaría sumirse en la depresión o hasta en la locura. Lo que sí es cierto es que, al igual que los judíos, los gitanos fueron perseguidos por Hitler, el que acabó con más de 1 millón de ellos en los campos de concentración.

El abuelo Wilhelm tocaba el violín desde siempre; más de alguna vez lo vimos empuñar el arco y transformarse de puro gozo, pues profesaba un profundo amor al instrumento y a las melodías que interpretaba. La predilección de Vati por la música gitana sería una extensión de esa afición del padre que admiraba. Pero quizá se me escapaba lo más relevante. ¿No sería que en la música gitana con el contrapunto de episodios trágicos y festivos, Vati encontraba un espejo para su alma? Me daba la impresión que tenía ratos cargados de recuerdos borrosos y aflictivos, o tal vez eran secretos atrapados en telarañas de emociones que no venía al caso sacar a luz. Y luego, de un momento a otro, abandonaba esa melancolía y se colmaba de una dicha contagiosa celebrando cada pequeña cosa a su alrededor, la luz del amanecer sobre los volcanes, la fuerza con que salía el agua de la ducha, los frijoles parados que hacía la Luciana, reafirmando cada decisión que en tiempos difíciles lo había hecho

levantar la frente, esforzarse más, y aferrarse a la vida en vez de claudicar.

A finales de 1966, para las vacaciones, surgió la oportunidad de viajar con un grupo del colegio y dos chaperones a Alemania. Aunque significaba un esfuerzo económico grande para nuestra familia, Vati quiso que Tomás y yo participáramos de la excursión. Nos sentimos infinitamente agradecidos con él por este viaje que tomamos como un regalo especial anticipado, pues tanto Tomás como yo cumpliríamos 13 y 14 años durante nuestra estancia. Así que, el 18 de octubre, partimos en un vuelo de Lufthansa rumbo a Frankfurt donde abordamos un bus para llegar a nuestro destino final, Hamburgo. El propósito del viaje era fundamentalmente educativo. Pasaríamos dos meses compartiendo en casa de una familia, mientras por el día asistíamos como estudiantes de intercambio a la misma escuela y grado de los niños de ese hogar. Tomás y yo tendríamos luego la oportunidad de visitar a nuestra tía Melanie, quien vivía con su esposo, Jaime, en Ginebra.

El clima era miserable cuando aterrizamos en Frankfurt, pero habíamos atravesado el océano sin novedad. Después de pasar migración abordamos un bus escolar donde apenas cabíamos el grupo completo y los dos supervisores, Herr Richter, un profesor joven del Colegio Alemán, y la señorita Luna, representante de la agencia de viajes. Ya en la carretera había poco que ver por la lluvia y la neblina, pero yo miraba como hipnotizada las gotas que no eran ni agua ni nieve que al estrellarse en la ventana se volvían pequeñas estrellas blancas perfectas antes de desintegrarse en el viento. Más allá del vidrio, campos mojados y siluetas de árboles aparecían y desaparecían de mi vista. Teresa Villa, una de mis compañeras de grado, iba sentada a mi lado. Después de un rato, agotada por el cambio de horas, yo dormitaba con la cabeza apoyada en la ventana.

No logré llegar a dormirme profundamente porque de pronto, al escuchar un gran estruendo, desperté en medio de una fuerte sacudida y un gran dolor en el hombro porque Tere me había caído encima. No me explicaba cómo, pero nos encontrábamos ahora inmóviles y patas arriba. También me dolía la cabeza porque algo me había dado un golpe seco, seguramente una mochila o un termo. Los dedos me quedaron ensangrentados cuando llevé mi mano a la

cabeza porque tenía una herida pequeña pero escandalosa que no dejaba de sangrar. Me estaba recuperando del susto cuando me acordé de Tomás y comencé a llamarlo a gritos. ¡Aquí, Margarita, aquí!, me gritó él desde los asientos de atrás. También estaba asustado, y se encontraba aún hecho un nudo tratando de quitarse de encima las largas piernas de Peter. No tardamos en saber lo sucedido. El chofer se había salido de la carretera a causa del hielo, y el bus dio vueltas hasta caer en una cuneta.

En fin, ya había sucedido el primer incidente digno de ser relatado a Vati y a Mutti, y gracias al cielo, parecía no haber tenido consecuencias serias. Solamente uno de los niños mayores que iba sentado al centro en la última fila se había quebrado el brazo. Según dicen las malas lenguas, a la hora del accidente, estaba besándose con la señorita Silvia de la agencia de viajes. ¡Vaya chaperona a la que nos habían encomendado! A ella le tocó llevar al muchacho al hospital y pagar la factura.

Ya en Hamburgo, Tomás fue a parar a la casa de una familia encantadora, los Rohrer, con quienes tuvo desde un principio mucha afinidad. Años más tarde asistiríamos ambos a la boda de la chica mayor, Ulrike, en Berlín. Hasta el día de hoy sigue mi hermano en contacto a través de Facebook con el que hiciera de su hermano esos meses, Christian. Según me cuenta Tomás, hoy es arquitecto y vive en Stuttgart con su esposa. En cambio yo no tuve igual suerte.

Con mucha pena tengo que confesar que mis prejuicios nublaron mi razón desde mi llegada, y quizá fui yo la que no di oportunidad de un acercamiento genuino. El papá de Rosemarie —la muchacha de mi edad con la que compartí habitación y clase por dos meses— fue quien me recibió en la puerta. Le faltaba una oreja, tenía la cara cruzada de cicatrices y un ojo de vidrio que parecía tener voluntad propia, pues miraba para un lado distinto que el otro ojo dándole una apariencia entre grotesca y divertida. Ya de entrada eso me asustó mucho. En mi inocencia, e ignorancia también, nunca se cruzó por mi mente que sin duda el Sr. Peltz era víctima de la guerra. Con precaución entré a la casita oscura, donde percibí un olor muy distinto al de la nuestra, guiada por este señor, quien me condujo a un pequeño recinto decorado con mapas y dibujos de barcos en el que estaban reunidos su esposa, Frau Peltz, y sus dos

hijos, Rosemarie y Klaus, el hermano mayor. Después de la presentación formal, sin mucho que decir e intuyendo que yo venía muerta de hambre, amablemente me pasaron a la mesita que hacía de comedor en la cocina frente a la estufa y me sirvieron un pan negro, un trozo de queso y una taza de té caliente. Cuando terminé, el padre ordenó a Klaus que llevara mi maleta al cuarto de Rosemarie donde había ya una segunda cama preparada. Con timidez me desvestí, le dije buenas noches a mi nueva amiga, me metí bajo el edredón de plumas y cerré los ojos tratando de no pensar ni en el accidente del bus ni en Herr Peltz, sino en los días venideros cuando conocería por fin el país y la ciudad de los abuelos, y donde vería caer nieve recién hecha, blanca y espesa por, primera vez.

La llegada a la escuela al día siguiente fue una experiencia única para Tomás y para mí, pues nuestros compañeros nos recibieron con gran entusiasmo y revuelo como si fuésemos actores de cine o emisarios de otro planeta. Por un lado, tuvimos que firmar cantidad de libretas, hojas de papel y cuadernos, en vista que todos querían nuestro autógrafo. ¡Habrase visto semejante cosa! En los recreos nos rodeaban haciéndonos pregunta tras pregunta, desde que si vivíamos en los árboles y comíamos nada más cocos y bananos, hasta que si en nuestro país usábamos plumas en la cabeza; ¿acaso andaban por allí las mujeres cubiertas únicamente con faldas de paja y los hombres con taparrabos? Tomás se divertía respondiendo a sus preguntas con todo tipo de tonterías como que sí, que vivíamos en los árboles pero que teníamos elevadores para subir, y los chicos alemanes lo contemplaban literalmente con la boca abierta. De la noche a la mañana, mi hermano y yo nos habíamos convertido en una verdadera sensación, y eso era, naturalmente, material amplio para las cartas que escribíamos sin falta cada semana a nuestros papás.

Con el pasar de los días y al entrar en confianza, a Klaus le dio por emboscarme cada vez que yo salía del único baño de la casa y cruzaba el pasillo en dirección a nuestra habitación. Me acechaba todo el tiempo y, si no había nadie a la vista, se me abalanzaba y me apretaba contra la pared, pegando su cuerpo al mío. Espantada trataba de rechazarlo diciendo, *nein, nein*, pero por supuesto, con esas palabras débiles no era posible disuadirlo. Salía o llegaba a la

casa temiendo afrontar estos incidentes desagradables. Sin embargo, nunca consideré denunciarlo ante nuestros supervisores, y mucho menos ante sus padres. No conocía las palabras que uno podría usar para describir la repugnante situación. Tampoco podía escribir a mis papás sobre lo que sucedía porque me daba mucha vergüenza. Además, tenía miedo de que mi papá me obligara a regresar de inmediato, y no quería perderme la otra mitad del viaje. Lo único que me quedaba por hacer era usar el baño lo menos posible, especialmente cuando los papás de Rosemarie no estaban en la casa.

Los momentos más felices de esos meses los viví sin duda en la escuela cuando me reunía con Tomás, compartía con Rosemarie, con quien me llevaba muy bien, y con los nuevos amigos siempre interesados en saber algo más de nuestro país y América Latina. ¡Hasta mis ojos cafés, tan comunes en Guatemala, les parecían preciosos! Durante las lecciones que ocupaban la mayor parte del día, tomaba notas copiosas y ponía mi mejor empeño por retener todo y mejorar mi alemán. Quería sorprender a Vati a mi regreso.

El día de mi cumpleaños, alguien corrió la bola, y Frau Peltz apareció llevando un enorme pastel de chocolate para compartir con todos los alumnos de la clase; otras niñas llevaron galletas de almendra y de jengibre, además de fruta, y la profesora hizo traer refrescos de la máquina dispensadora que estaba frente a la cafetería. Todos los compañeros desfilaron para desearme *alles Gute zum Geburtstag* y *herzliche Glückwünsche.* Al final de la tarde y bajo la dirección de Herr Schubert —de veras, así se llamaba el profesor de música— me cantaron el *Hoch soll Sie leben, hoch soll Sie leben, dreimal hoch!* y la otra canción que dice *Viel Glück und viel Segen auf all deinen Wegen, Gesundheit und Frohsinn sei auch mit dabei!* Y yo, con los ojos húmedos y colorada como tomate, me sentí muy emocionada de que se recordaran de mi día y me lo celebraran de esa forma tan especial. Fue la primera vez que festejé un cumpleaños entre amigos.

Justo unos días antes de marcharnos fue la fiesta de fin de año amenizada por el conjunto de la escuela donde varios de nuestros conocidos cantaban y tocaban la guitarra. Como comenzaba ya a ser un patrón que se repetiría el resto de mi vida, a mí me gustaban los muchachos que se distinguían de alguna forma, razón por la cual me llamó la atención desde el principio el joven que tocaba la

batería llamado Fritzie. Años más tarde, cuando encontré su fotografía en un cajón donde guardaba mis más preciados recuerdos, no pude más que soltarme a reír a carcajadas, pues el tal Fritzie era un jovencito pequeño, con ojitos minúsculos achinados y pelo ralo, largo y parado, que distaba mucho de ser el emblema de la masculinidad que yo creí reconocer en él durante aquella fiesta. Seguramente fueron tales las miradas y la cara de embobada que le ponía al verlo mientras él aporreaba los tambores que, ya entrada la noche, Fritzie le cedió las baquetas de percusión a otro muchacho, se bajó del pequeño estrado y me sacó a bailar. Después de un par de piezas suaves bailando pegadito, los maestros dieron por terminada la fiesta. Fritzie y yo cruzamos de prisa un par de palabras torpes, y nos separamos para siempre. Fue el momento cumbre de nuestra estancia.

Los días que pasamos en Ginebra con la tía Melanie, la hermana pequeña de Vati, y el tío Jaime, fueron como los fuegos artificiales al final de una celebración. El tío Jaime luciendo como Alain Delon, y la tía, muy guapa con su pelo rojo envuelto en un pañuelo distinto cada día, nos condujeron amablemente a conocer el cantón francés de Suiza. El día que salió el sol, paseamos en el auto descapotable, y en el Peugeot el resto de los días lluviosos y nublados. Nos llevaron a comer *fondue* y *raclette* en el mejor restaurante de Ginebra, a recorrer el lago de punta a punta, a visitar pueblos aledaños como Gruyère, donde comimos las fresas con crema batida más exquisitas que he probado. Al finalizar nuestra estancia, nos convidaron a sentarnos a la mesa con sus mejores amigos, Ethel y Antoine, y Chris y Patricia, para una cena de despedida.

Tomás y yo volvimos a casa con el pecho henchido habiendo conocido un poquito más de mundo, atesorando una serie de experiencias y recuerdos que vinieron a formar otra parte de nuestra educación.

En la segunda mitad de febrero de 1944, un grupo de 634 prisioneros recluidos en el campamento de Crystal City, entre ellos Wilhelm y su familia, viajaron en tren hasta Ellis Island. Agentes de seguridad encargados de patrullar las fronteras iban en todos los vagones; los prisioneros tenían terminantemente prohibido comunicarse con pasajeros que viajaban en otras cabinas. Después de muchos días arribaron al puerto para abordar un barco sueco al servicio de la Cruz Roja, el *SS Gripsholm*. El procedimiento de embarque tomó un día completo. Trenes repletos de prisioneros no paraban de llegar. Tanto el equipaje como la documentación de cada viajero debía de ser registrada cuidadosamente por las autoridades del puerto. Una vez dentro de la embarcación, los pasajeros fueron informados que ahora estaban en manos de las autoridades suecas.

Wilhelm recordaba que durante la travesía, cuando los submarinos los atacaban, el capitán tenía a bien advertir: Si nos hunden, recuerden que fueron los suyos.

Wilhelm tenía preparada una sorpresa para su hijo que pudo llevar a cabo gracias a James Baxter, un guardia de Crystal City con quien había hecho cierta amistad. Guardaba en una bolsita de cuero, junto con los documentos legales de importancia, la argolla sencilla que usara para la boda con Edith, la madre de Martin. Pidió a Baxter que en vez de la fecha de la boda mandara a grabar por dentro la fecha del doceavo cumpleaños de Martin, el cual sería memorable para el niño porque acontecería en el barco durante el viaje de repatriación. Martin la usó toda su vida como recuerdo del lazo especial que lo unía a su papá y del viaje que lo llevó a presenciar los últimos meses de guerra en Alemania.

Durante la travesía, Erika estuvo enferma muchos días, y la familia fue trasladada al tercer nivel, cerca de la enfermería. Erika pasaba horas hecha un ovillo en su cama, con una olla a su lado en el piso porque no dejaba de vomitar. La poca ventilación de la cabina donde dormían no ayudaba, y en medio del mareo, se veía obligada a levantarse y abrir la puerta para tomar bocanadas de aire. El camarote contaba únicamente con una litera, un lavamanos y un par de frazadas delgadas que apenas servían para cobijarlos. Por las noches, Wilhelm cedía su abrigo a Martin para que al menos él no pasara frío, mientras él se ponía encima su gorra de lana y

cuanto trapo le quedaba, incluyendo un *sweater* que Erika decía no necesitar.

Durante el día, cuando Erika lograba conciliar el sueño, Wilhelm y Martin subían a cubierta para observar a los marineros haciendo sus funciones y a los demás pasajeros, cuyo buen humor era contagioso. El capitán del barco y los camareros, conscientes de lo que ocurría en Europa y de las privaciones que se avecinaban para todos los pasajeros de esa travesía, procuraban consentirlos, sobre todo a los niños, sirviéndoles además de una comida variada que incluía carne y vegetales, postres deliciosos, frutas y galletas que los pequeños engullían en un santiamén encantados de su cambio de suerte.

En uno de esos días, Wilhelm conoció a un soldado alemán que había caído como prisionero de guerra de los americanos, y que estaba siendo intercambiado por un soldado enemigo. La tragedia para él era que tendría que volver a las filas a pelear y que, en realidad, hubiera preferido seguir en un campo de concentración en Estados Unidos para no estar expuesto nuevamente a las inclemencias y la demencia de la guerra. Temía que ésos fueran sus últimos días de comer tres tiempos, de dormir acostado y de respirar el aire del mar.

Finalmente, después de muchos días de esquivar el mar agitado, la embarcación sueca tocó tierra en Portugal.

Los prisioneros atravesaron España y llegaron a Alemania en trenes de ganado similares a los usados para transportar a los judíos a los campos de concentración. Antes de cruzar la aduana para entrar a Alemania, algunos de los hombres, entre ellos Walter Lanzberg, de Costa Rica, un tipo amable y callado a quien Wilhelm había conocido durante su estancia en Kenedy, fueron separados del resto del grupo, acusados de espionaje y arrestados por la Gestapo. Ante el horror de sus compañeros, los pobres hombres fueron llevados de nuevo a campos de concentración dejando a sus familias destruidas.

Después de presenciar esa acción desalmada, con las piernas que le temblaban y sin mucha esperanza, Wilhelm se dispuso a acatar las órdenes que le fueran dadas. No podía dejar de pensar en el peligro inminente si las autoridades alemanas descubrían que la madre de Martin era judía, y que, por lo tanto, el niño lo era

también. La consecuencia de dicho hallazgo sería con certeza el fin del niño y de la familia como tal. El único consuelo que le quedaba para no entrar en pánico era conocer el acuerdo internacional que se había negociado en la Convención de Ginebra. A los prisioneros civiles canjeados les quedaba terminantemente prohibido pelear en contra de aquellos que los habían liberado, y una vez de regreso en Alemania, Wilhelm no podría ser enlistado para ir a la guerra. A la hora de acceder al intercambio, Wilhelm había firmado este documento respetado por Alemania hasta el último día pues, repetidas veces, oficiales del gobierno tocaron a su puerta queriendo enrolarlo en el ejército y al *Volkssturm*, y siempre escapó de ser llevado a luchar al presentar la copia de ese acuerdo. Ya a fines de la Primera Guerra Mundial en 1918, con tan solo 16 años, Wilhelm había tenido que dejar la escuela pues lo reclutaron para trabajar como enfermero en un hospital de campaña. Afortunadamente, la guerra había terminado ese mismo año y él se había salvado de ir a pelear. Una vez más, las circunstancias lo favorecían al menos en ese ámbito. Pero el origen de Martin era como una mina enterrada que podía explotar al contacto cuando nadie lo esperaba.

Ausweis zur Kontrolle bereiten! ("¡Preparen el pasaporte para revisión!")

Wilhelm, Erika y Martin se acercaron al guardia, sumamente alto, calvo, con dientes y dedos amarillos manchados de tabaco, quien los traspasó uno a uno con la mirada. *Die Frau hier*... Es mi esposa, respondió Wilhelm en alemán. *Und das Kind?* Él es mi hijo. *Und wieso heisst er nicht Krauss?* Soy divorciado. Él es hijo de mi primer matrimonio. *Und wo ist die Mutter?* Ella se quedó en Cuba. El guardia volvió a ver a Martin detenidamente, y después de unos instantes, estampó los sellos de ingreso en los pasaportes de los tres. *Vielen Dank!* alcanzó a decir Wilhelm mientras recogía los pasaportes rezando que el tipo no notara el temblor de su mano y su frente perlada de sudor.

A la primera ciudad a la que llegaron fue a Hamburgo donde pudieron presenciar por primera vez sin filtro alguno el cataclismo inmenso que había aniquilado la ciudad. Fueron días de muchas penas en un albergue provisional esperando a ser trasladados a un lugar definitivo. La ciudad estaba prácticamente en ruinas, con

montañas de escombros por todos lados. Las pocas paredes en pie estaban rajadas, las puertas ya no existían y los vidrios habían explotado por las bombas o se habían derretido por el calor de los incendios. Ciertas zonas de la ciudad habían quedado reducidas a cenizas.

Aterrorizado y sorprendido a la vez, por donde pasaban Martin seguía con la mirada a las personas que se comportaban como sombras mudas y pálidas deslizándose por las calles recién abiertas por los vecinos, inclinándose a veces a remover escombros o a buscar algo en el suelo que recogían y guardaban en los bolsillos de su ropa. El cuarto donde los instalaron tenía luz la mitad del tiempo puesto que un día sí y otro no había apagones. Martin nunca sintió un frío glacial como el de ese invierno que le entumecía desde la cabeza hasta los pies. La ropa y los zapatos que llevaban no eran adecuados para mantenerlos calientes, y únicamente a base de pasear por el cuarto dando vueltas y más vueltas o de hacer calistenia lograban olvidar a ratos el escozor del frío carcomiéndoles la piel. Por ello Martin permanecía dentro, encerrado, mientras sus padres se encargaban de los trámites necesarios con las autoridades del gobierno alemán, sus nuevos "protectores", para reubicarlos.

Afortunadamente no permanecieron en esa ciudad ni tan siquiera un mes. El aspecto lúgubre de sus calles, el frío intenso, la falta de calefacción y alimentos y, sobre todo, el silencio hermético, no solo de la gente en general sino de Wilhelm y Erika con respecto al espectáculo de la cruda realidad tan inesperada y nueva para ellos repelían a Martin, más lleno de preguntas y de vida que el resto de personas que lo rodeaba.

Con asombro notaba cómo la gente que viajaba junto a ellos en el tren compartiendo la cabina o parados en los pasillos se rehusaba a ver por las ventanas. Parecía que iban en un avión que volaba dentro de una espesa niebla y que afuera no había nada que ver. Claro que el paisaje era escalofriante en ciertos tramos donde las ciudades habían sido arrasadas y donde no se veía ni tan siquiera un perro recorriendo el espacio. Pero ¿no les daba curiosidad ver cómo habían quedado todos estos sitios los cuales seguramente, hasta hacía algunos meses, rebosaban con el trajín propio de la vida generada por habitantes prósperos?

De pronto para Martin, todo lo dejado atrás parecía días de ensueño cargados de calidez, barrigas llenas y buenas relaciones entre vecinos, si no familiares, al menos civiles. Pero había llegado la hora de despertar, y lo haría sin evadir ni un solo detalle. Observaba todo con intensidad, aunque le era imposible imaginar lo sucedido en esa ciudad tan solo ocho meses atrás. ¿Pero cómo y por qué? Con igual atención contemplaba a Erika, quien muchas veces ni siquiera se tomaba la molestia de volverlo a ver, sumida en una mezcla de tristeza y estupor, quizá tratando así de apaciguar la histeria que con justa razón sentiría subirle a la garganta. Tal vez era él quien había cambiado, pues tampoco reconocía a su papá. Sus ojos azules parecían haberse vuelto de piedra. Hasta su color ya no era el mismo. Ahora lucían color pizarra como reflejando todo lo gris, el clima, la ceniza en los suelos, los edificios pelados y descoloridos, y el ánimo de todos los habitantes. Parecía llevar una especie de furia ciega por culpa del desencanto, de su falta de previsión, de haberse negado a contemplar la posibilidad de encontrar así a su país. Por necio, había preferido creer que los rumores que llegaban a Crystal City eran producto de la propaganda americana.

El gobierno que los había requerido tenía poco que ofrecerles en cuanto a comodidades. Pero si estaban en plena guerra, ¿qué esperaban? Con cada ciudad o pueblo que arrasaban los bombarderos de los aliados se exterminaba otra señal de cultura, otra parte de la historia; y al mismo tiempo, como si no significara nada todo aquello además de la inmensa pérdida de vidas, sin perder tiempo, con cada sitio borrado del mapa, el gobierno se ponía a la mesa de dibujo a diseñar la nueva ciudad por erigirse, a planear la logística de la reconstrucción y a calcular los ejércitos de obreros necesarios para lograrlo. Sabían que gracias a la disciplina legendaria y el apego al trabajo del pueblo alemán, reforzados en los últimos años por el gobierno totalitario nacional socialista de Hitler, para dicha labor contaban con cada uno de los sobrevivientes.

Los oficiales a cargo de insertar a los inmigrantes dentro de esta maquinaria fueron determinando dónde hacía falta personal de acuerdo a la capacidad de cada uno de los recién llegados, ya fuera como traductores para las oficinas de guerra, albañiles, plomeros y

electricistas para reconstruir edificios y ciudades enteras destruidas, obreros para las fábricas de insumos y equipo bélico, o cualquier otro menester que el gobierno juzgara de prioridad nacional.

En marzo de 1944, cuando los Kretschmann y demás prisioneros centroamericanos pusieron pie en tierra alemana, Rusia y las naciones aliadas comenzaban a acorralar al gobierno del *Führer*. Wilhelm y Erika no se enteraron durante semanas porque la radio alemana transmitía informes falsos a la población. Además, a pesar de los horrores contemplados y las noticias trágicas que llevaban en su boca los desplazados de las ciudades destrozadas, la gente en Alemania aún no se daba por vencida. A pesar de los constantes bombardeos, de tener que moverse de una ciudad a otra buscando nuevos techos, de sobrevivir cada día como si fuesen mendigos, el espíritu del pueblo alemán todavía no había sido quebrantado.

En medio de un largo interrogatorio, Wilhelm informó que su mamá, Frau Elena, quien vivía en Hamburgo, había sobrevivido al bombardeo del verano de 1943. Lo sabía por una única carta que recibiera antes de salir de Kenedy. Pero ahora no estaba seguro que aún estuviera viva, pues no había sabido nada más de ella en los últimos meses. Luego de ser informados que les harían llegar noticias sobre ella si lograban localizarla, la familia fue trasladada a la pequeña ciudad de Herford, más al sur, en Westfalia. Con los controles férreos que mantenía el estado sobre la vida y el paradero de sus habitantes, en pocos meses, Frau Elena fue localizada y llegó a vivir con ellos.

Desde la primera semana en Herford, los supervisores mandaron a Wilhelm a trabajar en una hilandería llamada Leineweber, y a Martin lo inscribieron en la escuela pública y en la sección juvenil para niños de 10 a 14 años de la *Hitler Jugend*, una actividad obligatoria para cualquier menor. Erika fue relegada a la casa desde donde dedicaba la mayor parte del día a conseguir alimentos y otros suministros tales como carbón, velas, leña, tela para confeccionar prendas y hasta el tabaco para la pipa de Wilhelm. Ella también había empezado a fumar; calmaba así sus nervios y le servía para hacer una pausa en la que por un instante se desconectaba de las tareas y del mundo a su alrededor. Erika memorizó los horarios de las locomotoras que pasaban jalando vagones cargados de carbón. Esperaba al tren cada vez a más distancia del pueblo, y recorría la

línea con bolsas cruzadas sobre el pecho recogiendo las astillas y pedazos de carbón que botaba a su paso.

Lo primero que hacía Martin al levantarse era bajar a la cocina para ayudar a encender el fuego, una tarea ingrata pues el material que se conseguía llamado *Ölkreide*, un sub-producto de las refinerías de gasolina, era de pésima calidad y había que estarlo removiendo para que encendiera. Martin soplaba como elefante, pero con la menor corriente de aire que entrara por la puerta o la ventana, se volvía a apagar. Ya listo para salir, tomaba una taza de café, es decir, cebada tostada y molida, y una tajada de pan. Si Erika había logrado encontrar los ingredientes para hacerlo, el pan era sabroso, pero si era producto del mercado negro, era viejo, duro y muchas veces rancio. Pero había que poner algo en el estómago. Ya en carreras pasaba por Albert, que lo esperaba impaciente marchando de arriba abajo frente a la puerta de su casa. Su papá tenía una granja en las afueras de la ciudad donde criaba conejos y cerdos, además de vegetales propios de las diferentes estaciones. Eran muy buenas personas, y cuando le era posible, Albert pasaba a visitar llevándole a Erika un frasco de conservas de parte de su madre, Frau Lotte. Los chicos tomaban juntos el tren que a esa hora iba ya cargado de compañeros. En la siguiente parada el tren recogería al grupo más grande de muchachos, los que vivían cerca del centro de la ciudad. Al llegar a la escuela, los alumnos saludaban a los maestros levantando el brazo y diciendo: *Heil Hitler*! La foto del *Führer* decoraba la oficina del director.

Cumplir las órdenes sin la más mínima crítica o resistencia eran principio y fin del movimiento juvenil *Deutsches Jungvolk*, en el que todo niño varón entre los 10 y 13 años tenía la obligación de asistir, siempre y cuando un oficial médico lo hubiese declarado físicamente apto para el servicio y fuera racialmente aceptado. En otras palabras, mientras no fuera judío o de otra raza considerada indeseable. Una vez cumplidos los 14 años, los jóvenes pasaban a formar parte de la *Hitler Jugend.*

Al arribar a Herford, la aceptación de Martin en la *Deutsches Jungvolk* trajo a Wilhelm un alivio enorme, y a la vez, una zozobra que tuvo que esconder y aprender a vivir con ella para poder reclamar educación, una vida familiar y un futuro para su hijo. Desde 1942, ningún judío podía recibir educación formal, y los

niños que no se matriculaban en la Juventud Hitleriana, tampoco podían inscribirse en la escuela. Martin había logrado ser aceptado por ambas instituciones; tenía que darse por dichoso.

En su inocencia, Martin se sintió feliz y orgulloso de poder ser parte de esa organización atlética y "cultural" que ostentaba elegantes uniformes y anteponía a los jóvenes a la gente mayor ofreciéndoles jugar un papel importante en el futuro de la nación.

La participación en las Juventudes Hitlerianas era obligatoria desde 1939, y estaba amparada por una serie de leyes prescritas por la Gestapo. Hitler había aclarado desde un principio qué esperaba de esos niños: los débiles debían de ser identificados y eliminados del grupo. Había que forjar niños y niñas que pudieran soportar el dolor. "Un joven alemán tiene que ser veloz como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero Krupp". Los dirigentes llevaban en la mano una vara de hierro.

A pesar de sentir la presión de estas expectativas tan altas, en plena guerra, muchos jóvenes abrazaban estas instituciones gustosos, pues era el único medio existente para participar en distintos deportes y vistosos desfiles y, sobre todo, para asistir a campamentos por dos o tres semanas a los que se llegaba haciendo largas caminatas por bosques y praderas que no mostraban señal alguna de la destrucción que cruzaba como cicatrices a las ciudades. Encima, se disfrutaba de comida abundante para compensar el agotamiento físico, y por las noches, las canciones alrededor de las fogatas reforzaban la unión del grupo, el deber y el amor patrio, el compromiso con la máxima autoridad. En los campamentos practicaban las destrezas aprendidas. Quizá lo que más apreciaban todos era la oportunidad de actuar como adultos y ejercitarse en las maniobras bélicas: aprendiendo a tirar granadas, construir trincheras, cruzar cercos de alambre espigado, usar máscaras de gas y tirar al blanco con bayonetas, rifles y pistolas.

Lo común en esas excursiones y la culminación de las mismas, era jugar a la guerra. Se dividía al grupo en dos bandos, el de ataque y el de defensa, y se procedía a dar rienda suelta a la agresión. Los muchachos acababan con narices ensangrentadas, tobillos doblados, costillas rotas, todo como parte del juego de ataque y contraataque. Al principio, Martin tenía miedo de este tipo de encuentros, pero pronto aprendió a ser temerario y a vencer su

cobardía. No quedaba otro remedio, un día sería soldado, y él quería estar entre aquellos que levantan las banderas de victoria y no convertirse en carne de cañón.

Además de canalizar la rebeldía y la arrogancia naturales de la juventud, otros elementos se usaban con el propósito de unificar al grupo. Por ejemplo, los uniformes y zapatos eran de materiales superiores a las prendas ofertadas en el mercado, ya de por sí muy codiciadas, y además cumplían su propósito logrando la desaparición de clases. Los hijos de industriales y obreros, artesanos, mercaderes y banqueros, todos eran iguales. Amparados bajo el paraguas de la propaganda y el adoctrinamiento, ya no existía la individualidad, solamente el objetivo populista concebido por Hitler. Sin más perspectiva que la de obedecer ciegamente hasta alcanzar ese fin, la mayoría de muchachos se sentía motivada a seguir el plan que el *Führer* en su delirio había trazado para ellos: conquistar el mundo. Y cuando ese no era el caso, las consecuencias no tardaban en hacerse sentir.

Una vez reclutado, Martin, como todos los otros jóvenes, prestó el siguiente juramento: "En la presencia de esta bandera de sangre, que representa a nuestro *Führer,* juro dedicar toda mi energía y fuerza al salvador de nuestra nación, Adolf Hitler. Estoy deseoso y listo para dar mi vida por él; que Dios me castigue si no digo la verdad".

Como Martin llegó a Alemania al cumplir doce años, estuvo desde el principio en una franca desventaja ante sus compañeros, pues todos habían ingresado a los 10 años al *Jungvolk* y estaban en una forma física envidiable. Las primeras semanas fueron muy duras. Martin tuvo que aguantar humillaciones y castigos por llegar entre los últimos en las pruebas de fuerza y resistencia a pesar de ser uno de los más grandes del grupo. Casi se ahoga tratando de nadar cien metros la primera vez, pues nunca antes lo había intentado. En una caminata de dos horas se quedó sin agua, y no hubo un compañero que quisiera compartir la suya con él. Ya casi al llegar de vuelta al campamento tropezó con unas piedras y sufrió un golpe bárbaro en las piernas y un raspón en la frente. Sus compañeros lo rodearon y lo levantaron a puro grito.

La fuerza bruta y la agresividad no solo eran condonadas, sino fomentadas. Se trataba de ir subiendo la escalera, superando prueba

a prueba dejando a otros atrás. Según Hitler, nada era posible si no había un comandante supremo (Él) al mando de los demás; tenía que existir un líder a la cabeza a quien todo el resto debía su obediencia. O sea, si se pretendía un rango más alto, los muchachos tenían que demostrar que eran mejores que el prójimo porque únicamente estando arriba y dando órdenes podrían cumplir su destino. Después de meses de práctica, Martin comenzó a distinguirse, a ser mejor que sus compañeros en algunas actividades como tiro al blanco, y sintió por fin el orgullo y la satisfacción de ejercer una posición de mando.

Sin embargo, nunca pudo sentirse totalmente cómodo en las noches así llamadas *Heimabende* cuando, sentados en un aula, un oficial les impartía la doctrina política racial e ideológica, instándolos a denunciar tanto a aquellos padres como vecinos que no estuvieran de acuerdo con la ideología nazi. La lealtad al *Führer* habría de reemplazar la lealtad a la familia. Mientras la mayoría de los jóvenes se tragaba las disertaciones como si fuesen sopa, Martin más bien las dejaba en el plato repelido por el color y el olor, contemplando dudoso lo que muchos amigos ingerían sin chistar. Al parecer, su mente inquieta y ávida de conocimiento tenía aún la habilidad de observar los hechos objetivamente y razonar por sí misma; no lo habían agarrado suficientemente joven.

Si bien el sistema nacional socialista era capaz de engañar a la juventud, un puñado de padres podía entrever el motivo siniestro detrás del adiestramiento e importancia que Hitler concedía a los jóvenes de ambos sexos. Estaba claro que el propósito de las organizaciones juveniles masculinas era producir soldados, y el de las niñas, las así llamadas *Jungmädelbund* y *Bund Deutscher Mädel,* prepararlas para ser esposas, amas de casa y madres. Las funciones de la niña y la mujer estaban circunscritas al ámbito del hogar. La imagen ideal que una joven debía emular era la de una especie de valkiria campesina, con el pelo cubierto por un pañuelo o atado en trenzas, ropa sencilla y cara limpia, pero en una forma física formidable. Una muchacha no podía bailar, beber licor ni usar maquillaje. Aquellas que eran atrapadas haciendo estos actos subversivos sufrían castigos para humillarlas como raparles el pelo.

La visión diabólica de Hitler contemplaba un número infinito de soldados dispuestos a dar la vida por él, y de allí, la necesidad

también de un sinfín de mujeres apareándose para luego parir criaturas saludables para ser moldeadas y entrenadas con el propósito de reponer las bajas y multiplicar sus ejércitos. Después de todo, como Hitler proclamaba, la sangre de los jóvenes era también su sangre. Él era el padre salvador que había devuelto la dignidad a su pueblo. Aunque sus padres no quisieran admitirlo, los niños ya eran de él, porque él era el creador de la raza de súper hombres que un día poblaría la tierra. A cambio de este sacrificio, Alemania llegaría a dominar el mundo durante los próximos mil años.

Un buen día, al regresar de una de esas noches de adoctrinamiento que tanto le fastidiaban, Martin se encontró con una sorpresa, grata e ingrata a la vez. El papá de Albert, Herr Müller —quien no estaba en el frente porque fue declarado legalmente ciego y usaba lentes gruesos— había aparecido vestido con abrigo y sombrero llevando una caja de madera pesada entre sus manos. Al abrirla, sus papás descubrieron su contenido: un pequeño cerdo rosado de regalo para la familia. El más agradecido por el obsequio fue Wilhelm, quien se frotaba las manos y se relamía la boca pensando en los deliciosos platillos que en un futuro podrían engalanar su mesa: salchichas y morcillas, tocino, costillas, pierna, chuletas y demás. Pero como estaba totalmente prohibido acaparar alimentos, el cerdo había pasado a ser, al instante de aceptarlo, motivo para levantar sospechas y ser denunciados provocando una situación casi tan peligrosa como si tuvieran a un judío o un gitano escondido en casa.

El regalo implicaba además encontrar un lugar propicio para criarlo. Erika tuvo la genial idea de hacer de la bañera el chiquero, muy apropiado en un principio, pues el cerdito quedaba bastante holgado, y la familia podía seguir tomando sus baños semanales. Cuando había agua, se sacaba al cerdo de la bañera únicamente a estirar las patas, ya que el baño era de por sí minúsculo; luego se procedía a remover cualquier sólido y limpiar la bañera a fondo antes de empezar a llenarla. Al final, alguno de ellos lograba la delicia de sumergirse en la tina, mientras el animal husmeaba todas las esquinas del cuarto.

El cerdo pasó de inmediato a ser el triturador de basura por excelencia. Tenía un apetito voraz que acababa con cuanta cosa le

llegaba cerca de la trompa, hojas de nabo, migajas de pan enmohecido, ojos negros de papa; hoy una manzana, mañana cáscaras de huevo o cualquier desperdicio orgánico del cual la familia pudiera prescindir. Martin había descubierto que el animal comía de todo, fruta, vegetales y hasta insectos. A medida que se hartaba de comida, el cerdo iba creciendo. Según Herr Müller, el regalo pesaba ocho libras a su llegada; dos semanas más tarde ya pesaba dieciséis, y un mes después, rebasaba las treinta libras. Cuando fue imposible cargarlo para sacarlo de la bañera, los baños de tina pasaron a ser lujos pasados. Wilhelm miraba con buenos ojos el sacrificio de la higiene familiar en pro de los deleites gastronómicos futuros. El aseo consistía ahora en baños de esponja o en pasarse una toalla húmeda desde la cabeza hasta entre los dedos de los pies mientras el cerdo, ahora inmóvil, estancado de fijo en la bañera, seguía creciendo y disfrutando baños cada vez que había agua y uno de ellos limpiaba la pocilga.

A pesar de todo el trabajo, mal olor e incomodidades que trajo el animal, Martin se iba encariñando con él. Por las noches recogía todos los desperdicios de la cena para darle de comer. En cuanto lo veía, el animal comenzaba a roncar, y de premio por reconocerlo, Martin le rascaba la cabeza y el lomo. El cochinillo rosado tenía ahora una alfombra de pelo gris grueso sobre la espalda, barba, un cepillo de pelo que parecía hecho de alfileres sobre la trompa y hasta una cortina de pestañas. Algo en los ojitos y el bigotito del puerco le recordaban a Martin al alabado *Führer* del que oía elogios de día y de noche, tanto en la escuela como en la radio y la *Jugendvolk*. Su voz estridente y rítmica cargada de promesas y órdenes había permeado hasta sus sueños. Cuando estaba a solas con el chancho dio por llamarlo Adolf. Por supuesto este era un título confidencial entre él y su mascota. ¡A sus padres la comparación no les hubiera hecho ninguna gracia!

Wilhelm y Erika no hablaban de las circunstancias que los rodeaban, ni en privado ni mucho menos en público. A veces Martin los oía pelear por nimiedades —que por qué Wilhelm entraba al piso sin limpiarse los zapatos; que por qué Erika había usado del dinero para comprarse una falda en el mercado negro— pero comprendía que no había nadie más con quien ellos pudieran descargar cualquier tensión. Frau Elena era discreta y no interfería

en los asuntos de la pareja. En el hogar se escuchaban las noticias en silencio, y se procedía con la vida diaria como si estar en guerra fuera la cosa más natural del mundo. Los aviones bombarderos que sobrevolaban rumbo a blancos más jugosos dejaban caer su carga de forma caprichosa sobre Herford y los alrededores. Herford era una ciudad pequeña, relativamente a salvo de los peligros más salvajes, pero de todos modos y debido a este tipo de incidentes, los habitantes vivían llenos de sobresaltos. Wilhelm había tenido que saltar dentro de una zanja para protegerse de las bombas que caían a lo largo de la carretera en un lugar casi despoblado cuando caminaba hacia la fábrica donde trabajaba. Lo reportó a su familia a la hora de la cena como un incidente más.

No lejos de la escuela superior de Martin se encontraba una bodega en donde guardaban barricas de vinos y licores. En otro de estos bombardeos sorpresivos cayó una bomba precisamente allí sobre el edificio, y este se desplomó entero sobre los barriles. Después del susto, los vecinos se echaron a correr para recoger en cuanto recipiente tenían a mano el licor que para entonces corría haciendo ríos por las calles. Los muchachos del colegio también trataron de aprovechar la oportunidad, y Martin y su amigo Albert que no tenían dónde echar nada líquido se acercaron a una barrica de vermuth para beber lo que pudieron en el momento. Naturalmente se pegaron la primera y la más grande borrachera de sus vidas a costa del delicioso aperitivo.

Cada uno de los muchachos llegó a su casa como pudo, deseando únicamente que el mundo dejara de girar. Al día siguiente debían ir al colegio, y Wilhelm obligó a Martin a levantarse para asistir. Aunque iba vomitando por el camino, pasó como de costumbre frente a la casa de los Müller, pero Albert no estaba frente a la puerta. Sacó fuerza de flaqueza para golpear con la aldaba, y Frau Lotte salió para decirle que Albert estaba tan mal que no podría asistir a la escuela ese día. Martin llegó tarde a la estación; había perdido el tren. Se sentó en una banca dispuesto a pasar el día allí hasta que fuera hora de volver. No quería confrontar la ira de su padre. Una hora después recibió la noticia. El tren que no alcanzó a tomar había sido bombardeado después de la estación central pereciendo todos los pasajeros a bordo. Todos los compañeros de su clase murieron salvándose únicamente Albert y

Martin.

Un día, cuando Martin regresaba agotado de las Juventudes Hitlerianas ya tarde por la noche, al entrar a la casa descubrió con espanto que el cuarto de baño se había convertido en matadero. Cubierta con un delantal enorme estaba la abuela Elena sosteniendo el cuchillo de trinchar. Erika le había cortado la yugular al pobre Adolf y recogía ahora su sangre en la olla grande de peltre donde se cocían las papas. Martin se quedó hipnotizado por la escena recordando las pinturas de Hieronymus Bosch que había visto en un libro de arte en la escuela. Ahora Erika pedía el cuchillo para abrirle la panza a Adolf y le sacaba las entrañas. No podemos tirar nada, decía, todo lo podemos usar. El olor y lo que veía comenzó a darle náusea, y Martin se quiso retirar. No te vayas, Martin, dijo Erika. Lleva por favor la olla con la sangre al sótano, que vamos a usar la vieja estufa de leña allí para preparar las morcillas. Yo usaré la estufa aquí arriba para calentar el agua para pelar al cerdo. Martin casi se desmaya.

La casa donde vivían tenía un sótano que ellos compartían con los vecinos de otros pisos. La olla pesaba mucho y, haciendo un gran esfuerzo, Martin logró alzarla. Tuvo que ponerla de nuevo en el piso para abrir la puerta y asegurarse que ningún vecino anduviera por los pasillos y salió despacio, cuidando de no derramar ni una gota. Hizo otra parada frente a la entrada que llevaba al sótano. Una vez dentro, la puerta se cerró, y el recinto quedó a oscuras. Las gradas eran estrechas y bastante empinadas, pero se tranquilizó sabiendo que había hecho esto cientos de veces y que conocía bien el camino. El interruptor para encender la luz quedaba una grada abajo, pero él tenía ambas manos ocupadas. Afortunadamente, por las rendijas de ventilación entraba un poco de luz, así que siguió bajando lentamente. Ya a pocas gradas de llegar al suelo, Martin se raspó un codo con la pared y, por hacer el brazo a un lado, derramó un poco de sangre. Quiso ver hacia abajo cuando bajaba el pie a la siguiente grada, pero la falta de luz y el tamaño de la olla le impidieron ver dónde lo ponía. La suela lisa del zapato patinó sobre la sangre viscosa, y ya en el aire se dio cuenta de la catástrofe que estaba por ocurrir. En medio de su propio grito, Martin cayó por los últimos escalones derramando el contenido de la olla por el suelo.

Pasaron varios minutos y Martin no se atrevía a subir. ¿Cómo justificar ante sus padres su descuido? Cuando vio la silueta de su papá parado ante el umbral de la puerta se le erizó la espalda y hubiera querido volverse invisible. Wilhelm bajó la escalera como bólido, lo levantó del cuello y, una vez de pie, le propinó una bofetada que lo hizo caer de nuevo al piso. Martin tuvo el impulso de devolverle el golpe, por algo pasaba horas entrenando para pelear en la *Hitler Jugend*, pero comprendió que únicamente estaba recibiendo su merecido. En la penumbra alcanzó Martin a ver el gesto de rabia deformando la cara de su padre. Pero no era enojo puro. Sus ojos estaban también cargados de despecho, rencor y una inmensa tristeza. Martin entendió que le había fallado a su padre en algo vital; de alguna forma él no era el hijo ideal y perfecto que su padre hubiera deseado. Sintió un gran remordimiento como si lo hubiese traicionado, y se le revolvió el estómago.

Martin juró que no probaría ni un solo bocado de la carne de Adolf, mas cuando llegó el momento, hambriento como estaba y con la mano temblorosa, fue el primero en estirar el brazo para tomar una de las chuletas que Erika había preparado. En la mente de Martin, Adolf se había convertido en un ser mítico capaz de provocar el bien y el mal; de paliar el hambre de su familia por varias semanas con su carne, y de borrar con la pérdida de su sangre, su espíritu juguetón de niño, el pedestal sobre el que había tenido hasta entonces a su padre, y seguramente, la admiración y confianza que su padre depositara en él. Pero como bien decían sus maestros, los viejos se aferraban al pasado y a las cosas sin importancia; ¡mira que golpearlo como si fuese un niño por un cubo de sangre de cerdo derramada! ¡No se daba cuenta de que desde hacía muchos meses había dejado de ser niño y que pronto sería un soldado! Ellos, los jóvenes, eran el futuro, y no solo de la patria sino del mundo entero, de eso estaba totalmente seguro, aunque no todas las lecciones de los nazis le hicieran sentido de igual forma.

De uno de sus viajes de negocios a Londres a visitar las instalaciones de ICI Fibers, una de las empresas que Vati representaba, él me trajo una minifalda. Era de corduroy aterciopelado, líneas gruesas y color rojo.

Era costumbre de Martin traerle algo a mi mamá y a nosotros, los niños, de cada viaje. Hacía apenas un par de meses, Hanna estaba recién nacida, Vati había traído una blusa camisera verde esmeralda preciosa para Mutti (para que pudiera desabrocharla cuando iba a dar de mamar), un osito de Steiff para Carmencita, y cuatro pelucas de los Beatles para nosotros. Allí están las fotos donde Tomás, Max y yo posamos como si estuviésemos tocando guitarra mientras Gerhard, con sus ateojitos, golpea una batería imaginaria cantando a todo pulmón *She loves you, yeah, yeah, yeah*... Ya conocíamos la música del famoso grupo por las estaciones de radio, y nos hizo mucha ilusión ponernos las pelucas y pretender que sabíamos cantar en inglés. Como por arte de magia, Vati siempre daba en el blanco con los regalos.

Desde ese día tuvimos con Tomás la brillante idea de comenzar un diccionario inglés/español. Cada palabra de las canciones de los Beatles que no comprendíamos la escribíamos como mejor podíamos y corríamos a buscarla en alguno de los diccionarios que tenía Vati en la librera del estudio. *Love, diamond* y *secret* no requirieron de ninguna asesoría, pero a veces deletreábamos las palabras tan mal: *toch, filin, wana, jold, moni* que no lográbamos encontrarlas, y entonces recurríamos a Vati quien, después de lanzar una carcajada al leer nuestra versión fonética, procedía a darnos una lección de pronunciación y del empleo correcto de las letras en inglés. La idea del diccionario fue realmente acertada pues las letras de los Beatles eran sencillas, compuestas por palabras comunes, y nos dieron la impresión de que se trataba de un idioma fácil de aprender. Hablábamos ya español y alemán, ¡dos lenguas tan distintas!, así que un idioma más no sería problema. Al fin y al cabo, Martin hablaba alemán, inglés, español, francés e italiano. ¿Dónde y cómo habría aprendido tantas lenguas?

En todo caso, de su viaje más reciente Vati había traído a mis hermanos una lata de Charms, unos caramelos con forma de bolitas de colores con sabores de fruta, y a mi mamá, una caja de sus chocolates favoritos, *After Eight*. Al salir de una cena con el Sr.

Fitzgerald, en carreras y bajo el paraguas porque llovía más fuerte que de costumbre, Vati vio de reojo en la vitrina de una tienda de departamentos la minifalda, y se acordó de mí. Según nos relató, sin pensarlo dos veces entró a la tienda y pidió a la dependienta una minifalda de mi talla. *It´s for my daughter*, aclaró.

Cuando me la probé, me llegaba a medio muslo, el largo que estaba de moda entre las jóvenes inglesas, pero un estilo bastante atrevido para el país donde vivíamos. Agradecí mucho que Vati fuera tan cosmopolita y no tuviera las barreras mentales de muchos de los padres de mis amigas, quienes seguían pensando que a nuestra edad éramos todavía unas niñas y que, por lo tanto, teníamos que seguir vistiendo como nenas.

Reservé el uso de la minifalda para ocasiones muy especiales como la fiesta de cumpleaños de Sonia, mi amiga inseparable, un repaso con todos los de la clase amenizado por Los Mustangs, el conjunto donde su hermano mayor tocaba la guitarra; el almuerzo tradicional del Día de los Muertos en casa de los abuelos maternos al cual no faltaban ni tíos ni primos, pues Ángeles hacía un fiambre de chuparse los dedos; y mi primera fiesta con las nuevas amistades que había hecho durante el curso de vacaciones en el Colegio Americano. Este campamento me insertó de pronto en un grupo de jóvenes que estaba de fiesta todo el tiempo y me hizo ser, por primera vez en la historia, una joven popular.

En el Colegio Alemán tenía muy buenos compañeros, pero como éramos un grupo pequeño, yo los trataba a todos, hombres y mujeres, como si fuesen mis hermanos, y eso que Tomás estaba en el mismo grado y tenía con quién comparar. Sin embargo, Tomás me acababa de hacer una de esas trastadas que un hermano nunca debiera de hacerle a una hermana. Yo era incapaz de contárselo ni siquiera a mi mejor amiga y estaba sumamente enojada y dolida con él. Aunque los amigos comenzaran a parecerme más confiables que mi hermano, en la clase, los romances entre compañeros eran totalmente inexistente. Más de alguna vez se nos iban los ojos a Sonia, a Lisel y a mí por chicos mayores. Lamentablemente ellos ni nos volvían a ver, y nosotras nos pasábamos los recreos ideando estratagemas tales como vestirnos las tres iguales o comenzar nuestra propia banda (pero ninguna de las tres sabíamos tocar un instrumento, y las tres cantábamos fatal, así que allí estaba el

problema) para obtener su atención.

Pero una vez me ponía mi faldita roja, yo ya no necesitaba la atención de nadie. ¡Mi papá me la había traído de Londres! Las rosas inglesas, novias de los Beatles: Cynthia (John), Jane (Paul), Pattie (George) y la pelinegra Maureen (Ringo), se quedaban chiquitas a mi lado, pues yo me sentía tan a la moda, tan bonita con mi pelo lacio (ponerme la falda ameritaba plancharme el pelo rizado que tenía) y tan cerca de los Beatles como ellas.

Por las tardes, mientras hacía los deberes, ya fuera en el escritorio pequeño dentro de mi cuarto, o en la mesa del comedor si tenía que entregar algún proyecto de dibujo al profesor Lee, me mantenía con los ojos fijos en el trabajo y las orejas paradas para escuchar si sonaba el teléfono, ya que podía ser para mí. Luciana era en ese entonces la cocinera, pero ella se atribuía las funciones de ama de llaves y secretaria también. Por lo tanto, contestaba el teléfono después del primer timbrazo desde la cocina, además de hacer marchar casi a latigazo limpio a todos en casa mientras mis papás trabajaban. Basta decir que un día al regresar del colegio Tomás y yo encontramos la escalera grande al pie de un encinal, y a la Luciana en la copa del árbol, con todo y su traje típico de Quetzaltenango, aserrando una rama para enseñarle a Poncho, el jardinero, ¡cómo tenía que hacer las cosas!

Entonces, en mis días de suerte llegaba la Luciana agitada para avisarme, nena, ¡la llaman por teléfono! ¿Y quién me llama? No sé, nena, pero es un hombre. Yo tiraba la pluma o el libro que tuviera entre manos y corría al estudio de mi papá donde había otra extensión. Cerraba la puerta con llave para que a ninguno de mis hermanos se les fuera a ocurrir entrar. ¿Aló? Unos segundos de silencio, y luego escuchaba la voz ronca de algún muchacho. Generalmente la voz titubeaba al principio, parecía no tener mucho que decir. Luego agarraba coraje y llenaba el tiempo haciendo toda clase de preguntas. ¿Estaba invitada yo a la fiesta de Rita ese sábado por la noche? No, yo la conocía, pero no éramos amigas. ¿Tenía yo planes para el viernes por la tarde, o podía él y otro par de amigos llegar a visitarme? Sí, vengan, qué alegre, yo no tengo ningún plan. ¿Me daba mi papá permiso para salir de paseo en moto? No, eso sí lo tengo terminante prohibido porque mi papá piensa que es muy peligroso. Las preguntas venían a veces tras

silencios interminables, pero era él el que había llamado, y a mí en realidad no se me ocurría nada qué decir. Después de dar más vueltas que un chucho antes de echarse, igual que hacía el abuelo Quique antes de salir a la calle, venía el “nos vemos” o el “hasta pronto”, y yo volvía a mi tarea con las mejillas encendidas y la cabeza totalmente alborotada pensando en Steve, Joe, Luis o Raúl, el chico que me había llamado. ¡Qué agradables eran las voces masculinas y qué efecto tan placentero tenían para ablandar el corazón de la mujer!

Al recibir las calificaciones del tercer curso de bachillerato me llevé un gran susto. El promedio de Tomás era superior al mío; él me había ganado por primera vez. Me costó disimular mi envidia y consecuente enojo. Lo peor para mí era contemplar la posibilidad de que esto volviera a suceder en el futuro, y yo lo veía venir claramente.

Apenas unos días después, al inicio de las vacaciones, a la hora de la cena cuando estaba la familia reunida, con voz firme anuncié que quería dejar el colegio para inscribirme en una escuela de secretariado. Tomás me pateó bajo la mesa, como reclamándome no haberle contado antes semejante plan. Yo me hice la desentendida. Mi mamá era secretaria, y yo contaba con que al menos ella me apoyaría con esta idea. Después de largas charlas al respecto iniciadas por mí con Lisel y Sonia, las tres concluimos que ya era hora de hacer nuestros planes propios y decidir nuestro futuro. Cegada por la humillación de presenciar cómo Tomás recibía el primer premio, no volví a ver ni por un instante todo lo que dejaba atrás, dando por sentado la excelente educación, los buenos maestros capaces y bien preparados, y un puñado de amigos con quienes había compartido años de estudio, aventuras y experiencias enriquecedoras.

Vati pareció vacilar, y me pidió unos días para discutirlo con Mutti antes de avisar al colegio que yo ya no regresaría el próximo enero. Muchas jóvenes de mi edad dejaban en ese entonces la escuela pensando falsamente que no tenía caso terminar el bachillerato si uno no quería seguir una carrera universitaria. A corto plazo, desde mi punto de vista miope, un título de secretaria tenía una gran ventaja. En tan solo dos años estaría percibiendo un sueldo y sería económicamente independiente.

Posiblemente pensando que las niñas tenían su futuro asegurado al encontrar un buen marido, un buen proveedor para su familia de la misma manera que su esposa, mi mamá, lo había logrado, Martin estuvo de acuerdo con que me inscribiera en una de las dos escuelas reconocidas de secretariado de la ciudad. Sonia y yo nos enlistamos en la misma, y para mi pesar porque ya no podría verla tan seguido, Lisel se apuntó en la otra.

Pasaron los días, y Vati me empezó a tomar en cuenta para las cenas de negocios. Hoy por la noche tenemos a los señores de la Chori de Japón en casa. ¿Nos puedes acompañar? Yo accedía gustosa. Me encantaba compartir la atención de los señores mayores que normalmente acaparaba mi mamá, que seguía siendo una señora guapa y elegante. Con los días mi inglés iba mejorando (la escuela de secretariado era bilingüe), y ya seguía cómoda y con mucho interés las conversaciones en la mesa. Quizá algún día, cuando me graduara, yo podría ayudar a mis papás en la exitosa oficina de representaciones que habían formado.

Mientras Tomás y mis hermanitos cenaban temprano en el desayunador, yo me metía al cuarto a acicalarme según quiénes fueran los invitados. Si esa noche llegaban los franceses, los de la empresa George Lebocey, o más aún, si era el Sr. Fremont de ARCT —además de suplidor, un buen amigo de mi papá— me vestía, según yo, a la francesa, con un pañuelito rojo atado al cuello y el pelo tizado al estilo Brigitte Bardot. Luego me aplicaba generosamente alguno de los perfumes franceses que Vati le había traído en uno de sus viajes a mi mamá. Cuando aparecía algún inglés o un norteamericano, yo trataba de lucirme hablando inglés, exaltando las bellezas de Guatemala, *the most beautiful country in Central America by far*. Debía tener mucho cuidado porque si pronunciaba algo mal o decía algo inapropiado, Vati me hacía una cara como si se le hubiera atragantado un hueso en la garganta que me dejaba cohibida el resto de la cena. Igual había sido siempre con el alemán, y en los últimos años, rebelándome a tanta corrección, dejé de hablarlo. Mi papá se dirigía a mí en alemán, y yo le contestaba en español. Le había ganado esta partida, pero al mismo tiempo estaba olvidando el idioma, mientras Tomás y mis hermanitos se sometían al martirio de repetir la pronunciación o la frase correcta y hablaban alemán cada día mejor.

Los japoneses llegaban de tres en tres, eran muy ceremoniosos y siempre regalaban a mi mamá objetos hermosos, un collar de perlas, un prendedor de diseño moderno con una perla al centro, un pañuelo de seda... ¡Ojalá se acordaran de mí la próxima vez! Para esas ocasiones me delineaba los ojos con una colita adicional, y así, mis ojos parecían más achinados.

La casa estaba decorada con pinturas originales y artesanías guatemaltecas llamativas por su colorido. Una vez entraban en la sala y comenzaban a admirar su entorno comentando en japonés lo que veían, yo trataba de hablar poco y hacer como que hacía de todo. Para la sorpresa de Luciana, yo servía el agua en las copas, me ofrecía a pasar las boquitas, les acercaba el salero y el pimentero cuando pasaban el plato de la ensalada y, en general, trataba de servirlos como si les estuviera leyendo el pensamiento, pues Vati nos había contado que la mujer en Japón estaba supeditada al hombre: el sake, por ejemplo, se servía en tacitas pequeñas, con la idea de que la geisha se acercara muchas veces al caballero dedicándole así, durante la cena entera, su completa atención. Ellas también amenizaban las reuniones cantando y tocando instrumentos, pero sin emitir palabra. Yo, como alumna aplicada, tomaba nota de todo lo que decía Vati reinterpretándolo a mi manera. El mes siguiente ya estaba tomando clases de guitarra con el profesor de Lisel.

Pero en general, mis invitados favoritos eran los viajeros alemanes, quienes llegaban con ramos de flores entre las manos. No importaba su pinta, si eran mecánicos o dueños de las plantas de maquinaria textil que representaba mi papá. Yo le encontraba a cada uno algo simpático y digno de admirar, desde la elegancia del traje de saco y pantalón caqui con camisa celeste, la imponente estatura o su figura atlética, hasta los dientes medio torcidos pero graciosos de Herr Schröder. Me recordaban a mis adorados profesores del colegio: Herr Pfeiffer, director y profesor de matemáticas y física, quien se refería a Carl Friedrich Gauss —en estadística, el de la campana que lleva su nombre— como *der Prinz der Mathematiker*; Frau Haase que con mucha erudición impartía *Deutschkunde*; Herr Koch, mi profesor de grado y el más gentil de todos, y el guapo de Herr Müller, profesor de gimnasia y organizador del *Sportfest*. Extrañaba la inmersión vivida en esa

cultura y entonces, desafiando cualquier disgusto que pudiera causar a Martin declinando mal una preposición, desempolvaba mi alemán y platicaba con ellos muy a gusto de forma espontánea.

Mientras tanto, ante la avalancha de visitantes extranjeros que por motivos de negocios no cesaban de llegar, en vez de *trying to blend in* como yo lo hacía, mi mamá iba a su clóset y buscaba una hermosa pieza dentro de su colección de huipiles típicos para ponérsela. Se posesionaba así de su papel de princesa maya que, a decir verdad, causaba la sensación que ella esperaba. Allá ellos si querían creerlo o no, ¿era broma o era en serio?, lo cierto es que ella lo sostenía con la cara recta mientras Vati la observaba desde el otro lado de la mesa con picardía.

El propósito de todo este esfuerzo era hacer quedar bien a Vati para que prosperaran sus negocios. Quería también que los invitados se fueran bien impresionados de nuestro país y nuestra hospitalidad y así tuvieran ganas de volver. Al parecer, en las relaciones de negocios el toque personal hacía toda la diferencia. Cuando se iba la visita, Vati y Mutti apagaban las luces de la casa comentando la velada, y yo me iba a mi cuarto y caía muerta en la cama.

Después de dos años de tomar dictados de la Sra. Bonetti y de competir por ser la mecanógrafa más rápida bajo la mirada vigilante y el cronómetro de Mrs. Hunter, Sonia y yo nos graduamos de la escuela de secretariado. Mi inglés había mejorado mucho y yo era la mecanógrafa más rápida de la promoción. Por otro lado, Sonia tenía mejor ortografía que yo en ambos idiomas y era la más rápida en taquigrafía, así que ambas obtuvimos sendas medallas de plata. Portando vestidos largos blancos y una rosa roja en la mano nos acercamos para que la directora nos pusiera el listón con la medalla al cuello. Yo sabía que para Vati esa medalla era un premio de consolación, pero no me dejé entristecer por el pensamiento. Tampoco era el fin del mundo; no era un doctorado en física nuclear el que estaba sacando.

La señorita que ganó la codiciada medalla de oro era unos cinco años mayor que nosotras, hablaba un inglés perfecto, actuaba como si tuviera años de experiencia en el ramo, con una madurez que claramente Sonia y yo aún no habíamos alcanzado. No cabía duda de que ella merecía el primer lugar y, sin embargo, cuando fue a

tomar su asiento después de dar las palabras de despedida, y ya con la medalla reluciendo sobre el pecho, una de las patas traseras de su silla había quedado en el vacío. Al sentarse, Raquel dio un salto mortal hacia atrás en el aire y fue a caer, escenario abajo, con gran estrépito. Alarmadas, varias personas de la audiencia se levantaron a socorrerla, mientras Sonia y yo nos volvíamos a ver con tales caras, que no es remoto que algún observador pensara que la aparatosa caída era fruto de una estratagema nuestra.

Mi primer trabajo fue en el despacho de un abogado. En el bufete éramos únicamente él y yo, y como en las películas de antaño, él abría de pronto la puerta de su despacho y me decía muy serio: Señorita, ¡pase a tomar dictado, por favor!

Yo le sonreía amablemente, pero las rodillas me temblaban al levantarme porque el contenido de lo dictado y la rapidez con que lo hacía me forzaban a escribir en la libreta garabatos que, cinco minutos más tarde, ni yo misma lograba descifrar. Entonces regresaba a la máquina de escribir y comenzaba la labor de usar mi memoria en su capacidad máxima para fabricar la carta o documento, pues de poco me servían los signos sobre el papel. Me daba pena pedirle al jefe que me repitiera la oración, ya que me haría quedar mal. Pero como no había tenido el coraje de hacerlo, más pena me daba luego ver cómo se iba llenando la cesta de basura con papeles llenos de borrones y errores. Me imaginaba al Lic. Cárdenas mirando con impaciencia el reloj de pared frente a su escritorio, preguntándose qué diablos me pasaría para tardar tanto en traer el documento para firma.

Después de una semana busqué en mi manual cómo se redactaba una carta de renuncia, la copié tal cual, y la presenté al licenciado, quien la aceptó sin chistar. Era obvio que el puesto me había quedado grande. Ahora el reto consistía en decidir cómo confesarle a Vati este fracaso.

Al llegar a casa encontré el correo sobre la mesa de la entrada donde Luciana lo dejaba siempre. Sin poner mucha atención, extendí las cartas en abanico y noté que había una del Sunnydale Institut en Suiza. Cuando llegaron Vati y Mutti por la noche, yo estaba en mi cuarto, y ellos me llamaron a la sala. Tengo una sorpresa para ti, me dijo Vati. Has sido aceptada en un centro de estudios en Suiza. Eso sí, el internado está a cargo de religiosas, y

tendrás que usar ropa interior de lienzo y un sencillo uniforme. Los cuartos no tienen espejo, las camas son duras y no hay agua caliente, pero al parecer, la educación es de primera. Yo me quedé callada, considerando seriamente la propuesta. Pero Mutti no aguantó sostener la broma y comenzó a darme explicaciones. Vati soltó una carcajada. Extendiendo su mano me acarició el pelo, me entregó la carta y me dijo: No es cierto, el colegio es un *finishing school* en las afueras de Interlaken donde podrás sacar los diplomas de alemán y francés para completar tus estudios; eso te dará una ventaja como secretaria. Te imaginas, serás una secretaria en 4 idiomas y ¡solo te perderemos de vista por un año! Yo nunca había soñado con una oportunidad semejante, así que fui a abrazarlo con todo mi amor, aceptando encantada.

Tuve poco tiempo para prepararme, pero en cuestión de unas semanas ya estaba de nuevo volando en Lufthansa rumbo a Frankfurt. De allí tomé un tren a Stuttgart para visitar primero a Tomás, que acababa de llegar después de obtener el bachillerato en el Colegio Alemán. Ahora estudiaba ingeniería textil en un pueblo cercano a esa ciudad. Cuando mi hermano me dejó en la estación para tomar el tren a Suiza, me puse a llorar. No sabía si era por la alegría de saber que podía contar con él ese próximo año, o por la aflicción de no saber si sería capaz de encontrar el colegio yo sola.

El internado quedaba en un pueblo pequeño rodeado de montañas llamado Wilderswil. Llegué ya entrada la noche, con una infección en la garganta, fiebre y mucho malestar. Una señora altísima, con lentes y el pelo muy corto, por cierto, con toda la apariencia de una monja, me recibió en la puerta y me condujo a un cuarto grande con muchas camas que me hizo pensar en un orfanato en el cual ya habían adoptado a todos los niños y solo quedaba yo. A la media hora, la misma señora apareció con un par de aspirinas, un pan con jamón y una taza de chocolate caliente que me supo a gloria. Me dejó diciendo que el internado abriría sus puertas hasta dentro de un par de días y que, de momento, yo era la única alumna en el plantel. Me dio instrucciones para encontrar el baño y se marchó. Ay, cómo me hicieron falta Mutti y Vati en ese momento, pero quizá esta fue la última vez en todo el año que los extrañé de esa manera.

A la mañana siguiente desperté tarde, sintiéndome mucho

mejor. Fui a bañarme y me cambié de ropa. La señora de la noche anterior llamada Fräulein Hamann tocó a la puerta, y me invitó para que la acompañara a desayunar aprovechando después para mostrarme todas las instalaciones. Me presentó a las dos cocineras, unas señoras gordas mayores con grandes delantales blancos y el pelo recogido en gorritos blancos también, y al asistente, un muchacho que me recordaba a Fritzie, el chico de la batería que había conocido en mi primer viaje a Alemania, hasta que abrió la boca y me percaté de que le faltaba un par de dientes.

Al medio día llegó Frau Lieder, la directora, a instalarse de nuevo en sus aposentos escondidos en el bosque en una cabaña apartada de los otros edificios. Según comentó, había pasado el verano en Italia, en la costa amalfitana. Me impresionó lo atractiva que se veía con un pañuelo de seda atado al cuello, anteojos oscuros y unos pantalones ajustados que enmarcaban su figura. El clima italiano debía de ser estupendo porque traía la piel tostada por el sol. La acompañaba su hijo, Urs, un amante de las motos. El muchacho era alto y muy blanco, con pelo y barba negra; vestía con pantalones y chaqueta de cuero. No vivía en el colegio, pero pasaba allí algunos fines de semana. Solía ofrecer vueltas en su motocicleta a las jóvenes más lindas, invitándolas luego a refaccionar en el hotel del pueblo. En los días libres, al subir a las cumbres más empinadas cercanas, mis compañeras y yo divisábamos abajo los lagos a ambos lados de Interlaken. El paisaje era un verdadero regalo a la vista, pues incluso en la distancia se distinguía el agua cambiando de colores, brillando como espejo bajo la luz del sol. Me imaginaba entonces que pasear con Urs en la moto en los alrededores debía de ser hermoso, pero yo le temía pues era bastante mayor que yo, y la única vez que me propuso dar una vuelta, aun tentada como estaba, no me atreví a aceptarle.

En los días siguientes, poco a poco fueron llegando las que serían mis compañeras. Algunas venían acompañadas de sus padres, otras llegaban solas en taxi, como había llegado yo. Ese primer trimestre me tocó compartir habitación con dos muchachas holandesas, Femke, alta y un poquito encorvada, y Anneke, chiquita y gordita, ambas nítidas, trabajadoras y de carácter afable. Nunca tuve ningún problema con ellas, pero nos tocó vivir un buen susto y enfrentar una preocupación. Al parecer, la habitación de esquina

que nos asignaron tenía la única ventana que permitía acceso desde el muro exterior al edificio. Una noche escuchamos a alguien abrir nuestra ventana desde adentro. En la penumbra pudimos divisar a Brigitte echando una sábana hacia abajo por la cual luego trepó un hombre. Brigitte lo ayudó a entrar, y haciéndonos señas para que permaneciéramos calladas, se marchó con él, nos imaginamos que a su cuarto donde dormía con Gabriele, otra chica alemana. Ya de madrugada se volvió a repetir la escena, únicamente que esta vez era para que el muchacho saliera del cuarto, cayera sobre la cerca y de allí brincara y desapareciera en la oscuridad. Mis amigas holandesas y yo nos quedamos perplejas y asustadas, pues temíamos descubrir a quién dejaría entrar Brigitte a nuestro dormitorio. A la semana siguiente sucedió de nuevo. Esta vez fueron dos hombres, y allí sí decidimos ponerle un alto. Si volvía a suceder, le advertimos, nosotras avisaríamos a la dirección. Tomó meses para que Brigitte nos volviera a dirigir la palabra, pero por lo menos, de allí en adelante volvimos a dormir tranquilas.

Con el pasar de los días fui conociendo a todas las internas de ese año. De América Latina estaban: Renata de Brasil, Cecilia de Colombia, Martina de Ecuador, Francisca de Perú, Connie de Venezuela y yo. De Europa eran todo el resto hasta completar cuarenta y cinco muchachas, casi todas de Alemania, Holanda, Francia y de la misma Suiza. Las latinas se mantenían juntas como si formasen un cardumen de peces; dónde iba una, detrás iban todas. Por mi parte decidí hacerme amiga de las europeas. No había llegado tan lejos para pasar entre niñas de habla hispana y costumbres similares a las mías.

Con el tiempo también descubrí que ese internado servía al gobierno suizo para enviar adolescentes que habían cometido crímenes menores y que estaban en un período de prueba. Si volvían a cometer algún delito, estas muchachas podrían ir a parar a la cárcel. Aunque el resto del alumnado no tenía por qué saber quiénes eran esas jóvenes, por la forma en que actuaban, sus idas y venidas y sus desapariciones, nos fuimos dando cuenta poco a poco, hasta el día en que nuestras sospechas fueron confirmadas.

Una de ellas, Gudrun, era una muchacha suiza, gruesa y de modales primitivos, que se lavaba el cabello en la taza del inodoro, y no cruzaba palabra con nadie. En las salidas de los sábados por la

tarde, la descubríamos en cualquier tiendecita del pueblo robando golosinas y chocolates a manos llenas. La cara la tenía cubierta de granos, seguramente por el agua contaminada que le caía encima cuando se lavaba el pelo. A decir verdad, a mí me daba mucha lástima, pero también me daba cólera que robara a los pequeños comerciantes. Con mis buenas amigas intuíamos que tenía un retraso mental, y nunca tuvimos el corazón de delatarla. En uno de los feriados de fin de semana, cuando las familias que vivían cerca recogían a sus hijas, o ellas tomaban el tren para ir a casa, a Gudrun la dejaron de parte del colegio en la estación del tren, sentada en la banca, billete en mano. Cuando regresaron algunas de las muchachas al día siguiente por la noche, Gudrun seguía allí sentada. Envuelta en su abrigo gris raído, sin gorra, había pasado en la estación casi dos días, incluyendo una noche helada. Al parecer, por alguna razón había perdido el tren, y de allí en adelante, no supo qué hacer. Las compañeras la llevaron de vuelta a la escuela, y la directora tomó el teléfono, llamó a sus padres y les exigió que llegaran a recogerla de inmediato, ya que el colegio no podía hacerse cargo de ella.

La otra chica “especial” era muy distinta. Se llamaba Gabriele y tenía el pelo rojo como un fósforo encendido, facciones felinas y unos ojos turquesa enormes. Un día aparecía con las cejas rasuradas, otro, con la mitad de su armario encima, combinando prendas de forma no solamente creativa sino fantástica. Salía un domingo, y regresaba con un querubín gigante tatuado sobre el pecho. Al siguiente fin de semana, no regresaba, y la dirección del colegio tenía que encargarse de encontrarla y traerla de vuelta. Un día la llegó a dejar la policía porque la habían encontrado bebiendo en un bar y era menor de edad. Desde la ventana del segundo nivel de mi cuarto observé a Frau Lieder charlando de forma encantadora con el agente, seguramente para que no hubiera mayores consecuencias, mientras Gabriele era conducida a su cuarto.

Su comportamiento errático y su enorme e hipnotizante belleza me atraían, y comencé a cortejarla para hacerla mi amiga. Cuando yo me dirigía a ella con cualquier pretexto, ella me volvía a ver con una mirada entre curiosa y divertida. Logré un día captar su interés mostrándole unas cuantas prendas confeccionadas con textiles típicos que había traído de Guatemala, y un chachal, un collar de

plata antiguo que usaban las indígenas de la región de Cobán. Mi mami, quien coleccionaba textiles y platería típica, me lo había prestado para lucirlo cuando hubiera una ocasión especial. Gabriele lo tomó entre sus dedos y empezó a acariciarlo cuenta por cuenta. ¿Me lo prestas este fin de semana que me toca ir a casa?, me preguntó. ¡Claro que sí!, le respondí, complacida de haber logrado por fin una conexión personal con ella, ¡pero te lo encargo mucho, pues es de mi mamá! Por supuesto nunca lo volví a ver.

Tal vez no fue a propósito, porque a su regreso Gabriele me confesó que había olvidado el collar y prometió traerlo en la próxima visita a sus padres. Pero a los pocos días, Gabriele se tiró por una ventana del segundo piso (de verdad nunca supe con qué fin) y se rompió una pierna (¡pero, a la mejor, lo hizo precisamente con esa intención! Una de las alas del internado tenía un tercer piso. Bien pudo haberse tirado desde allí). Este incidente evitó que regresara a casa por varias semanas. A pesar de todo, un domingo muy de mañana, Fräulein Hamann la sorprendió haciendo el amor sobre la mesa del comedor donde comía la directora (era la más amplia) con Markus, el ayudante de cocina, ¡con todo y pierna rota! esa fue la gota que rebalsó el vaso para Frau Lieder, y esa misma tarde, con la ayuda de Brigitte su compañera de cuarto, Gabriele empacó todas sus pertenencias y se marchó en otra radiopatrulla, espero que rumbo a Lübeck con su familia, y no a un reformatorio.

Miss Bell, nuestra supervisora de piso y profesora de gimnasia, una joven escocesa apenas unos años mayor que nosotras, pero sumamente maternal, a Gudrun y a Gabriele las solía recordar como *the lost child* y *the wild child,* nombres que pasamos a usar todas por ser tan apropiados.

El fin de año se vino precipitadamente. Los cuatro domingos de adviento los celebramos cenando nueces de todo tipo, naranjas y galletas, cantando los villancicos alemanes tradicionales que cantábamos en casa y algunos en francés, nuevos para mí. Se organizó además una pastorela, y mi amiga Bárbara, proveniente de Bruselas, fue escogida para ser la Virgen María porque tenía un pelo rubio largo que le llegaba hasta la cintura y una cara realmente angelical. A mí me tocó hacer de uno de los Reyes Magos. Ya envuelta en algunas de mis prendas típicas, y con un camino de mesa enrollado como turbante en la cabeza, un regalo que planeaba

dar a la tía Melanie cuando la viera la siguiente vez, quedé satisfecha porque, según yo, lucía genuinamente exótica. No todas las niñas del colegio eran cristianas, pero igual, festejaron con entusiasmo la llegada próxima del niño Jesús.

Luego cada quien partió a celebrar en familia la Navidad. A las niñas que venían de muy lejos se les permitió quedarse en el internado por su cuenta y riesgo, pues no habría ningún personal de servicio, ni siquiera las cocineras. Yo tuve suerte porque la tía Melanie me invitó a ir con ella, su esposo y Natalie, mi primita nueva, a Madrid donde vivía la familia del tío Jaime. Tomás tenía una novia finlandesa y estaba planeando ir a Helsinki con ella en esos días.

Cuando volví del descanso me presenté a la oficina a saludar a Fräulein Hamann, a quien me apegaba cada día más. Ella me informó que mi nueva compañera de cuarto sería Connie, la chica venezolana. De lo poco que conocía a Connie, me simpatizaba mucho. Era delgada, con pecho plano como una tabla que le daba un aspecto andrógino, piel color chocolate con leche, grandes ojos cafés y marcadas ojeras, llena de vida y muy graciosa. Dormía en ropa interior y se levantaba 15 minutos antes de que empezaran las clases, aunque la música clásica en los altavoces llevara ya media hora de sonar. Desde que abría los ojos, metía el brazo bajo la almohada hasta encontrar la cajetilla de Gitanes sin filtro y el encendedor, sacaba un cigarrillo y lo encendía. Se deleitaba en fumarlo con calma, y no era sino hasta terminarlo y echar la colilla en una botella con agua que mantenía bajo la cama cuando corría a vestirse. De más está decir que estaba terminantemente prohibido fumar en el internado, tanto dentro como fuera. Al salir, había que dejar la ventana abierta para que miss Bell, quien pasaba supervisando el orden en cada cuarto, no sintiera el olor.

En nuestra primera salida, Connie me enseñó a fumar. Ansiosa de mostrar a Vati todo lo bueno que estaba aprendiendo, nos tomamos una foto sentadas en las gradas del Jungfrau Hotel, cada una con un cigarrillo en la mano. En cuanto tuve el rollo revelado en mis manos, puse la fotografía en un sobre y la mandé a Vati en un gesto desafiante y como diciendo, ¡mira, ya soy mayor, y de lejos no puedes hacerme nada! A ese respecto, Vati se hizo el desentendido —ni siquiera supe si la había recibido—, pero ¡claro

que podía hacerme recapacitar! En las cartas que le escribía, me señalaba cada error de ortografía y me hacía enviarle de vuelta tres hojas llenas con la palabra escrita correctamente para que no se me olvidara jamás. Me molestaba tener que obedecerle, pero sabía bien que estaba en juego recibir el cheque adicional de mi mesada, porque el dinerito que nos daban los sábados en el internado incluido en la cuota de estudio no nos alcanzaba ni para una buena cena en el Jungfrau Hotel.

Sobre la pequeña mesa de noche al centro de nuestras camas, Connie mantenía un marco de plata con la fotografía en blanco y negro de su papá. Aunque quisiera, el señor no hubiera podido negarla porque mi amiga era su viva réplica. Connie sentía una verdadera devoción por él, y por las noches, yo la observaba mirando esa foto fijamente hasta que sus ojos se empezaban a cerrar. Sus padres tenían ocho hijos. Ella era la segunda, después de un varón. Al regresar del feriado de Navidad, conocí a los Sres. Villasmil brevemente. Después de pasearla por Zúrich, donde su papá había aprovechado para reunirse con banqueros, sus padres condujeron a Connie en un coche de alquiler de vuelta al internado. Yo no podía creer que esa señora tan hermosa y tan joven fuera su madre. En realidad, parecía una adolescente, la hermana de Connie, y pensé que seguramente era la segunda esposa del papá. Pero Connie me aseguró que ese no era el caso. Ambas nos parecíamos en que éramos más cercanas a nuestros papás que a nuestras mamás. En mi caso, yo lo atribuía a la infinidad de veces que mi mamá, estando a solas las dos, aprovechara para recitarme todos los defectos de Adán, mi padre natural, los cuales se incrementaban por diez cuando lo comparaba con Martin. Aunque hubiera querido, no podía olvidar que mi adn provenía en un cincuenta por ciento de Adán, así que su desprecio hacia él no me hacía ninguna gracia.

No puedo explicar por qué me parecía la relación de Connie con su papá tan sugestiva, pero atribuí a ello el que una noche tuviera un sueño extraño. Yo era ya mayor. Sentada frente a una cómoda con un espejo ovalado terminaba de maquillarme. La habitación tenía poca luz, y yo me acercaba mucho al espejo para pintarme los labios. Llevaba puesto una especie de leotardo de encaje negro. Sobre la cama estaba extendido un vestido de fiesta también negro. De pronto, a través del espejo, vi entrar en la habitación a un

hombre que era idéntico a Vati, pero que yo tenía claro que no era mi papá. Entró sin llamar, con paso decidido y vistiendo un *smoking*. Se me acercó por detrás, tomó mi pelo largo y ondulado en sus manos, me lo pasó hacia adelante, y comenzó a besarme el cuello. Yo le pedía que no lo hiciera, pero sentía una sensación electrizante y deliciosa que me invadía el cuerpo de la cabeza a los pies. Me desperté sudando, y me avergoncé al darme cuenta de que, en mi sueño, Martin y el extraño amante eran una y la misma persona. A mí nunca nadie me había besado así el cuello, pero ahora sabía cómo se sentía.

Fue un trimestre inolvidable al lado de Connie, pero el año me tenía preparado otra linda amistad antes de regresar a casa con una chica francesa llamada Carole.

En el último ciclo, a Carole y a mí nos asignaron una habitación justo debajo de la de Fräulein Wiesner, la profesora más estricta de todas, la que nos preparaba para obtener el diploma de alemán. Por suerte me había tomado cariño porque cuando encendíamos los cigarrillos por la noche, el olor seguramente se colaba por su ventana, y ella nunca nos llamó la atención. Por el contrario, siempre me trató con deferencia. Teníamos derecho a bañarnos únicamente un día a la semana y para ello tomábamos turnos en los dos baños del piso. Las profesoras, en cambio, se bañaban tres días a la semana. Fräulein Wiesner se apresuraba para acortar uno de los suyos, generalmente durante el fin de semana, y pasaba tocando nuestra puerta de una forma particular para que yo supiera que el baño quedaba libre. A Carole le parecía suficiente bañarse cuatro veces al mes.

Recuerdo que en esos días di por pensar que el amor hacia otra persona llegaba en dos movimientos. El primero sucedía sin darnos cuenta, la primera vez que veíamos a ese ser; que se diera el segundo requería de más tiempo, y surgía a través de una serie de pequeños efectos acumulados que venían ya sea a reafirmar o a romper ese primer amor.

Era fácil enamorarse de Carole a primera vista. No quiero ser sentimental, ¡pero era tan bella! con piel blanca como el alabastro salpicada de pequeñas manchas color pardo, en la cara y en todo el cuerpo, pelo negro lacio rozándole los hombros, ojos almendrados cafés —ambos lados de su cara eran idénticos— y un cuerpo fino,

pero musculoso y erguido, como el de una bailarina de ballet. Para fin de año, ya todas habíamos perdido la figura de tanto comer papa, pan y chocolate, y yo más aún, porque me sentaba en la mesa de Fräulein Wiesner a la hora de la cena cuando nos servían una comida formal de tres platos. Ella no permitía a nadie levantarse sino hasta que quedaba vacío cada recipiente de servicio, y yo, muerta del sueño y por quedar bien con ella, me sacrificaba muchas veces comiendo una porción adicional de ejotes recocidos o de ruibarbo, siempre algo poco apetecible, porque de lo contrario hubiera desaparecido a la primera servida. Solo Carole seguía con la misma figura con la que había llegado.

Entrar a nuestro cuarto los sábados por la noche, cuando la mayoría de las maestras tomaban su salida, era como estar en un café de París *underground* en el cual Carole era la anfitriona y el centro de la atención, siempre hablando en francés con esa voz acariciadora y gutural —el alemán no se le daba para nada— con el cigarrillo en la boca y el humo que parecía niebla estancada dentro del cuarto. En aquellas noches, en el fondo se escuchaban las melodías de Joe Dassin, Sylvie Vartan, Edith Piaf, Hervé Vilard y los clásicos como Charles Aznavour y Jacques Brel. Las otras amigas invitadas (Connie nunca faltaba) y yo nos acomodábamos en la silla del escritorio, en la cama o en unos cojines marroquíes que Carole había traído consigo, esperando que nos sacara a bailar o nos contara dónde y cómo había pasado el último fin de semana con Gérard, su novio 10 años mayor que ella, un Pied-Noir, judío de la Algeria francesa, quien venía a visitarla cada dos semanas.

Pero la apariencia sensual y sofisticada de Carole era en realidad una cortina de humo que encubría una gran tristeza. Si alguien había conocido la soledad era ella, pues desde los 2 años había vivido en internados donde cuidaban de ella día y noche hasta que alguien —el papá, la tía— la recogía para que pasara el fin de semana en el apartamento con sus padres. Un día me dijo: ¿Te imaginas ser así de pequeña, despertar a media noche sucia, con frío, enferma o con miedo y que no haya nadie que llegue a ver qué te pasa? En medio del terror y el llanto tenía que encontrar la forma de volverme a quedar dormida...

Su mamá era una sobreviviente de un campo de concentración en el cual había perdido a sus padres y su hermano mayor. Se

llamaba Lily. Ella y su hermana Luisa eran muy hermosas, y al escuchar su historia yo imaginé que quizá gracias a ello habían sido perdonadas, rescatadas de la muerte por alguien que se había compadecido de las bellas jóvenes. Pero era indudable que algún terrible precio habían tenido que pagar para seguir con vida. La mamá de Carole poseía un estado mental sumamente frágil y ciertos detalles, inexplicables para todos los demás, le provocaban arranques de locura que la sumían en un mundo rabioso y delirante donde nadie podía alcanzarla. De pronto, cenando en un elegante restaurante en Ginebra, algo la provocó, y yo la vi gritarle a su esposo que recordara que ella se había casado con él únicamente por dinero, mientras Carole inclinaba la cabeza y se enjugaba las lágrimas con la servilleta. En otra ocasión, cuando me invitaron a París un fin de semana, al cruzar la frontera le pidieron su pasaporte, y ella se arremangó la manga de su blusa de seda para mostrarle a los guardias el número que le habían tatuado, y comenzó a gritar que no tenía por qué enseñarles nada, que eran ellos los que le debían respeto, porque: Mírenme, mírenme, yo estuve en Auschwitz, yo soy una sobreviviente de ese campo de concentración... El papá de Carole extendía su brazo y le acariciaba suavemente el hombro para calmarla y hacerla volver al presente.

Don Joseph era mucho mayor que su esposa, y también había padecido las humillaciones de la persecución; tenía la mano izquierda mutilada y le faltaban dos dedos. Pero por lo que pude notar, había dejado atrás esa experiencia. Lo intuyo así porque había logrado preservar su razón intacta y un espíritu lleno de gracia y benevolencia. Cuando me sacaban de paseo, él se aseguraba de que yo recibiera el mismo trato cariñoso, y a su vez, todos los lindos regalos que le daba a su hija, ya fuera un vestido largo de última moda, unas medias que nos hacían falta, o cualquier golosina que a ella se le antojara. Aunque Carole ahora buscaba refugio en él porque acercarse a su mamá le era imposible, creo que lo sufrido de pequeña la acompañaba siempre.

Para el acto de clausura de fin de año, Fräulein Wiesner decidió que, en lo que correspondía a la sección de alemán, se presentaría uno de los cinco actos de *Maria Stuart*, la obra de teatro en verso de Friedrich Schiller. Fräulein Hamann sería Isabel, la reina de Inglaterra, y yo María, la reina de Escocia. La escena muestra una

visita ficticia entre las dos reinas donde surge un altercado mordaz cuando María Estuardo niega la sumisión que Elizabeth espera de ella, siendo este momento el principio del trágico fin de la reina escocesa. Es una escena compleja, difícil de representar; posiblemente ponía a prueba hasta a las actrices más respetadas, y a pesar de ello, Fräulein Wiesner me había dado el papel a mí, ¡si en mi vida había actuado ni tan siquiera de soldado en la clausura del Kindergarten! Fue un privilegio y una verdadera tortura, pero tuve que afrontarlo. Afortunadamente Fräulein Hamann me tuvo mucha paciencia y logró hacerme reír en los momentos que estuve a punto de abandonar el esfuerzo y darme por vencida.

Terminaron las clases, nos entregaron las notas, dijimos adiós a las maestras y el personal, hicimos nuestras maletas, y comenzaron las tristes despedidas a medida que cada amiga se iba marchando. Nunca se cumplirían las promeses de escribirnos pronto, de volvernos a ver en el futuro.

A través de la oficina reservé un taxi para que me llevara a cierta hora a la estación de tren. Carole me había cortado el pelo al estilo Sylvie Vartan, y al verme por última vez en el pequeño espejo del cuarto, me sentí mayor; ciertamente no era la misma niña que llegara un año antes. De pronto miss Bell vino a avisarme que el taxi me esperaba abajo. Bajé las gradas cargando mi única maleta que ahora pesaba una tonelada y que sin duda sería un gran problema para el viaje. Llegué al patio y no encontraba el taxi. Frente a la puerta solo había un automóvil y un señor... ¡Pero si el señor se parecía a Vati! ¡Era Vati! ¿Cómo es que no me había avisado que llegaba? ¿Y qué estaba haciendo allí? Aprovechando un viaje de negocios, había decidido sorprenderme. Estaba allí para llevarme a casa.

En 1946, cuando su hija Melanie nació, Wilhelm estaba decepcionado; hubiera preferido otro varón. Erika y él incluso tenían el nombre escogido, Leopold. Según Wilhelm, el cuidado de una niña era peor que estar a cargo de un costal lleno de pulgas: *Ein Sack voll von Flöhen!*

Al año siguiente, Erika quedó encinta de nuevo, esta vez con un varoncito, pero lastimosamente lo perdió. En los meses que siguieron Erika despertaba con frecuencia agitada, bañada en sudor, con pesadillas horrorosas en las cuales algo le sucedía a su única niña. Melanie era *ein Sonntagskind*, una niña de domingo, nacida el último domingo de invierno, pero el primer domingo de sol del primer año de paz después de la guerra. Y Wilhelm se resignó durante los primeros meses a su presencia para luego sucumbir a los encantos de la niña.

A los pocos meses, acompañada de sus padres y su hermano, Melanie fue llevada a bautizar en un carruaje tirado por caballos al *Münster* de Herford, la hermosa iglesia construida para darle la bienvenida a los nuevos fieles protestantes.

Para Martin, ya de 14 años, la llegada de una hermanita fue un verdadero regalo porque la niña vino a sacar a su padre, y en especial a Erika, del ensimismamiento en que vivían. Era como si a la casa le hubiesen encendido la luz, abierto puertas y ventanas, y una corriente de aire fresco la recorriera de punta a punta llevándose el pesimismo acumulado de los últimos años llenando el ambiente de posibilidades. Erika fumaba menos, y a pesar de que se había multiplicado el trabajo con las comidas de la recién nacida y los pañales por lavar, de pronto tenía tiempo otra vez para preparar los platillos y postres que eran su especialidad. Wilhelm platicaba más, y volvió a ser el hombre chistoso y afable que había sido en sus mejores días. Su paso se había vuelto más ligero y sus ojos volvían a irradiar luz. Claro, el nacimiento de la pequeña coincidió también con la implementación de un nuevo orden, y con ello, la llegada de la esperanza y la ilusión de vivir en una nación libre y en paz.

La Conferencia de Potsdam, efectuada en julio y agosto de 1945, reunió en Berlín a las cabezas de tres de los países con derecho a reclamar reparaciones de guerra a Alemania: Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia. Su objetivo era determinar cómo administrar la

Alemania nazi que se había rendido incondicionalmente dos meses antes.

Uno de los acuerdos a los que llegaron fue retroceder la frontera del país hacia el oeste, reduciendo su territorio en un veinticinco por ciento comparado con el que abarcara en 1937 bajo Hitler. Más importante aún, quedó establecido que tanto Alemania como Austria serían divididos en cuatro zonas, una por querellante, más una parte para Francia que también tenía derecho, con una división similar en sus respectivas capitales, Berlín y Viena. El propósito general del tratado era la desmilitarización, desnazificación, democratización y la descentralización de ambos países. En ese momento, Rusia ya tenía bajo su control los estados bálticos, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumania. Stalin había implementado un gobierno comunista en Polonia, e insistió en que era imperativo para Rusia retener estos controles, no solo porque dichos países estaban en su esfera de influencia sino, principalmente, porque Rusia necesitaba el territorio como barrera de defensa. Sin duda conscientes de las implicaciones de aceptar las condiciones de Stalin en esta negociación, en aras de la paz, los representantes de los aliados, el presidente norteamericano Harry S. Truman y el primer ministro inglés Clement Attlee, de un plumazo cedieron además de los territorios, a los cien millones de personas que los habitaban. Afortunados los europeos que escaparon a esa suerte, como se comenzaría a comprobar apenas unos meses más tarde.

La región de Westfalia, donde está situada Herford, había sido liberada por el ejército inglés. Sin embargo, los acuerdos que surgieron a partir de diciembre de 1946 empezaron a unificar las zonas de ocupación de Gran Bretaña y Estados Unidos gracias a intereses económicos comunes. La así llamada *Bi-zone* fue el primer paso para orquestar la partición del país. Para 1948, la zona francesa se había adherido, y Alemania del Oeste quedó establecida bajo el sistema democrático, mientras que la Alemania del Este permaneció bajo la hoz y el martillo del comunismo de Stalin. Rusia había mostrado interés en participar en la reunificación total del país, pero los países aliados rechazaron todas sus propuestas temiendo las intenciones expansionistas territoriales y políticas de Stalin, a quien Churchill había llamado un diabólico tirano al frente

de un sistema vil.

A razón de este tratado, la vida cotidiana de los habitantes de la región comenzaba a apaciguarse bajo la supervisión, primero, de tropas inglesas, y más adelante, de americanas. Wilhelm seguía trabajando en Leineweber, la gran hilandería situada en las afueras del pueblo. Como hablaba inglés perfectamente, lo ascendieron de inmediato a capataz, asignándole a su vez una de las casas situadas en la *Zimmerstrasse*, a un par de cuadras de la fábrica. Al fondo, en la misma calle, se divisaban las instalaciones y la enorme chimenea de la fábrica de chocolate fino Weinrich construidas en 1895. A cierta hora del día, el olor a chocolate permeaba el entorno con un aroma dulce y cremoso provocando una sensación de bienestar a todos los vecinos, en especial a las señoras y los niños.

Martin comenzó a asistir al *Gymnasium* para hombres que quedaba en el centro de la ciudad, a unos 20 minutos a pie de la casa tomando la *Bielefelder Strasse*. La escuela superior se especializaba en idiomas (alemán, latín, inglés y francés), matemáticas y ciencias naturales. Martin cursaría allí los próximos cinco años hasta completar su diploma de bachiller en 1951.

Desde el inicio, Martin descubrió que muchos de sus compañeros eran veteranos de guerra que habían vuelto caminando, a veces durante meses, desde el frente. Estos jóvenes que pelearon siendo menores de edad y que se contaban entre los dichosos sobrevivientes, regresaron a terminar el *Abitur*. En los recreos, mientras Martin y Albert jugaban fútbol en el patio como cualquier chico de su edad, esos muchachos se iban a la *Kneipe* a tomar cerveza o Steinhäger, el licor típico de Westfalia, y a fumar. Cautivado por el atrevimiento de estos compañeros, Martin aprendió a fumar en el primer año en el *Gymnasium*.

En los fines de semana, cuando el clima lo permitía, se ofrecía a llevar a Melanie a pasear por los bosques que circundaban el pueblo o a jugar a la orilla de los ríos Aa y Werre, que se cruzan en el centro de la pequeña ciudad. Melanie podía pasar horas en cuclillas chapoteando en el agua y recolectando piedrecitas blancas que Martin guardaba en sus bolsillos. Al llegar a casa, juntos colocaban con cuidado el botín en el sillar de la ventana del cuarto de la niña, no sin que antes ella las contara de nuevo, una por una, para ver en cuánto había aumentado su colección. Martin aprovechaba esos

paseos para encender un cigarrillo o la pipa que su papá daba por perdida. Aunque ambos padres fumaban, no le permitían a él hacerlo en su presencia.

Cuando Martin concluyó el *Abitur*, Wilhelm decidió que finalmente había llegado la hora de volver a casa. En ese momento estaba álgido el problema de la guerra de Corea y pensó: Otra guerra mundial, y esta vez se llevan a mi hijo al ejército. ¡No podría soportarlo! Antes me devuelvo a Centroamérica y me escondo en la selva. Esa loca idea provenía directamente de Kurt Hahn, un alemán al que habían sacado de la selva de Honduras para llevarlo al campo de internamiento en Kenedy. Era un leñador casado con una india lacandona y había vivido tan aislado que seguía pensando que el *Kaiser* todavía gobernaba en Alemania. Aún en aquella época, las selvas en Centroamérica eran lugares totalmente incomunicados, conocidos únicamente por los chicleros y los que extraían maderas preciosas. El pobre Kurt había sido una víctima más de los americanos que querían contrariar los intereses comerciales de los alemanes en América Latina aprovechando su situación ventajosa. Usaron como excusa que el nazismo se podía propagar, pero en esas regiones recónditas no existía ni con quién hablar, mucho menos alguien que entendiera y quisiera escuchar las peroratas de Hitler.

Cuando estaban a pocos días de su regreso a San Salvador, a principios de marzo, los Kretschmann hicieron una última visita a unos refugiados de Alemania del Este. Horst, un amigo de Wilhelm en la fábrica, le contó que su familia le daba asilo en el único espacio disponible que le quedaba, el pequeño cobertizo donde guardaba los implementos de jardinería. Carecía de calefacción y el invierno ese año era particularmente crudo. Sabiendo que pronto se mudarían a tierras cálidas, el amigo le preguntó a Wilhelm si consideraría donarles su ropa de invierno, sobre todo los abrigos gruesos porque naturalmente en El Salvador ya no los necesitarían.

Había oscurecido cuando doblaron la *Zimmerstrasse* buscando la estación del tren. La casa de Horst quedaba en ese vecindario. Erika llevaba en una mano la maleta cargada de ropa y, en la otra, a Melanie porque en casa no tenían con quien dejarla. Al llegar al cobertizo que servía de albergue descubrieron a la familia completa. La mamá llevaba un bebé en brazos enrollado en una frazada que parecía ser el cobertor de la cama y la acompañaban dos niños más.

Cuando el papá se asomó a la puerta, Melanie soltó la mano de Erika y se echó a correr despavorida. El señor había sido piloto de la *Wehrmacht*. Derribaron su avión, y había perdido todo el cabello, sus ojos no tenían párpados y su cara estaba prácticamente derretida.

Frau Elena, la mamá de Wilhelm, tomó la decisión de permanecer en Herford en casa de Paule, un muchacho que adoptó cuando Wilhelm se fue a América. Era hijo de Christa, su hermana menor que falleció muy joven. Paule había llegado un par de años después siguiendo a Frau Elena a Herford, y allí conoció a Lotti, una chica sumamente inteligente que trabajaba para el gobierno americano. Paule y Lotti estaban hechos uno para el otro y lo reconocieron inmediatamente. Frau Elena vivía ahora con ellos porque no tuvieron niños. Eran personas muy atentas con ella. Wilhelm no tenía por qué preocuparse.

De regreso a El Salvador, la última escala del barco fue en La Habana, Cuba. Melanie cumplió allí 5 años. Se quedaron en una casa de dos pisos, y una noche, el ruido de una tormenta muy fuerte la hizo despertar sin saber dónde estaba. Una señora dulce que hablaba en español la tomó en sus brazos y le dijo: no te preocupes pequeña, vamos a llamar a tu mamá para que vuelva. Eso es todo lo que Melanie recuerda de esa visita. En cambio Martin no olvidó nunca el viaje que lo llevó a conocer sus raíces. Tenía 19 años.

Después de pasar la primera noche en la pensión donde se hospedaron y compartir en familia el desayuno de frutas tropicales, pan dulce y café con leche, con la ayuda de un mapa y el papel donde su papá le había anotado la dirección, Martin salió a pie en busca de la casa de Carmen, y tocó a la puerta. Ella corrió a abrir; no había visto a Martin desde que tenía 4 años. Martin le extendió la mano en un saludo convencional, pero ella no dudó en acercarse y lo abrazó emocionada. Te he estado esperando, dijo Carmen, y lo pasó adelante a la sala de su casa en la que vivía sola. Un jarrón azul cargado de flores estaba puesto en el centro de la mesa. Hay tantas cosas que quiero que hagamos juntos en estos días, le dijo. Los primeros instantes resultaron un poco incómodos, Carmen lo miraba exaltada, y Martin no sabía qué hacer con tanta atención. Pero pronto encontraron intereses en común para conversar como los deportes, los estudios de Martin y el viaje que habían

emprendido recientemente.

Al parecer, el primer día fueron a la playa. Atrás de una fotografía, anotado con lápiz se lee: “Playa de Varadero”. El día parece nublado y, sin embargo, Carmen y Martin en traje de baño muestran sus atléticas figuras sonriendo de forma natural y franca. En otra fotografía aparece una fila de señores ataviados con gorras, chalecos de cacería, cinturones cargados de tiros y botas. Llevan rifles o escopetas al hombro y están acompañados por un perro. Entre el grupo está Martin, quien fue siempre muy buen tirador. En otras fotos aparece practicando esgrima, florete en mano frente a Ramón, el entrenador de Carmen, que por lo visto seguía dando clases, aunque ya mayor y con una barriga respetable. En esa misma pista, veinte años atrás se habían conocido sus padres. La foto más memorable de todas es esa donde aparecen Carmen y Martin montando caballos negros brillosos con una estampa extraordinaria. Carmen sobre su caballo Joe, y Martin sobre el Faraón. Con una mirada cargada de dulzura, Carmen mira a Martin como si quisiera tragárselo con los ojos. Martin mira al frente complacido. Seguramente montaron en el hipódromo y en la playa, cosa que les daría mucho placer a ambos. Martin tenía una forma muy natural para dominar al animal, y Carmen reconocería algo de ella en él.

La última noche en La Habana, Carmen invitó a tres parejas de amigos a despedir a su hijo que regresaba a Centroamérica. En la foto están sentados alrededor de una mesa con mantel blanco. Se puede escuchar la música de boleros en el fondo, si uno afina el oído. Desde la cabecera, Carmen le ofrece una sonrisa deslumbrante al fotógrafo. Su pelo ondulado está recogido elegantemente. Viste una blusa de verano escotada con un estampado de flores. A ambos lados de ella están sentados sus amigos. Martin aparece al otro lado de la mesa vestido formalmente con un traje claro, camisa blanca y corbata. Tiene una cara seria e impenetrable; no mira al fotógrafo.

Después de pasar días plenos, repletos de actividades, conociendo la ciudad, degustando los platillos tradicionales de la cocina cubana como moros y cristianos, yuca con mojo, tostones de plátano y lechón rostizado —platillos que Martin saboreó con deleite y llevó consigo más tarde a Guatemala para incorporarlos al menú de su hogar— en algún momento, estando a solas en la casa

al final del día, Carmen habrá encontrado el momento para hablar con su hijo.

No sé si sabes que soy judía. Mi nombre completo es Edith Anni Helene Blumenthal und Berges. Espera un momento, dice a Martin. Se levanta, y desaparece durante unos minutos en su habitación para volver trayendo una caja de cuero llena de fotografías. Esta es la casa en Hamburgo donde nací y viví hasta 1931, cuando vine a Cuba. Mírame aquí; estos fueron mis compañeros en el barco durante el viaje de travesía. Éstos son mis padres, tus abuelos. Quiero que conozcas sus nombres, Daniel y Helene. Y ella es Minna, mi única hermana, dos años menor que yo. Mi madre y mi hermana vinieron a Cuba a conocerte cuando tenías un año y medio.

Ninguno de ellos vive ya. Mi padre murió en enero de 1939, después de la *Krystallnacht*, con el alma destrozada. Lo último que supe sobre mi madre y mi hermana es que estaban en la lista de de portación para Auschwitz a principios de 1942. Después de la guerra fui a buscarlas, pero no quedaba rastro de ellas. Soy la única sobreviviente de mi familia, sabrá Dios por qué. He llegado a pensar que lo único que me ataba fuertemente a la vida era esperar a que llegara este momento en que nos sentásemos tú y yo, uno frente al otro, tú ya de adulto para poder comprender todas las implicaciones de odio que esconde la palabra prejuicio. Siempre seré judía y alemana pero sobre todo, ahora soy cubana. Esta isla me acogió, me adoptó y me salvó la vida. Tú eres también judío, alemán y cubano, ¿lo ves ahora? Igual que yo.

La familia arribó a San Salvador en Semana Santa, diez años después de que Wilhelm fuera deportado al campo de concentración en Kenedy, Texas. Ni en su cálculo más pesimista hubiera acertado a adivinar cuán prolongado sería su exilio. Ya había olvidado lo que era ese calor sofocante, espantoso, que derretía el cuerpo haciendo que la ropa se empapara y se pegara como sello. Mientras buscaba una casa para alquilar, Wilhelm volvió a hospedarse en la casa de Mami Busta, quien aún vivía y no paraba de celebrar al hombre tan guapo en el que se había convertido Martincito, y el pelo rojo de su hermanita.

La primera diligencia de Martin a su llegada fue inscribirse en la UES, la Universidad de El Salvador, en la Facultad de Economía. Pero no tardó mucho en descubrir que en el primer año daban los

cursos que él ya había tomado en el penúltimo año del *Abitur* en Alemania. A Martin le pareció una pérdida de tiempo enorme, dejó la universidad y se inscribió en cursos por correspondencia con una universidad norteamericana llamada La Salle, desde donde le enviaban las lecciones y las lecturas para su estudio mientras él mandaba de regreso las tareas, todo a través de correo aéreo.

Para su gran alivio, con las buenas referencias que tenía de sus trabajos anteriores con los Schmidt y Leineweber, Wilhelm consiguió en pocas semanas un puesto como gerente de la Finca San Francisco, donde una de las familias mejor establecidas en El Salvador, de apellido Solares, producía café. Además de vivir allí, los dueños tenían casas en la finca para los empleados y los mayordomos, y el señor Solares le alquiló una de ellas a Wilhelm. Hacia allá se mudó entonces la familia. Aunque llevarían la vida retirada y tranquila de finca, la ciudad quedaba apenas a una media hora en carro. Melanie asistiría al colegio sin recorrer un camino largo, y Erika podría visitar a familiares y amigos y hacer todo tipo de mandados sin mayor contratiempo. Dentro de la finca, todos los días, Wilhelm y Martin se movilizaban a caballo.

El señor Solares tenía muchos negocios, entre ellos, una ferretería llamada El Águila. La empresa también vendía tractores John Deer y Caterpillar, fertilizantes y equipo agrícola. Martin vio la posibilidad de ir a San Miguel a vender los tractores y el fertilizante; al señor Solares le pareció muy buena idea y, ya con su venia, Martin se mudó para abrir una pequeña oficina como representante de sus negocios.

Un día Martin llegó a regalarle a Melanie un perico que había entrado volando por la ventana y se había posado en su escritorio. Encantada, Melanie colocó al periquito en una jaula colgada del alero de la cocina. Cada vez que lo escuchaba trinar, le daba de comer, y limpiaba la jaula se acordaba de su hermano, esperando ansiosa que llegara el fin de semana para verlo. Pero un día el perico llamado Piolín, aprovechó un descuido de Melanie para saltar de la jaula. Silvio, el viejo gato que pertenecía a la finca, de un zarpazo mató a Piolín. Muy entretenido en desplumarlo estaba cuando el doberman de Wilhelm, Cato, de un mordisco y con un zangoloteo vigoroso mató al gato, así que fue una tragedia griega en serie. Melanie, consternada, tuvo que presenciar el entierro de las

víctimas bajo el árbol de aguacate. Cuando llegó Martin el siguiente fin de semana, Melanie salió a encontrarlo y le relató, con lágrimas en los ojos, el episodio sangriento. Y de paso, le juró que cuando fuera grande no habría animales en su casa.

En los días de descanso, Martin aprovechaba para salir de fiesta a la ciudad. Erika había comenzado a hacer un pan de granos enteros. Era un pan compacto, pesado, negro, y cuando iba a salir Martin con amigos por la noche, Erika le daba dos tajadas con manteca y sardinas en aceite para que tuviera una base de grasa para absorber el alcohol.

En esos días, la música favorita de Martin era la de Lucho Gatica que volvía locos a todos, incluyendo a las empleadas y al jardinero, porque a él le gustaba escucharla a todo volumen. Cuando invitaba a alguna muchacha a salir —a las jóvenes no las dejaban ir solas con él— se llevaba a Melanie de coartada, y la pobre se daba unas aburridas espantosas pues recibía más de lo mismo. Si iban con las muchachas en el carro, Martin se apresuraba a encontrar la estación de radio que estuviera tocando la música de Lucho Gatica. Al llegar a la casa de alguna amiga, Martin se encargaba de presentarle la última balada de Lucho Gatica, por si no la conocía. Cuando Martin invitaba a su hermana a pasar un domingo en el mar, en el carro ponía esa música a todo volumen, y los bajos retumbaban alrededor de Melanie hasta que sentía que la cabeza le iba a estallar. A consecuencia de esos paseos, Melanie paró conociendo tan bien a Lucho Gatica como Martin, y cuando se aprendió las canciones de memoria, se unía a él para cantarlas mientras se deslizaban por la carretera a la playa en el escarabajo Volkswagen que se había comprado Martin con sus primeros ahorros. “Ya no estás más a mi lado corazón...” o “Y tú me acostumbraste, a todas esas cosas, y tú me enseñaste, que son maravillosas...”. Una vez formando parte del trío, Melanie ni siquiera se daba cuenta del tiempo que transcurría hasta llegar al balneario.

Al cabo de un año de demostrar a los finqueros de San Miguel las cualidades de cada modelo de tractor y los beneficios de usar los fertilizantes que precisaba cada cosecha, Martin decidió ir a probar suerte a Guatemala con la ilusión de conseguir empleo con un buen amigo de su papá, el Sr. Federico Boef, dueño de una oficina de representaciones. Wilhelm no había vuelto a verlo desde que

trabajaban juntos para los Schmidt hacía más de 10 años. Pero de inmediato se sentó a escribir una carta de recomendación para que Martin la presentara a don Federico, quien a los pocos días lo recibió sorprendido y de muy buen agrado.

A Melanie el tiempo se le hacía eterno; su hermano llevaba ya un año trabajando en Guatemala. Ella y sus padres vivían ahora en un chalet de la colonia Escalón en donde había un patio interior que daba a la ventana de su dormitorio. Una tarde, al regresar del colegio, entró directamente al estudio de Wilhelm con la idea de terminar sus tareas y encontró sobre la silla un álbum de fotografías. Lo tomó en sus manos, y llena de curiosidad, salió al patio a sentarse en la grada para ojearlo. De pronto comenzó a ver las fotos de su hermano en brazos de una señora desconocida. ¿Cómo es que ella no había visto este álbum hasta entonces? Casi no existían fotos de Martin de pequeño en la casa. Cruzó por su mente la idea de que, sin duda, lo mantendrían escondido. Llena de dudas se levantó y fue directamente a preguntarle a Erika, pues no entendía de dónde había salido esa señora blanca y guapa que cargaba a su hermano. ¿Y por qué no estás tú allí? ¿Dónde estabas tú entonces? Martin es el hijo del primer matrimonio de Wilhelm, le contestó Erika secamente. Y allí acabó la explicación. Lo único que ella sabía era que su hermano había nacido en Cuba. ¿Será que en eso pensaba su papá cuando cantaba: “Cuando salí de Cuba, dejé mi vida, dejé mi amor. Cuando salí de Cuba, dejé enterrado mi corazón”? ¡Hubo otra mujer en su vida! Por eso se oía tan triste cuando la cantaba... ¡Allí había dejado su corazón!

A Melanie se le cayó el mundo porque su hermano era su ídolo, era todo para ella, y ahora resultaba que solamente era la mitad de ella. ¿Por qué ni sus padres ni su hermano se lo habían dicho antes?

Al regresar de Suiza comencé a trabajar en la oficina de mis papás. Yo ya no era la misma. Pero ¿qué había cambiado? La distancia y el transcurso de un solo año me habían permitido reconocer que yo podía regir mi vida, escoger amigos, usar mi dinero con mesura, tomar decisiones sin hacerle daño a nadie. En otras palabras, sabía cuidarme sola, y al menos emocionalmente, me había soltado de la mano de mis papás. Vati y Mutti nos habían preparado para ello, querían que todos sus hijos llegaran a ser personas ingeniosas, trabajadoras e íntegras, y podían aspirar a ello porque ambos eran buenos ejemplos. Yo sentía que había arribado a un buen lugar. Creía conocer bien a Vati y haber completado, gracias a él, mi educación. No obstante, resultó que aún tenía mucho por aprender.

En pocos meses comenzaron a llegar a casa, después de las horas de trabajo, jóvenes de toda clase y oficio que me pretendían. Vati me aconsejaba: debes de pensar mal de cada uno hasta que pruebe lo contrario. En cambio yo, de inclinación idealista o ingenua, tenía la propensión a mirar únicamente lo bueno en cada muchacho hasta que aparecía el desengaño, y con ello, el dolor de corazón. Por lo visto seguía apegada a mi teoría de que el amor llegaría en dos movimientos. Y todos aprobaban el primero; todos me encantaban, todos atraían mi atención. Pero a la hora de recolectar esos pequeños detalles que harían que ese encanto perdurara para siempre, todos fallaban, si no por una cosa, por otra. Y si no era yo la que perdía el interés por ellos, eran ellos los que lo perdían por mí. De un día a otro me miraban como si fuese una copa de champán que ha perdido sus burbujas. Vati estaba siempre al tanto de lo que sucedía con este ir y venir de los jóvenes, pero no le daba importancia, ni emitía opinión.

Un buen día, un amigo del Colegio Americano llamado Antonio me dijo que quería presentarme a su hermano mayor, muy inteligente, divorciado, quien había vivido en New York y estaba de paso por Guatemala. Me pareció interesante y acepté encantada.

Al día siguiente por la noche pasaron los dos a casa a recogerme. Lo primero que me llamó la atención del hermano de Antonio fue cuán distinto era. Antonio era blanco, gordito y de estatura mediana. Luis era muy alto y delgado, de piel oscura, ojos achinados y pómulos salientes. Tenía una mirada intensa, cabello

ondulado, frente alta y nariz aquilina. Me saludó muy formalmente, y luego salimos los tres a tomar un café. Pasamos un par de horas hablando de filosofía y libros, de la vida en Estados Unidos y en Suiza, de lo que hacíamos para ganarnos la vida. Yo tenía un gran amor por Antonio porque siempre fue muy dulce conmigo. Me trataba como si yo hubiera sido su hermana pequeña. Solía decirme: Algún día, cuando seamos mayores, después de muchos años volveremos a encontrarnos. Yo seré un gran médico y usted será una gran señora. Yo quiero ser algo más que una señora gorda, le decía yo, atacada de la risa. Pero a la vez, sus palabras me servían de aliciente para buscarle un rumbo productivo y digno a mi vida.

La próxima vez que nos vimos con Luis, él vino con su amigo Andrés a buscarme. Me molestó que no fuera con Antonio, pero pronto me pasó el enojo. Luis me llevaba un poema escrito por él. Aún hoy lamento haberlo perdido porque era realmente bello y original. Estaba escrito a mano sobre una hoja de papel rayado, y de forma elegante, íntima y melodiosa decía que yo era una mujer completa, que no había nacido para casarme, que un vestido de boda sería como una mortaja para mí, etc., etc., etc. Mientras lo leía, el corazón me palpitaba con fuerza en el pecho. El poema fue, prácticamente, ese segundo movimiento que nunca se había dado antes en mí, y en ese instante, con ese único gesto, Luis me deslumbró alcanzando a fijar toda mi atención en él. ¡Luis me podía ver! Sabía quién era yo, no me quería como una posesión, sino me respetaba como un ser capaz e independiente. Corrí con el poema en la mano a enseñárselo a mi Vati. Tengo que decir que es un poema muy bueno, me dijo.

El siguiente fin de semana, Luis me invitó a conocer a su abuelo paterno que vivía en San Andrés Itzapa, un municipio de Chimaltenango. Su casita estaba hecha de adobe y tenía techo de paja; quedaba a la orilla del pueblo con vista a una hondonada. Por afuera, la vivienda estaba pintada de blanco con una franja color zapote pegada al piso. Llegamos a la hora del almuerzo y nos sentamos a la mesa con el anciano a quien atendía una señora como de treinta años. Luis me presentó como su novia. Nos sirvieron tortillas y un caldo ralo con vegetales y pedacitos de pollo. Luis platicaba con su abuelo sobre las cosechas, los tíos y los primos que todavía vivían en el pueblo, y los perros que nos rondaban entre las

piernas bajo la mesa. Recuerdo que uno se llamaba Bandido. Después del café con pan dulce, Luis le dijo a su abuelo, me voy al cuarto a descansar con Margarita. Luego nos muestra los sembrados.

Luis me tomó de la mano y cruzamos un patio donde crecían pinos y cipreces. Entramos en un cuarto pequeño, y Luis se acercó a la ventana que miraba al patio para cerrar las cortinas. La habitación tenía dos camas estrechas, duras como piedra, con almohadas de algodón apelotonado y un poncho doblado a los pies. Venga aquí conmigo, me dijo Luis, arrastrándome suavemente a una de ellas. No nos quitamos la ropa, pero yo nunca había estado a solas con alguien en un cuarto. Su cuerpo olía a humo y tierra mojada. Fue tierno y gentil conmigo. En medio de retozos inocentes, tuve una idea de lo que sería hacer el amor con él, y me sentí cómoda; supe que me gustaría. Con el pelo alborotado y la ropa empapada de sudor fuimos más tarde, cuando la luz atenuaba, a recorrer los cafetales con el abuelo.

Luis estudiaba budismo, había aprendido sánscrito y tenía un puesto en una universidad de Costa Rica para dar cátedra en esas materias. No tenía, pues, mucho tiempo que perder en Guatemala, y quizá por esa razón me dijo que iría de una vez a pedir mi mano a mis papás antes de irse porque quería que me fuera a vivir con él. Apenas teníamos un mes de conocernos.

Vati lo recibió de forma cortés pero fría. Luis fue al grano, y sin haber tan siquiera terminado de beber la copa de vino tinto que mi papá le había servido, le dijo que quería casarse conmigo cuanto antes, pues ya tenía un buen trabajo en Costa Rica al que debía presentarse. Mi papá no se aguantó y le recordó el poema que me había escrito. ¿Se da cuenta que Ud. ahora pretende encerrar a Margarita en el ataúd que Ud. tan bien describe en su poema? Luis lo miró como diciendo, ¡señor, usted no entiende nada! Vati le sostuvo la mirada, y luego le preguntó cuál era su plan de vida. Para mi sorpresa, Luis le respondió que algún día iba a ser lama. Mi papá se quedó atónito, y con una lógica aplastante le respondió que entonces no tenía sentido casarse. ¿Por cuánto tiempo piensa usted permanecer casado? Yo sudaba de la angustia, y creo que mi mamá también, pero ambas estábamos en bandos opuestos. Lo único que puedo asegurarle es que a su hija nunca le hará falta nada, que en

nuestra casa habrá siempre pan sobre la mesa, respondió Luis con aire altivo. Mi papá se quedó callado. Por supuesto que no estaba convencido y no iba a dar su consentimiento a algo que no le parecía. Así que la velada quedó truncada. Se fue Luis, y quedamos de vernos en Costa Rica; tarde o temprano mi papá tendría que entrar en razón.

En los días que siguieron, yo me escondía de Vati en la oficina, y cuando llegaba a casa por las noches, tomaba un libro y me dirigía a la sala donde él estaba sentado en su sillón favorito junto a la chimenea leyendo un libro también, en lo que mi mamá preparaba la cena para la familia con la Luciana. Yo no podía concentrarme en la lectura, pero aparentaba que lo hacía sin haberle dirigido ni tan siquiera un "buenas noches" a mi papá. Él tampoco decía nada.

A pesar de encontrarme en este impasse, a las pocas semanas logré escaparme a Costa Rica a visitar a Luis. Como mi papá me había negado el permiso para irme una semana —todavía no tienes derecho a pedir vacaciones— aproveché un fin de semana largo para el viaje. Me hospedé en casa de Luis, en la habitación de su hermana Marina. Antonio había llegado también, y comencé a darme cuenta de la dinámica bajo la cual se regía la familia. Mi amigo Antonio era el niño sándwich, el de en medio, el más considerado y responsable, el que se preocupaba por el bienestar de todos, incluyendo el de Sergio, su hermano menor que era retrasado mental. Sergio usaba gafas muy gruesas y llevaba el pelo rizado parado, a lo Einstein. Se sentaba al final de la mesa bajo el constante monitoreo de su mamá. A veces interrumpía la conversación haciendo conjeturas lúcidas que Antonio le celebraba. Luis no era tan generoso. Después de todo, él era el cerebro de la familia, como constaba por la serie de diplomas y reconocimientos que había recibido tanto en el colegio como en la universidad. Disfrutaba claramente del respeto de su padre, la admiración de su hermana, pero en especial, de la adoración absoluta de su mamá. Mira que te estás llevando la joya de esta familia, me dijo ella con aire cariñoso, al mismo tiempo que se quitaba una cadena con una cruz dorada del cuello y me la colgaba a mí. Antonio contemplaba la escena de lejos con cara triste. Y Luis también lo observaba todo y a todos, pero sin comprometer el corazón de la manera que lo hacía Antonio. El objetivo de los lamas es no desear nada, me dijo

un día. Quizá desde entonces él comenzaba ya a desprenderse de lo material. ¿Sería yo el último vínculo que rompería antes de marchar?

Luis me llevó a pasar el fin de semana a Playa Jacó, como a dos horas de la capital. En una hielera llevábamos la comida que nos preparara su mamá, y enrollados en el baúl, *sleeping bags* para pasar la noche, así que vimos el sol cambiar colores y desaparecer en el horizonte. Cuando se prendió la luz de la luna, Luis hizo una fogata y calentamos la sopa, comimos nuestros panes con aguacate y frijoles, y platicando de nuestro futuro nos quedamos dormidos. En su matrimonio anterior, que había durado un año, no tuvieron hijos, y eso hacía todo más fácil para nosotros. A media noche escuchamos un ruido extraño y sentimos algo como si fuesen arañas gigantes o pulpos trepando sobre nosotros. Cuando abrí los ojos, miles de cangrejos que se movían como una inmensa ola naranja estaban por todos lados cubriendo la superficie completa de la playa hasta donde nuestros ojos alcanzaban a ver. No había nada que hacer más que, con aquel calor, sumirnos hasta el fondo de nuestras bolsas de dormir bajo el riesgo de asfixiarnos esperando a que los malditos cangrejos llegaran a dónde iban y cesaran de caminar sobre nosotros. Fue la peor noche de mi vida, pero al día siguiente, me reí mucho con Luis recordando el percance mientras recogíamos nuestro campamento. Si quiere que esta niña llegue virgen, va a tener que arreglar rápido la boda, recuerdo que Luis le dijo a su mamá al regresar. Esta frase se quedó siempre conmigo; siendo un hombre que había estado casado, me enterneció que fuera tan paciente y delicado conmigo.

En la oficina era imposible aburrirse. Vati hacía cada vez más y mejores negocios, y nuestro deber como colaboradores era apoyarlo para que lo que vendía se produjera a tiempo en las fábricas europeas para luego cumplir a satisfacción con los clientes guatemaltecos. Muchos de ellos eran descendientes de familias árabes o judías, y mi papá los apreciaba mucho por la oportunidad y la confianza que le daban.

En esos años, el lujo que se permitieron mis papás cuando tuvieron más ganancias en su oficina fue comprar obras de arte, sobre todo pinturas. Con frecuencia nos llevaban a Tomás, Max, Gerhard y a mí a subastas donde adquirieron un par de cuadros de

artistas guatemaltecos que vinieron a embellecer la casa y a darnos a todos mucho placer. Me recuerdo que una vez paseando por el pueblo de Panajachel, a orillas del lago de Atitlán, fuimos a visitar el taller de Nan Cuz, una artista de descendencia maya/alemana con la que podía identificarme. Vati y Mutti compraron un cuadro conmovedor que representa un entierro, y yo uno pequeño, el de una mujer indígena cargando un niño a sus espaldas. Esta fue la única pertenencia que traje conmigo a la hora de casarme.

Yo trataba de escribirle a Luis por lo menos dos veces por semana y esperaba ansiosa su respuesta con la ilusión de recibir otro poema; como siempre me había gustado tanto la poesía, ¡ese regalo me haría tan feliz! Pero las cartas no llegaban. Seguramente estaba muy ocupado con sus clases en la universidad. Preocupada, le escribía de nuevo. En aquellos años una llamada de larga distancia, si no era de vida o muerte, era inconcebible. Además, estaba mi orgullo de por medio. Y así fueron pasando las semanas, y luego los meses. Yo mandaba cartas, y por las mañanas, cuando revisaba el correo en la oficina, no encontraba ninguna de Luis para mí. Comencé a escribir con menos frecuencia.

Cierto día, antes de salir de viaje, Vati me encargó que le buscara los talonarios de unas chequeras que necesitaba presentar a los contadores para corroborar algunos pagos. Después de terminar mis labores del día, y cuando ya no había nadie en la oficina, comencé a buscarlos diligentemente en su oficina. No estaban en la cómoda detrás de su escritorio donde había archivos importantes, cajas con muestras de Faber—Castell, una de las casas que representaba, catálogos de máquinas textiles y álbumes con fotos tomadas durante sus viajes de negocios donde reconocí a la mayoría de las personas porque habían estado en Guatemala. Revisé luego los archivos metálicos que estaban alineados a un lado del escritorio, pero tampoco estaban los talonarios allí. Faltaba el escritorio de Vati. Comencé por la gaveta del centro donde guardaba sus plumas, los pasaportes cancelados y un cortador de uñas; luego fui a las gavetas laterales bajando una por una. En la última encontré varias tabletas de chocolate escondidas. Tomé un cuadrito de una ya destapada, pero el chocolate negro no era mi favorito. Metí la mano más adentro tratando de pescar otra golosina de mi agrado, y toqué algo que parecía ser las chequeras. Mas, cuál

no sería mi sorpresa al sacarlas y darme cuenta que, atadas con hules en dos paquetes, sin abrir, estaban todas las cartas que yo le había escrito a Luis. No podía creer que Vati, siempre tan ético, tan correcto, me hubiera hecho esto. Sospeché que al mismo tiempo, él habría roto o quemado las cartas que me enviaba Luis, interponiéndose así entre nosotros.

Lo más triste de todo fue mi cobardía. No me atreví a decirle a mi papá que lo había descubierto, que había encontrado las cartas escondidas en su escritorio. Simplemente las dejé en el mismo lugar donde las encontré, y no dije nada a nadie. Tampoco volví a escribir ni una sola carta a quien yo consideraba hasta ese momento mi prometido.

En mi mente comencé a elaborar excusas plausibles para acabar con Luis. ¿En cuánto tiempo decidiría emprender el viaje a Nepal, la cuna del Buda, o a India al encuentro del nirvana, al estado que solo se llega dejando atrás toda búsqueda y todo anhelo? ¿Por qué era tan impaciente y frío con Sergio?, y ¿qué pasaría si algún día teníamos un hijo como él, o como la tía Dora? Además, yo ya había perdido a un papá, ¿estaba dispuesta a perder otro con tal de quedarme con mi gusto y casarme con Luis? En mi defensa, tengo que decir que lo conocía poco. Quizá luego de una relación más larga hubiera podido hacer frente a esta traición. Pero los meses transcurridos en la duda también me habían ido desapegando de Luis y demostrado que la vida sigue en medio de la pena, y que conforme más pasan los días, la pérdida se amortigua hasta asimilarse. Si hubiera sido o no feliz se convierte en una pregunta retórica, pero creo que toda persona tiene derecho a encontrar la respuesta por sí misma. Después de todo, hay muchas maneras de ser feliz.

Decidí entonces que me vendría bien seguir estudiando y fui a tomar los exámenes de admisión a la Universidad de San Carlos, la única estatal. El dinero que ganaba no era suficiente para costear una carrera en una universidad privada, y no quería pedirle dinero a mi papá. Aunque no había cursado el bachillerato, fui aceptada por suficiencia. Estaba decidida a estudiar psicología porque me interesaba entender a fondo el comportamiento humano.

Me ponía el saco y recogía mis cosas para salir una tarde cuando Vati regresó de una cita con un cliente. ¿A dónde vas tan

temprano?, me preguntó. Voy a mi primera clase en la universidad, le dije. Me he inscrito en la Facultad de Psicología en la San Carlos, y la clase empieza a las cinco. Bien, me respondió, hablemos hoy en la noche sobre esto. Nada más decir que esta fue la primera y última clase a la que asistí, pues mi papá me hizo saber que si yo pretendía trabajar en su oficina, tendría que dedicar exactamente las mismas horas que los otros empleados, y si posible, más, para dar el buen ejemplo. Yo que había venido acumulando resentimiento contra él le dije que, siendo así, renunciaba, que buscaría otro empleo donde me diera tiempo de estudiar también. Cómo quieras, me dijo Vati, y allí quedamos.

A la mañana siguiente ya no me presenté en la oficina. Me dediqué a leer todos los anuncios clasificados del periódico y a llamar, cuando era posible, tratando de averiguar más sobre cada puesto. Finalmente, después de casi un mes de angustia porque no encontraba un trabajo con las condiciones ideales que yo pretendía, acepté uno en el Departamento de Contabilidad de la Química Hoechst, donde no solo trabajaba las mismas horas que en la oficina de mis papás, sino que encima, cuando acababa la jornada y para completar el salario que mi papá me pagaba, le daba clases de alemán a mi jefe, un señor chapín tan desagradable que hasta aparecía con papeles estelares en mis pesadillas. Me pedía tantas veces café en el día, que yo corriendo de un lado al otro en cada momento para servirlo parecía una de las afamadas geishas de las historias de Vati. En otras palabras, me quedaba aún menos tiempo que antes, ya sea para estudiar o para salir con amigos.

En el año que estuve, mi jefe no aprendió ni jota de alemán, reflejo sin duda tanto de su incapacidad como de la mía, y, desesperada por tener que copiar tablas gigantescas de números en una máquina de escribir de metro y medio de largo, renuncié y fui a buscar otro empleo, esta vez en una agencia de viajes que representaba a dos compañías alemanas, Lufthansa y Hapag Lloyd.

El nuevo trabajo venía con un elegante uniforme, muy parecido al de las aeromozas de Lufthansa en ese entonces, así que usarlo me daba mucha ilusión. Mis nuevos jefes eran dos señores alemanes que nos trataban con respeto y que me hicieron sentir como parte de la empresa en pocas semanas. En mi nuevo puesto, los días corrían sin sentirlos, como agua entre los dedos porque estaba

ocupada y contenta.

Por las noches salía con amigos que a veces se volvían novios, pero que nunca me duraron más de un par de meses. Impaciente, no quería extender relaciones sentimentales una vez me daba cuenta que no eran lo que yo buscaba. Y como ya dije, a veces eran ellos los que habían encontrado a alguien más afín, alguien que les proporcionaba más seguridad, más dicha, más amor que yo. Algunos no tenían ni el coraje de dejármelo saber en persona, pero hablaban por teléfono para decir cuánto lo lamentaban, ellos no me merecían, habían vuelto con la novia anterior. Otros ni tan siquiera se atrevían a hablar, mandaban un ramo de flores con una tarjetita escrita a mano, y una frase ridícula como: lo siento, pero no pudo ser. La rabia que me daba su cobardía hacía que los borrara de una vez y por todas del mapa. ¡Solo eso me faltaba, emprender toda una vida con gallina semejante! Y por supuesto, ni me pasaba por la mente recordar que a Luis yo le había hecho lo mismo.

Mis hijos dicen que les gusta más cuando su papá cuenta la historia de cómo nos conocimos porque es una versión más romántica que la mía. Y tienen razón.

Pero guardo un recuerdo vívido de la primera vez que invité a Francisco a la casa, una noche a la hora de la cena. La primera complacida con su presencia fue Luciana, porque entre los seis hijos, Tomás era su favorito, y ella confundió a mi amigo con mi hermano. ¡M´hijo!, le dijo al abrir la puerta. Creo que me tiene equivocado, respondió Francisco un poco asustado. Tomás se encontraba todavía finalizando su carrera de ingeniería textil en Alemania. Pasamos directamente al comedor donde ya mis papás y mis otros cuatro hermanos, Max, Gerhard, Carmencita y Hanna conversaban con gran bullicio. Se hizo un silencio absoluto cuando aparecimos en el umbral de la puerta. Mis hermanos me volvieron a ver como preguntando, bueno ¿y ahora este quién es? Mi papá se puso de pie y le mostró a Francisco una silla a mano derecha junto a él, ya que mi mamá estaba sentada a su izquierda. Yo me senté al otro lado de mi mami, en medio de mis hermanos. En breve, las conversaciones reanudaron, y Luciana comenzó a pasar la sopa.

No sé qué tanto hablaron Vati y Francisco, pero lo cierto es que antes de marcharse él me dijo que le había encantado mi familia, la casa llena de cuadros y textiles típicos, y todos mis hermanos

hablando en inglés, alemán y español indistintamente. Quiero volver aquí, me dijo. Mi papá también tenía algo que comentar, y me apartó más tarde para decirme que le había gustado mucho ese muchacho. Sé que viene de una familia sencilla, trabajadora y honrada, y él se ha preparado bien para unirse al negocio familiar.

Con tan solo siete meses de conocernos, Francisco y yo nos casamos en la iglesia más antigua de Guatemala, la ermita católica del Cerrito del Carmen, en abril del siguiente año. Fue una boda de noche, y la iglesia estaba iluminada únicamente con velas. Yo entré temblando, pero sosteniéndome del brazo de Vati, quien me entregó a Francisco de muy buen grado.

De sus tres hijas, yo fui la única que tuvo ese privilegio, ya que un mes más tarde, cuando volvimos de la luna de miel, Vati nos recibió con la noticia de que había estado en una clínica en Estados Unidos para hacerse un chequeo y que los médicos le habían dado seis meses de vida pues tenía un cáncer terminal.

En un gesto clásico de Vati, agarró la carta que contenía la terrible noticia, la mandó a enmarcar y la colgó en la pared de la oficina que quedaba junto a su escritorio.

No me acuerdo cuándo exactamente llegaron los papás de Vati, Opa y Oma, a vivir a Guatemala. Fue probablemente cuando al abuelo le dieron su retiro de la universidad mexicana. Con sus ahorros, Vati y Mutti habían dado el enganche para una linda casa vecina a la nuestra en la zona 15 a la que se mudaron los abuelos, me imagino que con la idea de pasar sus años dorados en compañía de su hijo Martin.

En un principio, su cercanía fue motivo de gran alegría. Íbamos con frecuencia a visitarlos, sobre todo los domingos cuando nos esperaban con café y refrescos y sabrosos pasteles típicos de Alemania que Oma Erika había cocinado. Otras veces, eran ellos los que llegaban a la casa. Oma buscaba un cenicero y se sentaba en un sillón de la sala. Cuando le preguntaban qué deseaba tomar, siempre pedía whisky en las rocas, y al recibirlo encendía su primer cigarrillo. No dejaba de tejer y fumar toda la tarde. El Opa se sentaba a la barra del bar a platicar con Vati en lo que este le preparaba algo de beber, un Steinhäger, una cerveza u otro aperitivo. Vati le contaba sobre los retos y los giros que iba tomando su negocio, y él, a su vez, sobre los alumnos que asistían a

las clases de economía que impartía ahora en una universidad privada donde era, por cierto, reconocido y muy respetado. A veces Vati y Opa se contaban chistes mutuamente; Vati soltaba unas grandes carcajadas, mientras el Opa sacaba su pañuelo del bolsillo porque literalmente estaba llorando de la risa. Cuando nos permitían, nosotros los niños nos sentábamos a la barra con ellos para escucharlos y compartir los chistes y las bromas que se hacían uno al otro.

Sentada con ellos, alguna vez los escuché hablar de Paule y Lotti, los parientes que aún vivían en Herford, con quienes el Opa mantenía correspondencia. En esa época nunca le conocí otro amigo al Opa, aunque el nombre de don Federico Boef y las aventuras compartidas salían de vez en cuando a relucir en conversaciones cargadas de nostalgia. ¡Ese Federico sí que era un buen tipo! ¿Te recuerdas que fue él quien te dio tu primer trabajo? La relación entre Vati y su papá era muy estrecha.

En 1979, mi hermano Gerhard estaba estudiando química en la Universidad de Darmstadt. Max ya había regresado con su título de ingeniero mecánico y se había incorporado a la oficina de mis papás sin permitirse considerar otras alternativas, en vista de que la vida de Vati pendía de un hilo y se iba debilitando mes a mes.

Cuando mis papás recibieron esa llamada del director de la Escuela de Ciencias para avisarles de que habían encontrado muerto a mi hermano Gerhard en su cuarto, la vida de mis papás perdió su color para siempre. Francisco y yo vivíamos entonces en la casa de sus papás, mientras construíamos la nuestra. Ese 26 de junio, yo estaba sentada frente al televisor viendo *I love Lucy* que me distraía enormemente mientras le daba de mamar a nuestro tercer hijo recién nacido, Benjamín, que llevaba el nombre de mi suegro. Lo puse en la cama para contestar la extensión que seguía sonando con insistencia. Al descolgar, escuché la voz de mi mamá que me dijo: Nos acaban de avisar que Gerhard murió hace un par de días en Alemania. No se presentó a clases, y extrañado, uno de sus amigos fue a buscarlo y lo encontró muerto en su cama. No saben de qué murió, pero fue de muerte natural. La opinión del oficial de gobierno que investiga los fallecimientos es que probablemente tenía un defecto congénito en el corazón. La imagen que me vino a la mente mientras tu papá me lo decía, dijo Mutti apenas

conteniendo los sollozos, es la de un lirio de tallo largo al que le han quebrado la cabeza en flor.

Me puse a llorar tan fuerte que el bebé comenzó a llorar también. Se acabaron los días felices de mi vida, pensé, mirando ante mí a mi brillante hermanito, al que le huía de adolescente porque cuando llegaban los novios a visitarme, él se sentaba entre nosotros y comenzaba a recitar todo lo que había aprendido pues estaba leyendo la enciclopedia. Era el más parecido a Vati en muchos aspectos, al que Vati llamaba mi pequeño profesor.

Mis papás partieron de inmediato a Alemania a recuperar sus restos, y regresaron una semana más tarde trayendo una urna que llevamos solo la familia más cercana a enterrar. Si bien fue una tragedia tristísima para nosotros los hermanos —personalmente, sentí que con Gerhard había muerto un trozo de mi corazón—, ahora que tengo hijos, me imagino el calvario que sería para mis papás. No hay palabras para describir ese tipo de dolor. Para mi papá, una cosa era tratar de aceptar su propia mortalidad, y otra muy distinta, absorber en el alma la devastadora noticia de la muerte de su hijo. ¿Cómo es que seguía él con vida? ¡Pero si era a él a quien le tocaba morir!

Dos años más tarde, a principios de los años 80, Vati se puso grave a pesar de los tratamientos y el esfuerzo serio de sus amigos médicos en Guatemala. Le recomendaron que fuera a Estados Unidos a "la clínica" especializada en oncología donde estaban probando una tecnología sumamente avanzada. Pero había que multiplicar por diez el costo de la medicina en esa clínica, y mis papás se habían venido comiendo sus ahorros en los últimos años debido a tratamientos y medicinas costosas, gracias a las cuales Vati estaba vivo más allá de toda expectativa.

Mi mamá manejaba las finanzas de la oficina y el dinero para el gasto diario. Dándose cuenta de lo apremiante del caso, no vaciló ni un instante cuando encontró la solución y con paso firme fue a la casa vecina a solicitar la ayuda de sus suegros, Opa y Oma. Les reveló la condición precaria de la salud de Vati y les pidió un gran favor, que le prestaran 35 000 dólares de sus ahorros para pagar el tratamiento de Martin. Ella se comprometía a devolver el monto en un par de años. Eso no es posible, hija, dijo Erika de inmediato. En ese caso, tengo otra idea, continuó mi mamá. Voy a pedir un

préstamo al banco con garantía de esta casa, y luego la alquilaré para poder pagar el préstamo. Para ello, necesito que ustedes la desalojen y se trasladen a vivir con nosotros por un tiempo. Margarita y Tomás ya están casados, Gerhard ya no está. Tenemos amplio espacio para ustedes en casa. Les prometo que a más tardar en un par de años ustedes volverán a vivir en esta su casa de nuevo.

Wilhelm seguía serio y callado, sintiéndose impotente. Tal vez presentía lo cerca que estaba su único hijo de morir. Tampoco se atrevía a contrariar a Erika; para él, una vejez solo sería nefasta, difícil de encarar. Déjanos pensarlo, hija, y nosotros te avisaremos de nuestra decisión, respondió Erika.

Mutti regresó esperanzada a la casa, pero pasaron días y luego semanas, y la salud de Vati empeoraba a cada momento. Una noche en que Carmen regresaba de la universidad, mi mami le pidió que fuera a informarle a los abuelos de lo apremiante de la situación. Vati moría. Recuérdales que les prometí que lo de vivir con nosotros será una situación temporal. Ay, hijita, le contestó Erika a Carmen, lo más permanente en la vida es lo temporal. Con esas palabras la llevó a la salida y cerró la puerta detrás de ella.

Frente a la respuesta tan ambigua, mi mamá no esperó más. Volvió a ver a su alrededor buscando las cosas que fueran de valor en la casa. Sabía que la colección de chachales de plata que había hecho visitando poblados donde las mujeres los usaban era rara y muy cotizada, así que fue lo primero que vendió a un amigo anticuario. Luego buscó aquellos cuadros que ella sabía tenían un alto valor de mercado y, a pesar de que ella y Vati los amaban y nunca se hubieran deshecho de ellos, se dispuso a venderlos con la esperanza de comprarle unos años más de vida a su esposo. Y así fue efectivamente. Su esfuerzo valió la pena.

Me he preguntado siempre si la historia hubiera sido distinta si Vati personalmente le hubiera pedido ese favor a sus padres. El caso es que, a partir de entonces, mi mamá se rehusó categóricamente a poner un pie en casa de los abuelos, y ellos tampoco se volvieron a aparecer. Por lo tanto, la relación de la familia para con ellos se fue enfriando, aunque de todos nosotros, solo Carmen tenía una idea clara de lo que había sucedido. Yo sabía que Vati era el único que veía a su papá de vez en cuando, pero eran reuniones a solas, sin la venia de sus respectivas esposas.

No pasó mucho tiempo, y el Opa Wilhelm tuvo un accidente. Iba en su automóvil en la bajada de Vista Hermosa cuando por alguna razón perdió el control y se fue a estrellar contra un poste que se partió en dos, cayendo la parte superior sobre el carro. El médico de cabecera de los abuelos era el segundo marido de la sobrina de Erika, Bertha, la hija de su hermana que al casarse con un chapín había venido a vivir a Guatemala. La negligencia de dicho doctor le causó la muerte a mi pobre abuelo, porque cuando los bomberos le preguntaron a Erika a qué hospital llevaban a su esposo, ella indicó el Herrera Llerandi, que era donde estaba afiliado este medio sobrino. Su médico examinó a mi abuelo, encontró todo normal y le dijo que se podía ir a su casa. La pluma fuente de oro que llevaba mi abuelo en la bolsa del pecho había quedado doblada en *V* cuando el timón del auto se le incrustó en el pecho, y era obvio por ese detalle que el abuelo había recibido un golpe brutal. Pero el doctor no se molestó en tomarle una radiografía, y mi abuelo murió a los dos días de una severa hemorragia interna.

Yo ya vivía en Miami entonces y no fui a su entierro. Pero sí oí alguna vez mencionar a Vati que Erika prefirió tirar todo los objetos y la ropa de Wilhelm que no aceptaron ni Melanie ni su sobrina Bertha antes que mandarle algo a él. Que no le ofreciera absolutamente nada de su papá, ni siquiera alguno de sus escritos, la cámara Hasselblad que él mismo le regalara, sus libros, sus mancuernillas o cualquier detalle que le hubiese servido de recuerdo fue algo que enfureció y entristeció de sobremanera a Vati. Para él, esa acción injustificable de Erika fue algo que no pudo perdonar. Sin embargo, Melanie recuperó las plumas y el reloj de su papá para su hermano, que luego le quedaron a Max.

La última vez que vi a Vati con vida fue en Miami, cuando llegó a hacerse el chequeo médico final. Los especialistas le dijeron que podían prolongarle la vida un año más, pero que para ello tenían que amputarle ambas piernas. Por otro lado, si trataban de extirpar el tumor que tenía en la cara, podía quedar ciego, así que por ello no se atrevían a hacer nada. El cáncer lo tenía ya regado por todo el cuerpo. Vati tuvo la noche para pensarlo. Nos había invitado a Francisco y a mí a un desayuno en su hotel en Brickell Avenue antes de salir para el aeropuerto a tomar el vuelo a Guatemala. Cuando estuvimos reunidos, fue mi mamá quien tomó la palabra y nos dijo:

Martin ha decidido dejar de luchar. De ahora en adelante ya no seguirá ningún tratamiento, y tomará únicamente aquellas medicinas que le permitan estar cómodo. Nos quedamos todos en silencio. Mi papá había decidido que no quería vivir más, y debíamos de respetarlo y aceptarlo. Me despedí de él con un fuerte abrazo y le susurré al oído que iría a visitarlo pronto. Pero una semana más tarde llamó mi mami para comunicarnos que Vati había muerto.

Llegamos a la funeraria justamente cuando salía el cortejo fúnebre hacia el cementerio. Una vez allí, los sepultureros le preguntaron a mi mamá si quería despedirse del difunto. Mi mamá dijo que sí. El féretro no tenía ventanita, así que abrieron la tapa completa, y allí, recostado en un cojín de seda blanca, estaba mi papá con sus ojos cerrados, vestido de traje y corbata con las manos cruzadas sobre el pecho. No tenía zapatos porque sus pies estaban tan dañados que ya no podía usarlos. Mi hermano Tomás estaba parado a mi lado, tan desolado como yo. De la mano tenía a su único hijo varón, el tercero entre 4 niños, que en ese tiempo tendría como 5 años. Jacobo se soltó de la mano de mi hermano y corrió hacia el féretro, se metió casi de cabeza en él y le estampó un beso en la mejilla a Vati. Amigos y familiares aspiramos de golpe y nos quedamos absortos y profundamente conmovidos al contemplar esa escena. Se cerró la tapa. Como no somos religiosos, le leímos el poema *If*, de Rudyard Kippling a Vati porque lo retrataba de cuerpo y alma y hacía honor a su vida. Nos paramos en fila a despedir el duelo, y luego fuimos a la casa con la abuela Ángeles, la tía Dora, mi mamá y mis hermanos, y nos sentamos en la sala a llorar.

Recuerdo que un tiempo después de la muerte de Vati, a mí me dio por aclarar que en realidad él no era mi papá sino mi padrastro, y que mi padre aún vivía. Sorprendida, y un poco confundida pues estas palabras significaban una traición a Vati, decidí en un arranque de valentía pedirle a mi tía Leslie que me ayudara a acercarme de nuevo a mi abuela Cecilia, de quien parecía llevar una marca imborrable en mi propia carne. Mi tía Leslie, hermana de Adán, mi padre natural, era el hilo que unía a mi mamá con su pasado pues seguían siendo muy buenas amigas, a pesar de todos los pesares, como solía decir mi abuela Ángeles. Ella aceptó solícita sabiendo que su acción juntaría algo roto que debería de haber

permanecido unido toda la vida.

Sin pensarlo mucho me preparé una mañana para hacer la visita. No tenía idea de que el recorrido iba a ser muy breve porque apenas a cinco minutos en carro de la casa de mi mamá, en la misma zona y en la misma colonia, estaba la casa de mi abuela. Yo me quedé parada al pie de la escalera en lo que mi tía llamaba a su mamá diciendo: Mamita, ven, ¡mira el regalo que te ha traído la Virgen! Desde abajo vi las piernas delgadas de mi abuelita, muy parecidas a las mías, enfundadas en medias de seda, bajando lentamente por las gradas. Llevaba un traje pálido de dos piezas y su pelo subido arreglado de salón. Me miró, y no pasaron más de un par de segundos sin que dijera mi nombre, Margarita. Yo la abracé y sin soltarle la mano, la conduje a la salita para que se sentara a mi lado. Transcurrieron unos pocos minutos y apareció mi otra tía, Patricia, de quien mi hija Aura había heredado algunos rasgos y el color rubio rojizo del cabello, y en cosa de unos instantes nos embarcamos las cuatro mujeres en una charla amena y natural. Mi abuelita tendría entonces unos 83 años. Después de una hora de intercambiar noticias e impresiones, doña Cecilia me pidió que me quedara a almorzar con ellas, y yo acepté encantada. No podía creer el bienestar que me embargaba rodeada de unos familiares con quienes no había tenido ningún contacto durante más de 35 años. Me hacía sentir bien toda la atención que me dispensaban, me llenaban su cariño y su reconocimiento.

Leslie estaba abriendo una botella de vino para celebrar este encuentro cuando se oyó el motor de una moto que se apagaba en el garaje. ¡Ya llegó Adán!, dijo una de las tías. A mí se me heló la sangre en las venas. La tía Leslie no me había dicho que Adán aparecería en la reunión. Un llavín le dio la vuelta al cerrojo y, de pronto, frente a mí estaba mi padre. Adán, ¡mira quién vino a visitarnos!, exclamó la tía Leslie. Él me miró con una mirada lasciva; aunque me moleste decirlo, esa fue la forma como la percibí. ¿Beatriz...? No, Adán. ¿Marina? Adán, ¡por Dios! ¿Ivonne? Es tu hija, ¡Margarita!

Mi padre se quedó estupefacto un momento, luego se acercó a abrazarme, a lo que respondí con recelo. A los pocos minutos estábamos todos sentados a la mesa, yo, al lado derecho de mi abuelita que se sentaba en la cabecera con mi papá del otro

costado. Una empleada nos sirvió un consomé con galletas de soda, igualito al que yo recuerdo se tomaba en la casa que tenían en la zona 10 cuando yo vivía con ellos. La conversación tan fluida que traíamos antes de que llegara Adán había quedado cortada, y ahora en su lugar se acumulaban largos silencios. A mí se me habían quitado las ganas de hablar. Para romper el hielo, a Adán se le ocurrió preguntar por mi mamá. Pues, le está costando bastante desde que se murió mi papá, dije. Y, casi sin darme cuenta, comencé a contar todo tipo de historias en detalle sobre Vati y Mutti, y nosotros los 6 hijos, tratando de retratar a la feliz familia que habíamos tenido y que seguíamos teniendo.

A la hora del postre, Adán anunció que le gustaría mostrarle a esta niña (yo para entonces ¡tenía 40 años!) algo de lo que él se sentía sumamente orgulloso. No me quedó más que ponerme de pie y seguirlo, no sin cierta desconfianza, al segundo nivel de la casita, por la misma escalera que bajara mi abuelita. En un cuarto sorprendentemente grande había seis mesas de trabajo con una maquinaria fina de mediano y pequeño tamaños que relucía como la plata, entre ellas tornos, fresadoras y otros equipos que no pude identificar y que me quedaría sin saber para qué servían. Este es mi taller, pero ven, acércate aquí a la pared que te quiero mostrar algo. Pensé que se trataba de un retrato de sus antepasados o algo por el estilo, mas no era así. Dentro de un marco dorado había una carta en la cual firmaba alguien con nombre alemán. El logo de la papelería indicaba que la carta provenía de la firma Porsche de Alemania. Esto es lo que más me enorgullece de mi vida, dijo satisfecho. Me atravesé la página con la vista brincando letras. En ella felicitaban a Adán por su tremendo desempeño y la obtención del primer lugar en las carreras de carros que se llevaran a cabo en 1960. Traté de componer mis facciones y de bajarle el rubor a mis mejillas para que Adán no notara mi incredulidad.

Fíjate que hasta hace poco vivía con una mujer, continuó diciendo Adán. Nunca me casé con ella, aunque sus hijos ya me decían papá. Pero un día decidí que mejor me regresaba con mi mamá. ¡Y aquí estoy de vuelta! Cuando me separé de tu mamá, me casé de nuevo. Con esa señora tuve cuatro hijos, así que ya sabes, ¡tienes cuatro hermanos más!

Dios mío, pensé en ese momento, después de todo, ¡mi mamá

tenía razón!

Mientras Adán hablaba, yo asentía con la cabeza, porque tenía miedo de que las palabras me traicionaran si abría la boca. Lo que hubiera querido decirle no era nada constructivo ni educado. Si mi abuelita y mis tías no hubieran estado abajo esperándome para tomar el café, quizá esta hubiese sido la oportunidad de confrontar a este hombre que durante treinta y siete años nos había dejado abandonados, esperándolo, a mi hermano y a mí.

Ese fin de año fui a visitar a mi abuela Cecilia de nuevo para Navidad. Quise que conociera a mi esposo y mis hijos y, a pesar de que Adán se volvió a aparecer a media visita, me sentí satisfecha de haberlo hecho, y le prometí a mi abuelita volver pronto. Dos años después supe que estaba muy enferma. Ya había llegado su hora, y yo no lograba arrastrarme a la puerta de su casa para visitarla de nuevo. Deseé irla a ver al hospital para despedirme de ella, pero tan solo pensar que me iba a encontrar con Adán me retenía, como si hubiese estado atada a un poste con una soga, y en esa indecisión pasaron las semanas hasta que un día me llamó Leslie para informarme de que mi abuela Cecilia había muerto.

Anoche te soñé, papá. Soñé que dormía en una casa que no era la mía donde se celebraba una fiesta a la que no me habían invitado. Me despertó la música, y me levanté a traer un vaso de agua porque tenía mucha sed. Te encontré por allí, deambulando muy a gusto, compartiendo con los invitados entre los cuales estaban mis hijas menores, Nina y Aura. Te reconocí de inmediato, y casi me da un paro cardíaco al descubrir que estabas vivo. ¿Por qué nos abandonaste?, te pregunté, cuando en realidad no era eso lo que quería decirte. No soy quien crees, me dijiste con una mirada entre triste e inquisitiva. ¿Pero cómo voy a desconocerte?, pregunté dolida. Y yo te miraba, y llevabas el pelo como era tu pelo, ondulado, pero de un color ligeramente más oscuro que el tuyo que era más bien castaño cenizo. Tus ojos eran iguales, de ese color verde olivo, grandes y almendrados. Tus cejas, papá, gruesas, pero no muy espesas, tu nariz afilada. ¿Pero cómo no vas a ser tú?, volvía a insistirte. De pronto sobre el mentón tenías escrita una estrofa del poema *If*, uno de los versos de Rudyard Kippling que te leímos para tu entierro: Si puedes forzar tu corazón, tus nervios, y tendones a seguir adelante mucho después de que se hayan rendido,

y así resistir cuando no queda nada dentro de ti, salvo la voluntad que les dice: ¡Resistan!

Yo quería tocarte, pero tú dabas un paso atrás y me seguías negando que estabas vivo. Donde tú me ves, yo ya no estoy. Y en efecto, lucías unos 10 o 15 años más joven de la edad que debieras haber tenido. Yo te quiero tanto, papá: sin ti, no sería nadie. Si te vas ahora nos dejarás a mi hermano y a mí sin identidad, te dije, mientras sentía que el corazón se me quebraba en pedazos. Tú te echaste a llorar.

Un par de años antes de su muerte, yo había tenido la conversación más importante de mi vida con Martin.

La casa que había dejado para casarme estaba al final de una avenida de la zona 15 de la ciudad capital, en una especie de península rodeada de barrancos cubiertos por bosques naturales. A un lado, la casa tenía una hermosa terraza con vista al Volcán de Agua, que mi papá bebía con sus ojos cada mañana para cargarse de energía.

Era la época de lluvia. Los gusanos verde pálido con el dorso peludo estaban haciendo sus nidos en las copas de los árboles a la entrada de la casa. Parecían bolsas de seda blanca. Cuando estuvieran listos, los gusanos se soltarían y caerían como gotas de agua sobre las cabezas de los que pasaran. En esa misma estación, los anacates crecían al pie de los encinos y el jardinero bajaba al barranco a recolectarlos para servirlos en nuestra mesa. Lloviznaba suavemente. Salté del carro y entré a la casa llena de lindos recuerdos: las Navidades cuando todavía hacíamos las galletas con mi mamá y mis hermanas; las barbacoas familiares para celebrar cumpleaños cuando Vati hacía su famoso lechón asado enterrado, su única especialidad culinaria; las fiestas de disfraces que hacían mis papás con los amigos para Año Nuevo o el día de Reyes, y tantas otras celebraciones compartidas con personas queridas. Muchas de ellas no existían más. Esa casa era mi favorita de todas donde habíamos vivido, y la primera y única que no era rentada sino nuestra.

Para el terremoto de febrero de 1976, nosotros teníamos ya una niña, Ella, y esperábamos al segundo, Martín. Francisco y yo rentábamos una casita en la zona 10 donde se cayeron las libreras de ladrillos y tablas que Francisco había hecho con todo lo que

tenían dentro, las vasijas mayas que coleccionábamos, el televisor y los libros. Con el estruendo y las sacudidas violentas, Francisco corrió a sacar a Ella de la cuna, y yo, que tenía ya un embarazo bastante avanzado, tuve un ataque de pánico, pues no lograba pararme de la cama. Cuando por fin salí, Ella estaba a punto de ahorcar con sus bracitos a su padre del miedo. Para explicarme la violencia del sismo se me ocurrió pensar que seguramente un meteorito había chocado contra la tierra. Una vez pasado el gran susto, lo primero que pensamos Francisco y yo fue en sus padres, que eran ya mayores y vivían en un viejo chalet de dos pisos, e inmediatamente después, con espanto, en mis papás que vivían en una casa pegada como con goma a la ladera de un barranco. Como no lográbamos que nadie nos respondiera el teléfono y las calles estaban bloqueadas por postes de luz y árboles caídos, paredes desmoronadas y fragmentos de vidrio de todos tamaños, buscamos la forma de atravesar la ciudad. El camino en dirección a la casa de Vati y Mutti parecía ser el más despejado, así que hacia allá nos dirigimos primero.

Para nuestro alivio, al abrir el portón vimos que la casa estaba todavía en pie. Tenía daños leves; mi mamá había perdido sus mejores vajillas que guardaba en un antiguo armario. Las botellas de licor del mueble bar estaban en el suelo. La casa olía a alcohol, y tenía ventanales rajados, pero mis padres y mis hermanitos estaban todos bien. Max estaba traumatizado porque les había costado mucho abrir la puerta del cuarto que compartía con Gerhard en el sótano de la casa. En cambio, Gerhard, después de verificar a medias, porque no llevaba los anteojos puestos, que todos estaban vivos y que la casa no se había caído, dio la media vuelta y volvió al cuarto a seguir durmiendo.

Sin embargo, nuestra preocupación no era infundada. Al fondo de la península, en el hermoso lote plano se encontraba la casa de Tony y Grace, unos buenos amigos de mis padres. Su casa había sido diseñada por un magnífico arquitecto, era amplia y moderna, y nosotros la admirábamos desde lejos. Con la fuerza del terremoto, el segundo piso de la casa se desplomó sobre el primero aplastando los autos parqueados en el garaje y toda el área social de la casa. Afortunadamente, los dormitorios estaban en el segundo nivel, y Tony estaba de viaje, así que Grace y su hijo Pedro, un muchacho

encantador, todo un caballero igual a su papá, lograron salir por las ventanas que ahora quedaban a nivel de tierra. Como Grace era norteamericana, ellos no tenían empleadas domésticas.

Esa casa a la orilla del barranco era donde todavía vivían mis papás, y a donde fui esa tarde a visitar a Vati, a una hora en que todos estaban trabajando. Estaba ya muy enfermo, y yo temía que le quedara poco tiempo de vida. Con ánimo recto y una valentía impresionante, había logrado sobrevivir ya más de doce años cuando los oncólogos le diagnosticaran que viviría únicamente seis meses. La muerte de Gerhard lo había golpeado de tal forma que a veces pensábamos que ya no lograría reponerse. Haciendo un último esfuerzo, arrastrando un cuerpo que ya no cooperaba, seguía con vida, a pesar del tumor que le crecía junto a su ojo derecho, y el herpes que tenía en la boca y la garganta que apenas lo dejaba tragar su propia saliva. Encontraba felicidad y tranquilidad en las lecturas de sus libros favoritos, entre ellos, *The Source* (*El Manantial de Israel)*, una novela de James Michener que narra la historia desde el origen del pueblo judío. Se imponía retos como bordear en kayak el lago de Atitlán, donde él y Mutti tenían ahora una casita de piedra con una amplia terraza para aprovechar los días de sol. Vati pasaba horas asoleándose, ya sea cuando jugaba tenis, nadaba o leía en la terraza. Como lo había hecho la vida entera, seguía haciendo todo a máxima intensidad. En medio de los tratamientos de quimioterapia y radioterapia, él siempre lucía regio y bronceado. Y cuando se le cayó el cabello, compró una peluca, muy parecida a aquellas de los Beatles que él nos había traído de uno de sus viajes. Tan bien disimulaba su enfermedad que un día don Benjamín, el papá de Francisco, le dijo: Mire don Martin, a usted ¡qué bien le ha caído la enfermedad!

Según supimos más tarde, la mancha se extendía en las radiografías como tinta desparramada a pesar de todo tipo de tratamientos y la atención personal de médicos amigos. Sin embargo, Vati seguía su vida tratando de alcanzar el mismo ritmo que antes y, al parecer, casi disfrutándola como siempre. Tomaba quizá un poco más de la cuenta, pero a mi parecer, en las circunstancias en que se encontraba, tenía todo derecho. Nunca dejó que sospecháramos cuán avanzado tenía el cáncer, los dolores que padecía, el sufrimiento que se le venía encima por las noches

cuando no tomaba los medicamentos durante un par de horas.

Francisco y yo vivíamos desde hacía muchos años en Miami a donde habíamos emigrado cuando, a principios de los años 80, la guerra civil empezó a llegar a la ciudad. Como mi esposo trabajaba en la operación de las tiendas de su familia y era el jefe inmediato del encargado de seguridad, vivíamos de sobresalto en sobresalto. Hubo un mes en que sufrimos diecisiete asaltos en las tiendas. Era imposible saber si era la guerrilla o delincuentes comunes que se aprovechaban del río revuelto. Secuestraron a varios conocidos, algunos de ellos, muchachos jóvenes cuyas familias pagaron el rescate para luego encontrarlos muertos como perros a la orilla de cualquier camino. La guerrilla mató también al embajador de Alemania y al embajador de Estados Unidos. Por las noches se escuchaban las bombas que estallaban en la avenida Reforma destruyendo bancos y empresas de prestigio. Una de nuestras mejores amigas fue secuestrada cuando iba a misa; a los pocos días se dieron cuenta de que se habían llevado a la persona equivocada y la soltaron después de robarle días de vida y causar un enorme sufrimiento a su familia. ¿Y quiénes eran los que estaban causando el pánico? Pues nadie sabía con certeza. Tanto la guerrilla como los malhechores se aprovechaban de la impunidad. Cuando un par de hombres armados llegaron hasta el interior del garaje de nuestra casa, y mi esposo y su hermano Abelardo tuvieron que enfrentarlos para defendernos, decidimos que, por nuestros pequeños, ya no queríamos vivir así. Francisco propuso a sus hermanos empezar un negocio para suplir las tiendas con productos importados desde Estados Unidos, ellos se interesaron, y cuando aceptaron fuimos en busca de paz y tranquilidad a otro país. Cómo teníamos 5 hijos en edad escolar, y Francisco viajaba constantemente por su trabajo, era yo la que tenía que ver por los niños y, por eso, únicamente venía con suerte dos veces al año a Guatemala.

Mi papá siempre estuvo muy interesado en la política y, desde el punto de vista económico, defendía la libre empresa. Lo encontré leyendo los periódicos, sentado en su silla de descanso de cuero marrón, en la sala junto a la chimenea. ¿Cómo estás, Margarita? Dichosos los ojos... Me agaché para abrazarlo y le di un beso en la frente. Vati, tenía muchas ganas de verte, de estar contigo un ratito. ¿Cómo te sientes? Aquí como me ves, jodido pero agradecido...

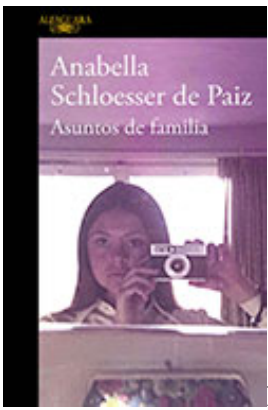
Vengo a pedirte un gran favor; queremos traer a los niños para Navidad, y quiero que hagas un tiempo para estar con nosotros. Pudiéramos ir juntos a la casa de Atitlán, si te parece. Necesito que te conozcan más, que les cuentes la historia de tus padres y de tu vida. Yo me doy cuenta de que no sé nada de tu mamá, por ejemplo. Solo he visto esa foto tan linda donde ella va en un barco y está parada junto a la baranda con el pelo cubierto por un pañuelo. Yo siento que Carmen se parece mucho a ella, ¿no crees? A mí me gustaría conocer más de ti y de tus papás. Ya viste que al Opa y a la Oma ya no los vemos. La verdad te digo, me siento muy lejos de ellos, y hasta te diría que he dejado de quererlos. El amor hay que cultivarlo, y yo quiero que salgas de tu encierro cuando vengamos, que te dejes ver por mis hijos y te acerques a ellos. Quiero que ellos te amen como te amo yo.

Tienes razón, hijita, tienes razón, me dijo clavando su mirada en la mía con los ojos húmedos. Mira nomás lo que me pasó a mí con mi mamá, que nada más la vi en dos ocasiones después de cumplir 5 años, una vez en La Habana cuando veníamos de regreso de Alemania para El Salvador, y otra vez, cuando ella estaba ya muy enferma con cáncer. Habrá tenido entonces la misma edad que yo tengo ahora. Vino a Guatemala solamente por una noche, y tu Mutti y yo la sacamos a cenar. Venía a dejarme una valija llena de fotografías. Cuando unos meses después, su amigo Joe Messulam me envió un telegrama avisando que Carmen había muerto, no fui. Algo me retuvo, no sé si un viaje de negocios que estaba por hacer, o fue solamente un pretexto porque temía enfrentar mis propios sentimientos. Creo que trataba de salvarme de confrontar cierto descubrimiento, pero a la larga, creo que me salió el tiro por la culata. Y te voy a decir algo, yo sé que el cáncer que tengo me lo causé yo mismo a lo largo de años por lo que sufrí de niño por la ausencia de mi mamá. Pero lo más triste de todo fue que, cuando finalmente la encontré de nuevo, ya no pude amarla.

Cuando terminamos la charla, la sala estaba casi totalmente a oscuras. Me levanté a prender la lámpara de lectura detrás de mi papá y le cubrí la espalda con un ponchito que tenía doblado en el respaldo del sillón. Me había sorprendido mucho su revelación y me sentía triste por él, vacía porque no podía ayudarlo. A pesar de todo, salí de la casa pensando en el fin de año, imaginando a mi

papá con Aura, nuestra hija más pequeña, sentada sobre sus rodillas mientras mis otros hijos, Ella, Martín, Benjamín y Nina, retozaban a su alrededor hablan do todos al mismo tiempo.

«Como no existen padres sin hijos, Vati, mi papá, cobra vida como tal a través de mis ojos. Yo no existo sin él, y él no existe sin mí».



Poco antes de fallecer el papá de Margarita, su Vati, ambos sostienen una conversación en la que él le hace una serie de confesiones, como dando por sentado que su hija conoce los detalles de la historia a la que se refiere.

No es así. De hecho, esta última conversación sembrará en ella la inquietud y el deseo de descubrir quién era su papá y, al final, descubrirse ella misma.

Basada en datos autobiográficos que la autora completa con la lectura de fotografías, retazos de recuerdos de familiares y un trabajo casi detectivesco, Margarita narra en primera persona la historia de su familia, su historia. Viaja del presente al pasado, de Centroamérica a la Europa de entreguerras, de los campos de prisioneros que se establecieron en Texas en plena Segunda Guerra Mundial, a la Alemania que acepta como moneda de cambio a las familias alemanas centroamericanas. Una saga familiar narrada con la inocencia de la niña, la osadía de la joven y la madurez de la protagonista.

Anabella Schloesser de Paiz (Ciudad de Guatemala, 1952) obtuvo una maestría en literatura inglesa y otra en ficción en la Universidad de Miami, ciudad donde vivió veintidós años. En Estados Unidos publicó poemas, cuentos cortos y traducciones en antologías y revistas literarias. En Guatemala publicó la biografía: *La historia de Carlos Paiz: un hombre de Guatemala* (Artemis Edinter, 2013), y el libro sobre artesanías tradicionales *Las hondas guatemaltecas* (La Ruta Maya Conservation Foundation, 2007). En Barcelona, España, publicó la novela *Donde los perros se vuelven lobos* (Alpha Decay, 2007).

Asunto de familia
Primera edición digital: octubre, 2016

D. R. © 2016, Anabella Schloesser de Paiz

D. R. © 2016, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House, por de diseño de portada Imagen de portada: Composición Fotográfica a partir de imágenes de Thinkstock y The National Photo Company Collection Fotografía del autor: Cortesía de Canal Once

D. R. © Kyria Hirschi, por fotografía de la autora D. R. © Penguin Random House / Roberto Morales, por diseño de portada Fotografía de portada: cortesía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-314-883-2

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos